NOVELA

Amin Maalouf

Nuestros inesperados hermanos

Alianza editorial



Amin Maalouf

Nuestros inesperados hermanos

Traducido del francés por María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

Alianza editorial

Índice

Para Nicky y Jean-Claude Fasquelle

Para Hind, in memoriam, 1947-2016

«La novela surge de las carencias de la Historia.»

NOVALIS , *Los fragmentos*

PRIMERA LIBRETA

NIEBLAS

«So foul a sky clears not
without a storm.» [1]

SHAKESPEARE, *King John*

---

[1] Tan turbio cielo pide una tormenta.

Martes, 9 de noviembre

La lámpara de doscientos vatios parpadeó en el techo como una raquítica vela de iglesia y se apagó.

Contuve el aliento. Estaba trazando con tinta china la línea final de un dibujo y la mano se me paró en seco. Luego se alzó despacio, en vertical, para evitar manchas.

Fuera había tempestad, como estaba anunciado. No es nada infrecuente en esta estación del año, en las inmediaciones del Atlántico. Lluvias, ráfagas de viento y relámpagos. Y, de fondo, el sonido de los truenos. Que, entre bramido y bramido, siguen rezongando.

Al principio, no me preocupé. No estaba ni siquiera irritado. De todas formas, estaba a punto de terminar la jornada. Debían de ser las siete y media o poco más. El dibujo estaba acabado. Una última ojeada mañana por la mañana, unos cuantos retoques, la firma, y a mandarlo.

Encontré a tientas el capuchón del estilógrafo y lo tapé por temor a que se secara la punta. Luego, siempre a tientas, con un gesto habitual, alargué la mano hacia la radio que tengo en el extremo de la mesa.

Está siempre sintonizada en la misma emisora, *Atlantic Wave,* que emite en onda larga desde Cornualles. Su selección musical pocas veces me defrauda, y cada hora emite un boletín informativo que considero de fiar puesto que le importa todo cuanto afecta al planeta y no solo las hazañas del equipo de *rugby* de Bournemouth.

Eso exactamente era lo que necesitaba al final de este día. Una música amiga que me hiciera compañía en la oscuridad forzosa. Luego, al cabo de diez minutos, o de veinticinco, noticias del resto del mundo, leídas con voz cristalina y reconfortante por Barbara Greenville.

De la radio salió un pitido. Ni música ni Barbara. Solo un pitido en dos tiempos que subía y luego se debilitaba, igual que una señal de alarma. Pero sin el toque estridente. Más bien sedante, diría yo... Recorrí con paciencia toda la banda LW, y luego la MW, y luego la FM. En todos lados ese pitido invariable, como si todas las frecuencias se hubieran unido en una sola.

¿Se habría estropeado la radio? Cogí una linterna de la estantería que tengo encima de la cabeza para ir a mi cuarto, donde hay otra radio al lado de la cama. Más vieja y más pesada. La encendí. El mismo pitido. Estrujé unos cuantos mandos muy poco convencido. No, no era una avería. Tendría que haber caído en la cuenta en el acto. Una radio funciona o se calla cuando se le han acabado las pilas. Como mucho, si se ha llevado un golpe, puede emitir un zumbido continuo. Nunca ese pitido modulado. De todas formas, lo tenía claro: ¡no puede haber dos radios con la misma avería al mismo tiempo!

Pero entonces, ¿de qué se trata? ¿Qué ha ocurrido?

De repente lo entendí. Al menos, creí entenderlo. Y me desplomé en la cama agarrándome la cabeza con las manos.

¡Señor! ¿Será posible que lo hayan hecho?

¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados!

Debí de repetir diez veces seguidas «¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados!», en voz baja y en voz alta. Luego me incorporé. Sostuve el teléfono en la mano sin saber aún a quién llamar. A mi ahijada quizá, Adrienne, que vive en París... No había cobertura, por supuesto. También el teléfono está muerto.

Han pasado cuatro o cinco horas, pero sigo con las mismas palabras en la cabeza.

¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados! ¡Se han atrevido a hacerlo!

Pues en el momento en que escribo estas líneas, tengo razones para creer que acaba de ocurrir una tragedia. No un desastre natural, sino un apocalipsis brutal obra de la mano del hombre. El follón postrero de nuestra especie. Que va a poner punto final a esos cuantos millares de años de historia. Que echará el telón a nuestras venerables civilizaciones. Y que, ya de paso, nos matará a todos. Esta misma noche. O quizá mañana bien temprano...

Dejo de escribir. Vuelvo a leer lo que he escrito. Y muevo la cabeza con espanto e incredulidad. ¡Nunca habría pensado que iba a poder tomar nota de una abominación semejante con mano casi firme!

Lo que me sirve de cierto sostén en esta prueba, además de la rabia, es que se mantenga la incertidumbre. Sí, todavía tengo la esperanza de que las próximas horas desmientan lo que barrunto. Pero es cierto que los acontecimientos de las últimas semanas daban pie, a quienes los hubieran seguido, para temer lo peor. También es cierto que las averías varias no presagian nada bueno. No tanto la de la luz, que es habitual en las temporadas de inclemencias, ni la del móvil, que aquí siempre ha funcionado de forma errática; ni siquiera la de las emisoras de radio; sino, más que cualquier otra cosa, la coincidencia de esas disfunciones. ¿Casualidad sin más? Me cuesta creerlo.

Si quisiera que estas páginas fueran más rigurosas, debería dedicar tiempo a hablar detalladamente de los acontecimientos a los que acabo de referirme. Me pondré a ello cuando tenga la cabeza más despejada. Por ahora no me siento capaz ni de organizar las ideas ni de formular hipótesis. Como mucho, puedo decir lo que oigo o lo que he dejado de oír, lo que veo o lo que he dejado de ver, lo que noto y las reminiscencias que me alteran.

Me quedé un buen rato echado en la cama, totalmente a oscuras. Pegado al oído, el teléfono mudo. Y en la radio ese pitido modulado. Fuera, la tempestad había amainado un poco. La lluvia había dejado de tabalear en las tejas y en el ventanal que la noche había convertido en un espejo ahumado.

De repente, me entraron ganas de hablar con alguien, de inmediato. Más que ganas, era una exigencia imperiosa. Como si la soledad hubiera empezado a oprimirme físicamente el pecho. Y, por primerísima vez desde hacía doce años, me arrepentí de no vivir ya en una ciudad o en un pueblo, como el conjunto de los mortales.

Porque vivo en una isla, una isla diminuta, la más pequeña de un archipiélago de cuatro que se llama «los Quirones».

El resto de la población vive en Gran Quirón, donde está el único núcleo urbano digno de tal nombre, Puerto Atlántico. La isla más

extensa, que se llama Fuerte Quirón, es desde hace tres siglos una base de la marina francesa; no he ido nunca. Valle Quirón es una reserva natural, marina y ornitológica, donde solo pasan temporadas los investigadores. Mi isla, que es de mi propiedad, la más modesta, se llama, curiosamente, Antioquía.

Creí durante mucho tiempo que era el único propietario. Me da cierta vergüenza hablar ahora de esto, con todo lo que está pasando. Pero, por si tuvieran que ser estas páginas las de un testimonio postrero y si alguien llegara a leerlas algún día, me veo en la obligación de contar por encima mi historia, mis orígenes, mi trayectoria, mi soledad libremente elegida... y por qué tengo ahora de vecina a una novelista que se llama Ève.

*

Nací en Montreal, de madre estadounidense y de un padre que veneraba sus orígenes franceses. En la Segunda Guerra Mundial participó, como joven oficial, en el desembarco de Normandía. Al igual que otros miles de canadienses, pero para él aquello estaba más preñado de sentido. Había hecho indagaciones sobre sus antepasados y había descubierto que eran oriundos de aquí, precisamente de los Quirones, y que habían zarpado de Puerto Atlántico hacía tres siglos. Regresar a «su» tierra como liberador era para él la recompensa más hermosa.

Pocos meses después del desembarco, pidió un permiso de unos cuantos días para ir al archipiélago. Me lo imagino aquí, gigante bigotudo de aspecto engañosamente británico, tocando y oliendo todo cuanto lo rodeaba con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Lo llevaron a Antioquía. Esta isla diminuta tiene la particularidad de estar unida a Gran Quirón mediante un vado que se llama «el Paso» y que queda sumergido cuando sube la marea pero despejado cuando baja, lo que permite cruzarlo a pie enjuto dos veces al día.

Cuando estaba aún prendido en el hechizo, mi padre se llevó la sorpresa de enterarse de que las autoridades locales acababan de poner en venta el territorio de Antioquía. Como contaba con medios suficientes y era no poco impulsivo, lo compró todo en el acto.

Luego anunció solemnemente que volvería a no mucho tardar para construir una casa en la isla y afincarse en ella.

No pudo cumplir su promesa. Nada más acabar la guerra, nuestra familia tuvo, por desgracia, graves reveses de fortuna. Mi abuelo materno, un industrial de Vermont, se vio en una situación difícil y mi padre, al intentar sacarlo a flote, se arruinó a su vez. A mis padres no les quedó más remedio que vender la casa de West Mount y mudarse a un piso sin alma. Mi padre aceptó un modesto empleo en una oficina, que seguramente debía de resultarle muy aburrido puesto que nunca hablaba de él. Se volvió taciturno y reservado, yo intuía su amargura. Los únicos momentos en que se le iluminaba la cara era cuando hablaba de la isla que tenía.

¡Antioquía!

Lo había vendido todo en Canadá para liquidar sus deudas, pero había conservado sus tierras lejanas, nunca pensó en venderlas. Tenía la esperanza de ahorrar algo de dinero para que pudiéramos un día cruzar el Atlántico, él, mi madre y yo, y poder construir una casa en nuestra isla.

Ese sueño pobló mi infancia, mi adolescencia y mucho más. Frente a la vida urbana, la rutina y los engorros, existía ese paraíso nuestro, solo nuestro, Antioquía. Podríamos vivir allí de lo que se diera en nuestro suelo y lo que se diera en el mar.

Si solo hubiera dependido de mí, me habría llevado a mis padres inmediatamente. Habría vendido cuanto nos quedaba, los muebles, la mitad de la ropa, me habría ido a la isla y habría construido mi cabaña con ramas.

La solución «Robinsón» tentaba a veces a mi familia, sobre todo a mi padre, en los momentos muy soñadores o muy desvalidos. Pero en el acto daban marcha atrás. No se puede vivir bajo un techo de ramas a orillas del Atlántico Norte, ni siquiera en un litoral acariciado por la Corriente del Golfo. Y, además, estaban, sobre todo, mis estudios. Lo que es yo, habría prescindido de ellos y habría escogido la aventura. Mis padres no lo veían igual que yo. «Si conseguimos que te admitan en una buena universidad, te habremos dejado algo mejor que una fortuna», decían.

Mi padre nunca volvió a ver Antioquía. Tampoco me vio nunca con un título. Yo tenía dieciséis años cuando se murió, y él, cincuenta y siete.

Creo que posteriormente he hecho lo que le habría gustado que hiciera. Me dieron becas para seguir estudiando en McGill y, después, en Harvard; cursé derecho, economía e historia de las civilizaciones; di clase dos años en Seattle, en el estado de Washington; trabajé tres años en Ottawa, en un bufete de abogados... Antes de descubrir que tenía una única pasión y un único talento con el que me iba a ganar el pan: dibujar. Como me llamo Alexandre, adopté como nombre artístico *Alec Zander,* lo que no me exigió más que una levísima alteración gráfica.

Hace doce años murió mi madre en Montreal, prematuramente envejecida. Se había muerto ya dos veces: la primera, al dejar la casa de West Mount; la segunda, al despedirse de mi padre. Me atrevo a decir que le alegré los últimos años, pero ya estaba tocada y tenía muchos más vínculos «con el otro lado de la vida».

El día del entierro el tiempo era blanco y la tierra del cementerio estaba helada. Miré el paisaje que me rodeaba y luego, de uno en uno, todos los rostros: los compañeros con prisas, que miraban disimuladamente la hora; los vecinos solemnes; los primos olvidados. Y, de repente, me entraron ganas de ver el centelleo del sol en un mar amigo. Entonces les susurré a mis progenitores fallecidos: «Estudié para cumplir vuestros sensatos deseos. Ahora voy a cumplir vuestro sueño insensato».

«¿Antioquía?» Mis amigos sonrieron. Todos. «¡Te damos seis semanas!» Los más intrigados empezaron a rebuscar en atlas y enciclopedias. *Antioquía, en la actualidad Antakya, ciudad de Turquía a orillas del Orontes* ... No, no era eso. *Paso de Antioquía, nombre del estrecho que separa la isla de Ré de la de Oléron, al oeste de Francia* ... Eso ya se iba acercando, pero seguía sin ser «mi» Antioquía, que no figuraba sino en las cartas náuticas más minuciosas. Y, sobre todo —¡eso es lo más importante!—, en la escritura de compraventa que mi padre había conservado como oro en paño.

¿He dicho que mis amigos sonrieron y se encogieron de hombros? Yo también sonreí, a mi manera. ¡Qué os apostáis! Me fui. Solo, soberanamente solo. Pertrechado con mi escritura de la propiedad y mis escasos ahorros, pero, sobre todo, con una fuente de ingresos no desdeñable: un contrato de «redifusión» con diversos medios de prensa. El personaje que he creado, Groom, el trotamundos inmóvil, se las apañó para conseguir nada más nacer cierta popularidad que ha seguido adelante: por ejemplo, el año pasado mis dibujos se publicaron en la página de tiras cómicas de ochenta y dos periódicos de Norteamérica, Europa, Australia y otros lugares. Según las cláusulas de mi contrato, debo enviar a diario una breve tira de tres viñetas. Por supuesto que no las envío todos los días, sino en lotes de doce, una semana sí y otra no.

Esos dibujos míos podría haberlos mandado desde Nueva York, desde Honolulú o desde Singapur, ¿qué más daba? En mi isla trabajaba más y mejor. Por ejemplo, debo de tener en los cajones ahora mismo tiras preparadas para los cuatro próximos meses. Y me da tiempo a hacer otras muchas cosas, como esa viñeta de opinión que publico todas las semanas en *Le Moniteur Littéraire.*

*

El primer año viví en un hostal de Puerto Atlántico. Mientras se construía mi casa.

Incluso aquí, en el archipiélago de los Quirones, se sonrieron al enterarse de que lo de vivir en Antioquía iba en serio. Sí que había habido allí tiempo atrás una aldea de pescadores, pero llevaba abandonada más de setenta años.

Yo solito iba a cambiar el régimen de la isla. De desierta se convertía en habitada. Población: uno.

Estaba convencido, al llegar, de que era también el único propietario. ¡Craso error! Mi padre lo había comprado todo, efectivamente, pero solo lo que estaba en venta, es decir, algo más de treinta y ocho hectáreas de una superficie de cuarenta y seis. Lo demás había seguido siendo del municipio, que aún no sabía si debía prescindir de ello o no. Creo que había también razones de principio: no querían que un hombre, y un extranjero de propina,

súbdito de su Graciosa Majestad, pudiera convertirse en dueño de una isla entera. Mientras conservasen una parte, solo se cedía un terreno, no un territorio.

Fue seguramente por esa misma razón por lo que omitieron informarme cuando, hace siete años, las autoridades del archipiélago, acuciadas por la necesidad de dinero, decidieron vender el resto. Que compró por una cantidad elevada una novelista ávida de soledad: Ève Saint-Gilles.

No sé si con ese nombre suena aún una campanilla, como se dice en inglés... El libro que había publicado a los veinticuatro años se calificó como una obra maestra. Se llamaba *El porvenir ya no vive en esta dirección* . Considerada la portaestandarte de una generación despojada de todos sus ideales, despojada incluso de esa maravillosa razón para vivir que es la espera de las dichas futuras, Ève Saint-Gilles quedó bajo la luz escudriñadora de los focos. Elogiada, cortejada e idolatrada, pero también muy puesta en entredicho y a veces salvajemente vilipendiada, no le quedó más remedio que dejar su puesto en la universidad y acabó reñida con todos sus amigos y también con su familia. Luego estuvo tres años corriendo mundo. En todas partes la aclamaban, una y otra vez. Pero también en todas partes la atacaban violentamente.

Cansada tanto de las polémicas como de las peregrinaciones, decidió un día que había llegado el momento de volver a sumirse por completo en la escritura. La estaban esperando, estaban esperando su segundo libro, el de la consagración. No llegó nunca. Entonces empezó a beber, en abundancia. Algunos periódicos hablaron también de cocaína y de anfetaminas...

No la conozco lo suficiente para saber qué la convenció para que viniera a afincarse a «mi» isla. Lo que sé con seguridad es que trece años después de su primer libro, sigue sin publicar el siguiente. Supongo que está en ello. En cualquier caso, no parece dedicarse a actividad alguna.

Ni tener vida social. En el archipiélago es conocido su nombre, pero la mayoría de la gente no la ha visto nunca. Solo van a veces a su casa los repartidores: los de la tienda de ultramarinos del puerto, el del pescadero que también tiene comida preparada y el de la

farmacia; y también, de vez en cuando, el fontanero, el albañil o el electricista.

Por mi parte, fui a verla solo una vez, hace cinco años, poco después de que llegase. Me remordía la conciencia por haber despotricado cuando me enteré de que mi isla no iba a ser ya exclusivamente mía. Creía que entraba en mis obligaciones darle la bienvenida a aquella joven, como un vecino bien educado, y decirle que si alguna vez necesitaba algo...

Como no sabía su número de teléfono, fui sin avisar un domingo a eso de las cinco de la tarde. Llamé, esperé, volví a llamar. Me disponía a irme cuando la puerta se abrió por fin. Mi vecina estaba en camisón. Sobre la marcha, me dio la impresión de que había interrumpido una siesta tardía; posteriormente, me enteré de que siempre se despertaba a eso de las seis de la tarde y que se iba a dormir a las diez de la mañana. La perfecta inversión de las costumbres humanas.

Con aquel comienzo, la visita resultaba delicada. Intenté sin embargo salir al paso lo mejor posible.

—Llego en mal momento, perdone, volveré en otra ocasión.

—No merece la pena. ¿A qué ha venido exactamente?

¡Bonito recibimiento! Estuve a punto de dar media vuelta e irme sin decir palabra. Preferí hacer gala de paciencia... ¡Cuánta paciencia tengo desde que vivo al ritmo de mi isla! Así que le solté, muy antipático:

—A nada importante. Me llamo Alexandre, soy su vecino y solo quería darle la bienvenida a la isla. ¡Bueno, pues ya está hecho!

Luego hice un leve saludo con la cabeza y me marché muy digno.

Había dado por lo menos treinta pasos cuando oí que mascullaban detrás de mí una palabra breve que tuve a bien interpretar como un «¡Gracias!». La puerta se cerró en el acto.

No vivimos la misma soledad, me dije para calmarme. Huye de los humanos, que está claro que la horripilan; yo, por mi parte, me he apartado del mundo para observarlo con mayor serenidad. Y quizá para entenderlo mejor, para abarcarlo mejor.

No le guardé rencor a esa mujer; preferí convencerme de que forcejeaba en un laberinto de problemas y que sufría por ello; no iba a agobiarla más. ¡Que Dios fuera misericordioso con ella!

Según me iba alejando de su casa para regresar a mi propiedad, mis sentimientos se iban atenuando. Llegué incluso a alegrarme de tener por vecina a una novelista muda, fantasmal y casi inexistente, mejor que a un latoso, a una charlatana metomentodo o a una banda de contrabandistas... Eso sí, para evitarle a mi serenidad pruebas demasiado duras, me prometí no volver a entrar nunca en la otra parte de la isla.

¿Nunca? Hasta ahora había cumplido sin mayor dificultad esa sensata promesa que me había hecho a mí mismo. Pero esta noche, por primera vez, me lo estaba pensando.

Habitualmente, cuando me pongo sociable, voy a Puerto Atlántico, a la taberna de los marineros, me tomo una copa o dos, trabo conversación con unos cuantos parroquianos y, luego, reconciliado con el mundo de mis semejantes, pero también reafirmado en mi deseo de soledad, me vuelvo a mi isla para enclaustrarme.

Hoy no había ni que pensar en ir allí. Puerto Atlántico se acuesta temprano; sus calles quedan en posesión de los perros y los gatos vagabundos que acuden a olfatear los cubos de basura. De todos modos, con el mar tan picado, ni siquiera habría podido atravesar «el Paso».

Así que anduve dando vueltas, rumiando mis angustias, repitiéndome que era seguramente uno de los últimos supervivientes del cataclismo, que la muerte invisible se me acercaba reptando como una niebla, que no tardaría en alcanzarme, que me envolvería en su veneno y me devoraría como los ogros de mi infancia, que quizá estaba viviendo mi última noche, que no volvería a ver nunca más el sol ni el azul del mar, que, allá fuera, en el ancho mundo, había un montón de seres con una condena pendiente a quienes atenazaba la misma angustia, que lloraban o vociferaban o se susurraban palabras tranquilizadoras arrimándose unos a otros para sentirse más fuertes contra lo inevitable...

Ante eso, ¿qué valor tenían mis reticencias y mi amor propio de vecino despedido?

Así que iba a ir a ver otra vez a Ève Saint-Gilles. Debe de estar más que despierta, su día apenas acaba de empezar. Si me recibía

con frialdad también en esta ocasión y me decía cosas desagradables, le respondería con otras no menos desagradables, la insultaría y le escupiría imprecaciones inmemoriales. ¿Qué tengo que perder?

Cuando era pequeño, el peor calificativo que podía oír en labios de mi padre era «grosero». Se trataba, desde su punto de vista, de la falta que no se podía perdonar en una persona, un gesto, una actitud o una palabra. Rendía culto a la cortesía, a la buena educación y a la elegancia del alma. Y yo lo he heredado con creces.

Pero ¿qué sentido tenían esta noche la buena educación o la cortesía? ¿Y qué valor tiene la elegancia del alma cuando ha llegado la muerte universal que nos va a convertir a todos en pasto de los gusanos?

Esta noche, me dije, seré grosero si es preciso. Me saltaré las conveniencias y también el amor propio. Iré a ver a esa mujer y le hablaré de mortal a mortal.

Fuera, seguía lloviendo. Me puse el impermeable amarillo de falso marinero. Cogí la más potente de mis linternas, que parece un farol de tormenta. Salí.

*

Al llegar a casa de mi vecina, llamé por guardar las formas y giré acto seguido el picaporte. Dentro, una luz pálida, seguramente la de una vela. Cerré la puerta, colgué el impermeable, que estaba chorreando, dejé los chanclos mojados en el suelo de la entrada, apagué la linterna y me encaminé hacia la fuente de luz.

La novelista estaba sentada a lo sastre en un sillón, arropada en un chal grande. Únicamente le asomaba una mano; enhiesta como la pluma de una *squaw,* sujetaba un vaso. Encima de la mesa, una botella de *whisky* y una radio que emitía el mismo pitido que las mías.

Miraba fijamente lo que tenía delante, la radio, la botella, su muñeca o el vaso. No se movió y no dio muestra alguna de que me hubiera visto entrar. Solo al cabo de un minuto largo acabó diciendo, al tiempo que meneaba el vaso:

—Si lo toma con hielo, dese prisa, dentro de nada se habrán derretido todos.

Me fijé en que tenía al lado, al alcance de la mano, una de esas neveritas que hay en las habitaciones de los hoteles. Di un rodeo en torno a mi vecina y su sillón y encontré sin dificultad, a la luz de la vela, un vaso bocabajo y unos cubitos de hielo todavía enteros; solo se les había ido la escarcha.

—Tardarán en derretirse. ¡Menudo frío hace en su casa!

Masculló con voz de fumadora:

—La calefacción eléctrica no funciona bien sin electricidad.

Sonreí y me pareció verla sonreír. Estaba claro que esta noche en su casa hacía menos frío que en mi anterior incursión.

Me senté frente a ella, en un sillón idéntico al suyo, y me puse un chorro de *whisky* encima de mis tres o cuatro cubitos. Un silencio. Que habría podido alargarse. Así que dije, por aquello de entablar conversación:

—¿Ha podido enterarse de algo?

—Según mi radio, al parecer «uizzuizzuizz...»

Y se puso a imitar el peculiar sonido. Volví a sonreír. Bien pensado, no era tan mala idea haber ido a ver a mi vecina.

—¿Siempre es usted tan flemática? —pregunté con una pizca de mala fe.

—No. Solo en temporada de cataclismo nuclear.

Se me quedó congelada la sonrisa. Así que lo que para mí no era sino una hipótesis y un temor para ella era una certeza.

—¿De verdad cree que han sido capaces de hacer algo así?

Mi vecina me contestó sin volverse hacia mí:

—¿Ha jugado alguna vez al voleibol en la playa? Se lanza el balón de mano en mano, das un salto para alcanzarlo, devuelves el tiro, te agachas para atraparlo, te ríes, gritas, vas de un lado para otro. Pero hay un momento, antes o después, hagas lo que hagas, en que el balón cae al suelo. Bum.

Nuestros cubitos tintinearon al mismo tiempo mientras nos llevábamos el vaso a los labios.

—A lo mejor deberíamos encender el fuego.

—Si quiere... —dijo—. Hay leños y ramitas cerca de la chimenea, y periódicos viejos debajo de la mesa.

En cuanto se alzaron las llamas, apagué la vela; luego me volví a sentar diciendo, como si me hablase a mí mismo:

—Cuando pienso que un cataclismo así ha podido ocurrir mientras estaba en mi casa, inclinado encima de la mesa de dibujo, sin sospechar nada. Seguramente ha habido unas explosiones tremendas, unos hongos gigantescos, ni he oído nada ni he visto nada. Un día tétrico, ¿verdad?

—Los hombres se lo han ganado a pulso.

Hice una pausa antes de replicar:

—Yo conozco algunos que no se lo han ganado.

—Yo no conozco a ninguno.

Tenía ahora en los ojos una crueldad casi infantil. Lo que me movió a eludir la discusión de fondo; y le contesté, con tono animado:

—Pensándolo bien, hay pese a todo ciertas personas a las que me gustaría salvar. Unos amigos, una ahijada, unos cuantos vecinos...

—Yo no. Ni amigos, ni familia, ni ahijados. Y lo que es los vecinos...

Hizo con la mano y el brazo un gesto obsceno. Le repliqué, en tono de reproche:

—Yo, la verdad, es que a la gente del archipiélago la salvaría si pudiera. Empezando por los pobladores de Antioquía...

A decir verdad, no era muy sincero. Estaba jugando, nada más; pinchando a mi vecina. Pero aquella cordialidad, por algún motivo, dio en el blanco. Se volvió hacia mí, por primera vez con una sonrisa de mujer. De la cual, por lo demás, no tardó en prescindir, como si la hubiera traicionado. Luego refunfuñó a un volumen apenas audible:

—Más vale acabar la vida con un toque amable. Aunque sea mentira.

Ève Saint-Gilles debió de ser guapa. De hecho, estoy seguro porque he visto fotos de hace tiempo: melena llameante, espetera bien puesta y labios traviesos. Pero la amargura y el alcohol la han ajado prematuramente. Yo, que tengo cincuenta y tres años, aparento, según opina todo el mundo, dejando aparte la coba, cuarenta y cinco como mucho; ella, que aún no ha cumplido los treinta y ocho,

parece acercarse más a los cincuenta. Y sin embargo los ojos, que me esperaba que estuvieran apagados, todavía le cabrillean. Si se atusase un poco la pelambrera y le sacase partido al color, si enderezase los hombros y sacase pecho —por provocación, por generosidad, por coquetería, qué más da—, si...

Había caído en la tentación de jugar, mentalmente, a los desfacedores de entuertos y a los caballeros redentores. Mi vecina, pensaba abarcándola con la mirada, no está irremediablemente echada a perder. Con la salvedad de que, esta noche, estamos todos irremediablemente perdidos.

—Creo que me voy a tomar una pastilla y me voy a ir a dormir —dijo bruscamente.

Descruzó las piernas, apagó la radio y luego encendió una cerilla y la acercó a la vela.

—Si no le quedan fuerzas para andar, puede quedarse en ese sofá. La habitación empieza a estar caldeada.

Me levanté de un tirón y dejé el vaso.

—No, gracias, necesito volver a mi cama, a mi habitación, a mi cuarto de baño y a todas mis manías de solterón.

—Me hago cargo. Bueno, pues hasta la próxima. ¡Si mañana no estamos muertos, pásese por aquí!

*

Por el camino de vuelta, estaba convencido de que iba a hacer lo mismo que ella: tomarme un somnífero y dormir. Esa noche no iba a poder coger el sueño más que así. Cierto es que la visita me había sosegado y me sentía más sereno para enfrentarme a lo que viniera. Sin embargo, sabía que en el momento en que apagase las luces, en que me viese solo, echado bajo las mantas, con la radio pitando a mi lado, no podría por menos de pasarles revista mentalmente a toda mi vida, a mis amigos, a mis padres sobre todo. Me entraría la tentación de dejar que me invadiesen todas las amarguras del pasado y ya no podría pegar ojo...

Cuando llegué, la casa estaba helada. La calefacción es de fuel, y tengo reservas para dos inviernos seguidos; pero la caldera arranca y se para y vuelve a arrancar con un mecanismo que sí que

precisa electricidad. Normalmente, cuando un corte de luz se prolonga, llamo a determinado número para quejarme y las cosas se arreglan enseguida. Como no contaba con la posibilidad de telefonear, no me quedaba más opción esta noche que encender, igual que mi vecina, la chimenea.

Me encontraba tan calentito junto a los troncos que no quise salir del cuarto de estar para aventurarme en el ambiente polar del dormitorio. Así que me quedé allí, quieto, con las palmas de las manos y los ojos vueltos hacia las llamas. Y fue mientras miraba cómo se consumían y se retorcían las páginas de un periódico viejo cuando me entraron de pronto, como una bravata, ganas de escribir.

No es esa mi forma de expresión natural y, con la excepción de este testimonio del que me siento impelido a dejar constancia en unas circunstancias raras e inéditas, no creo que en el futuro vuelva a escribir nada más.

¿Pues qué hago hablando del futuro? ¡Qué presuntuoso resulta de repente!

A la luz del fuego, sentado en un sillón, apoyando mi libretita en un grueso tomo ilustrado —que trata de Norman Rockwell, dicho sea de paso—, he escrito estas pocas páginas de un tirón, sin aspirar a releerlas, ni a mejorarlas, ni a dar marcha atrás.

Fuera, ha dejado de llover. Todo parece tranquilo. En esta habitación se está bien, aunque el fuego no sea ya sino una alfombra de brasas.

Aún no he referido nada de todo cuanto me preocupa. Pero está empezando a entrarme sueño, la mano va más despacio y las ideas se me enredan. Ya es hora de dejar de escribir y de amodorrarme. Cuando me despierte, veré si debo conservar estas páginas, añadirles unas cuantas más o, sencillamente, usarlas para encender el siguiente fuego.

Miércoles, 10 de noviembre

Al despertarme, la radio seguía con el mismo pitido modulado, indicador de la tragedia. Comprobé también la luz, el teléfono y la conexión a internet. Seguían igual: nada.

Al subir la persiana, comprobé que la tempestad se había calmado. Un sol hermoso estaba secando ya las hojas y las hierbecitas. En una roca negra, al fondo del jardín, se había posado una gaviota. Se volvió hacia mí, cruzamos la mirada y no se movió. Cierto es que yo estaba lejos.

¿Era posible que el frescor del aire resultase tan engañoso? ¿Era posible que más allá de esta extensión azul ya estuviera el espanto? Sin embargo, corrí la puerta acristalada y respiré el aire de alta mar. Me desperecé y la gaviota echó a volar muy digna con una risa sarcástica de reproche.

Caí en la cuenta de que me estaba sintiendo alegre, siendo así que nada, lo que se dice nada, había cambiado, que yo supiera. Seguía sin saber si ese oxígeno que se me metía en los pulmones traía las partículas de la muerte. Pero estaban el sol, la luz del sol, el calor del sol; dejé que me calentase y me deslumbrase. Estaba la hierba húmeda que hollaba con los pies descalzos. Estaba esa gaviota cuya risa sarcástica oía aún a lo lejos (¿la suya o la de su hermana?). Estaba el Atlántico, con la marea en el punto más alto, que lamía a veces las piedras que bordean mi jardín. Me acerqué a él, sin sentir el frío, y me fui desnudando mientras andaba. Al llegar junto al agua, me prosterné hasta hundir en ella la cara.

Estaba vivo. Aún estaba vivo. ¿Un día más? ¿Una semana? Si el daño llegase a alcanzarme, me dije, será al océano a quien me encomiende. ¡Que me tome! ¡Que me lleve donde quiera! ¡Que se me trague, sobre todo, y no devuelva mi cuerpo jamás!

Regresé a la casa más sereno. Encendí de nuevo el fuego, junto al que me tumbé, desnudo aún, como para dorarme.

Normalmente, todas las mañanas, al levantarme, me pregunto qué debo hacer ese día. Enumero cosas y hago listas, por escrito o mentalmente. Como en los tiempos en que tenía un trabajo regular. Pero hoy he conseguido no preguntármelo. En cambio me he interrogado sobre qué sensaciones deseaba notar en ese momento. Qué sensaciones en el cuerpo, en cada uno de los territorios de mi cuerpo, qué sensaciones en la cabeza. Lo húmedo y lo seco, lo helado, lo abrasador, la tensión, el relajamiento, el esfuerzo, llorar, reír, ceder, el lento y sutil entumecimiento junto al fuego...

Y volví a quedarme traspuesto cuando apenas acababa de levantarme.

Cuando desperté por segunda vez, ya había reanudado, por desgracia, mis instintos de energúmeno responsable. Me daba órdenes, me fustigaba a golpes de «hay que», «debería», «tengo pendiente»...

Encontré el reloj de pulsera y me lo puse. Eran las dos y media. Consulté en la pared la tabla de mareas. Hoy la bajamar sería a las cuatro y diecinueve de la tarde. Si quería ir a Puerto Atlántico, tenía que salir en el acto y volver al cabo de tres horitas.

Así que me subí a mi jamelgo, una bicicleta de color ladrillo con un cesto de mimbre que yo mismo había atado a la parte trasera, y pedaleé hacia «el Paso».

En el vado brillaban aún incontables charcos, pero el agua ya no lo cubría. Fui con cuidado, sin embargo. Al menor resbalón te vas de bruces al océano, el istmo no tiene seis metros de ancho y la superficie está a veces embarrada. Además, como «el Paso» no es ni un puente ni una pasarela, sino un sendero de tres millas marinas de largo, hay momentos en que no se ve tierra y te da la impresión de estar pedaleando por el Atlántico sin ir a ninguna parte.

Al llegar a la otra orilla, sentí la necesidad de apoyar por unos momentos los pies en tierra firme. Antes de seguir hacia el puerto.

Las calles estaban desiertas. Pero en la taberna a la que suelo ir había la aglomeración de los días sin pesca.

El local se llama La Cabo-hornera, en recuerdo de los tiempos en que los marineros del archipiélago de los Quirones se iban a la otra punta del mundo, algunas veces, aunque pocas, con sus

respectivas mujeres, que se ganaban entonces, para toda la eternidad, el prestigioso título de «cabo-hornera».

A la última de esa raza tuve la suerte de conocerla; se murió hace apenas diez años. Es su nieto el que manda ahora detrás de la barra. En la pared, entre trofeos, reliquias marineras, matrículas antiguas y etiquetas de botellas llegadas de Valparaíso o de Macasar, una imponente foto en sepia, ampliada a tamaño natural, de nuestra cabo-hornera con un vestido largo, junto a su marido, el capitán, en el puente. Un hermoso rostro adusto de otros tiempos.

Dejando aparte esa presencia, no hay nunca mujeres entre estas paredes. Los marineros vienen precisamente para huir de ellas. Ambos tienen un triste historial de distanciamiento y de cansancio que se repite una generación tras otra. Los hombres se van al mar durante semanas y meses, las mujeres se quedan, únicas dueñas y señoras de su casa. Ellos pierden la costumbre de vivir con una esposa, ellas pierden la costumbre de obedecer al esposo. Cuando este vuelve, la casa se les ha quedado estrecha. Entonces el varón sale huyendo. Los más intrépidos escapaban para siempre rumbo a otros cielos; la mayoría se conforma con prolongadas ausencias cotidianas. Para ir al bar, por supuesto. A La Cabo-hornera. Para beber, jugar a las cartas entre hombres y reírse de sus temores de antaño.

Como el local de la taberna suele ser oscuro, la falta de luz de hoy apenas si se notaba. No tardé en acostumbrar la vista. Reconocía caras, estrechaba manos y, antes incluso de que me hubiera sentado, brotaban las preguntas para el «canadiense», que soy yo, aderezadas con los ternos de rigor. Maldita sea, ¿será posible que esté todo destruido, «incluso París», y se hayan olvidado de nosotros aquí en el archipiélago? ¿Por qué nosotros, rediós? Y el desfase, ¿cuántos días, cuántas horas va a durar?

Por supuesto, yo no podía responder a nada, solo podía sumar mi angustia a la suya. ¿No habíamos seguido todos los mismos acontecimientos y albergado las mismas preocupaciones? Todos diagnosticábamos ahora lo mismo, cada cual con sus propias palabras y sus propios pudores.

—Las parientas están asustadas —me dijo por lo bajo el viejo Gautier con tono de estricta confidencialidad.

Tragó saliva y volvió a enmudecer. Miré el reloj de reojo. Iban a ser las cinco. Apuré la caña de cerveza —¡la ración de los sabios!— y me levanté. Me quedaba una visita por hacer.

Rara vez voy a Puerto Atlántico sin detenerme unos minutos, a la ida o a la vuelta, en casa del hombre a quien llaman aquí «el batelero». En tiempos anteriores, el batelero tenía una barca para, precisamente, llevar en bote a la gente entre las islas de Antioquía y de Gran Quirón a las horas en que no se podía ir por «el Paso». En la actualidad, ese funcionario municipal no tiene más cometido que vigilar el istmo y ocuparse de que esté en buen estado. Pero el nombre de «batelero» se ha mantenido.

Si considero una obligación ir a verlo no es solo porque se trata de mi vecino más cercano, con la excepción de Ève, sino porque en parte está ahí por mí. En los tiempos en que ya no vivía nadie en Antioquía, el cargo de batelero se suprimió. Un gran cartel oxidado, sujeto con unas cadenas, cerraba la entrada del «Paso»: *Está terminantemente prohibido cruzar.*

Como al instalarme yo en la isla hubo que suprimir la prohibición, las autoridades del archipiélago, muy concienzudas, consideraron que a partir de ahora tenían la obligación de vigilar el tránsito. Sin embargo, para no sobrecargar el escaso presupuesto del municipio, pensaron en una astuta solución: proponerle a alguien que viviera en la casa que había sido la del batelero y que cultivase en provecho propio los terrenos colindantes a cambio de hacerse cargo de ese servicio. Un servicio con pocas obligaciones, a decir verdad: echarle una ojeada al «Paso» en la hora anterior a la marea alta para comprobar que ningún despistado se meta por él.

En doce años he conocido a cinco o seis bateleros sucesivos: un sargento retirado; una pareja joven a la que atraía el alojamiento gratuito; dos marineros desbravados... El último, que llegó hace cerca de dos años, es extranjero. Aquí, en el archipiélago, llaman «extranjero» tanto a quien viene de Manila como a quien viene de la orilla de enfrente. Pero este batelero es extranjero de verdad, por así decirlo. Un griego. Bueno, no del todo; parece tener múltiples

orígenes muy mezclados y prefiere decir que es «de remota ascendencia griega»; al menos, el nombre que lleva, Agamenón, es todo lo helénico que puede ser un nombre, incluso aunque la gente de aquí lo abreviara enseguida en «Agam».

Un personaje asombroso que nadie esperaría encontrarse en un sitio como este, ni mucho menos en tan humildes funciones. Gran consumidor de libros, es un pozo de conocimientos, y tiene una inteligencia chispeante. Hemos trabado una amistad sólida que va mucho más allá de las relaciones de mera cortesía que tenía con los bateleros anteriores.

*

Al meterme por el caminito que llega a su casa, le oí abrir una ventana en el primer piso y le grité en el acto:

—¿Mucho tráfico hoy?

—Ha pasado un ciclista hace dos horas. Se prevé que pase otro en sentido inverso antes de la noche.

Nuestras primeras palabras son siempre variaciones en guasa sobre ese mismo tema: la escasez de circulación en «el Paso». Ni siquiera hoy hemos infringido la norma.

En lo que tardé en dejar la bicicleta al lado de la suya, Agamenón ya estaba abajo, delante de la puerta.

El hombre es alto, muy ancho de espaldas y con unos rasgos de la más pura mezcla de sangres: pómulos marcados, ojos ligeramente almendrados y piel tostada, que enmarca un pelo abundante, castaño claro, casi rubio. La primera vez que se lo ve, puede dar la impresión de ser un marinero celta que han atezado el sol y el viento salado: su atuendo, gorra desvaída y chaqueta con un ancla dorada, refuerza esa impresión. Pero cuando se lo observa más de cerca, ya no es posible situarlo. Se diría que es el fruto de los amores de Toro Sentado con una valquiria.

No es que sea yo especialmente sensible a la belleza masculina, pero debo decir que es un personaje al que resulta muy grato mirar. Cuando se han puesto los ojos en él, es preciso un esfuerzo para apartarlos. Hermosura sí, desde luego, y también hasta cierto punto, rareza.

—Creía que iba a verte en La Cabo-hornera.

—Fui un rato a mediodía —me dijo—. Pero no me quedé mucho. Tenía chapuzas pendientes. Arreglar unas cuantas cosas. Se me ha estropeado la radio.

A punto estuve de enmendarle la plana... Me di cuenta a tiempo de que estaba sonriendo y me hacía un guiño de pirata.

—Qué bien —suspiré— que todavía tengas ganas de bromear.

—¿Y por qué no iba a querer bromear?

—¿Con todo lo que está pasando?

—Pero ¿qué está pasando, demonios? Todo el mundo tiene cara de funeral. Esta mañana, en la taberna, casi te daban el pésame. Me entraban ganas de preguntar: pero ¿dónde está ese muerto al que lloráis, que yo no lo veo? Supongo que tú también me vendrás con lo del cataclismo nuclear.

—¿Y con qué si no?

Miró el reloj de pulsera y luego el cielo.

—Es la hora de vigilar el tránsito. Vamos al primer piso y nos sentamos diez minutos. Voy a abrir mi mejor botella. ¡De nada vale ya guardarla para mañana si ya no hay un mañana!

Cuando estuvimos sentados ante la mesa de la cocina, él de cara a la amplia ventana que daba al istmo y yo de cara a la otra, desde la que solo se veía la copa sin hojas de unos cuantos álamos secos, Agamenón empezó a hablar sosegadamente:

—Como todo el mundo, he oído mucho las noticias estas últimas semanas y tenía miedo de que saltaran chispas. Esa misteriosa explosión en Maryland; los estadounidenses empeñados en «recoger» por todo el planeta las armas nucleares que hubieran «caído en malas manos»... ¿Cómo pensaban llevar a cabo esa «recogida»? ¿Y los demás países iban a dejar que los desarmasen? Es cierto que ahí estaban los ingredientes de una crisis muy gorda. Pero de eso a pensar que ha ocurrido de verdad un apocalipsis atómico ayer por la noche... ¡qué disparate!

»Y, sin embargo, me dirás, algo acaba de suceder. Acontecimientos graves, gravísimos. Sí, no lo dudo. Pero ¿cuáles? Nadie parece saberlo. De lo único de lo que podemos estar seguros tú y yo es de que estamos vivos y no hay nada destruido a nuestro

alrededor. En vez de lamentarnos, más bien deberíamos alegrarnos y celebrarlo, ¿no te parece?

Llenó mi vaso y el suyo. Le di las gracias y bebí a nuestra salud. Sus palabras habían apaciguado un tanto mis temores y le estaba agradecido. Sin embargo, le repliqué:

—Pero ¿cómo puedes estar seguro de que esto no es solo un desfase? Estamos sin luz, estamos sin teléfono, y todas esas radios estropeadas al mismo tiempo y de la misma forma. ¿Cómo lo explicas?

—¡Aquí en el archipiélago hay averías continuamente, sobre todo en esta época del año, y nadie ha dicho nunca que fuese el fin del mundo! Dicho lo cual, no querría subestimar lo que está ocurriendo. Estoy preocupado, como tú. Pasan cosas raras que no resulta fácil descifrar. Pero ¿un cataclismo nuclear? ¡Seguro que no! Esa ocurrencia de que el resto del mundo ha desaparecido y solo hemos sobrevivido los habitantes del archipiélago de los Quirones, a la espera de que una nube radiactiva llegue hasta nosotros, no hay por dónde agarrarla.

—¡Cuánto me gustaría que tuvieras razón, Agam! ¡Qué más quisiera yo que creer que no ha desaparecido todo! Pero la pregunta sigue ahí: ¿qué ha ocurrido?

—Estupendo —me dijo—. ¡Por fin dejas las respuestas erróneas para volver a las preguntas correctas! Siempre es mejor empezar por ahí —miró el reloj—. No quiero que parezca que te estoy echando, pero no me quedaría tranquilo si te viera meterte por «el Paso» a oscuras.

De hecho, fuera había ya menos luz. Yo, que no veo bien de noche, dentro de poco no iba a poder diferenciar el mar azul y gris de la calzada gris y azul. Solté un incierto «hasta mañana» antes de marcharme corriendo.

Por la carretera, fui silbando entre dientes *Carmen,* el aria del toreador. Y fue al oír mi propia voz, animada, cuando me di cuenta de que aquella expedición a la isla de al lado me había resultado reconfortante. Seguía perplejo, claro, y me hacía aún mil preguntas. Pero silbaba. Digan lo que digan, la «insoportable duda» vale más que la atroz certidumbre.

Al llegar a mi casa, pulsé debidamente el interruptor de la luz y luego el botón de la radio; alcé el auricular del venerable teléfono de pared y dije incluso un absurdo «¿Diga?». Por supuesto, no hubo la mínima respuesta ni el mínimo sonido. Nada había cambiado durante mi breve ausencia, a excepción de mi humor.

Entonces me senté junto al ventanal para tomar unas cuantas notas acerca de mi expedición.

*

Ya que he recuperado, gracias al batelero, algo de alegría, de relativo optimismo y de serenidad, voy a permitirme una breve digresión para recordar los acontecimientos de las últimas semanas.

He aludido a ellos más de una vez y probablemente tendría que haberme extendido más ayer. Pero no sabía muy bien cómo hacerlo. ¿Debería volver sobre hechos que todos mis contemporáneos conocen? ¿Y para qué lectores? A decir verdad, sigo sin saber contestar a esas preguntas; solo he renunciado a hacérmelas. Voy a fiarme, sin más, de mi instinto para dejar constancia, en unos pocos párrafos, de lo que se me pasó por la cabeza en el momento en que mis radios se callaron y me llevó a temer lo peor.

Quizá debería empezar por recordar que la cuestión de la proliferación nuclear «desbocada» se ha convertido en estos últimos años en una preocupación obsesiva de los dirigentes políticos y también para la opinión pública. Combustible radiactivo, piezas sueltas, misiles enteros quizá, y también ingenieros, técnicos, militares que van por libre: todo eso anda circulando por todos lados, a través del planeta, en una cacofonía de rumores.

Se decía que un cártel de traficantes había comprado tres bombas que no dudaría en utilizar si a alguien se le ocurría asaltar su santuario. ¿Verdad? ¿Fabulación? ¿Quién va a ir a comprobarlo al corazón de la jungla de Borneo o del Amazonas?

Al parecer, se descubrió un comando terrorista en una granja de las inmediaciones de Dresde cuando estaba preparando un artefacto explosivo que contenía sustancias radiactivas. Las autoridades alemanas hablaron de exageración y de

especulaciones, y luego se enterró el caso bajo una capa de silencio. También en esto, ¿qué es verídico y qué parte corresponde a las teorías de la conspiración? Lo que es yo, lo ignoro.

Más preocupante aún, y más cercano: un caudillo fanático y fantasioso, el «mariscal» Sardar Sardarov, señor de una reducida satrapía montañosa en el Cáucaso, por lo visto ha adquirido en los últimos años una cantidad sustancial de misiles que pertenecieron tiempo atrás al ejército soviético y, por su trayectoria política y psiquiátrica, cabe suponer que está deseando utilizarlos. ¿Quién demonios podría hacerlo entrar en razón?

Este es el contexto en el que se produjo, hace unas cuantas semanas, en un pueblecito de Maryland, esa deflagración tan inquietante y tan traumática a la que hizo alusión Agamenón y en la que es verosímil situar el origen de los acontecimientos que se nos están viniendo encima desde ayer.

El 26 del pasado septiembre por la tarde, hace mes y medio, una fuerte explosión retumbó en Indian Head, un puertecito fluvial a orillas del Potomac, a unos treinta kilómetros del centro de Washington. Durante las primeras horas, las autoridades locales se empecinaron en negarlo, no atreviéndose a ponerle un nombre a lo que acababa de ocurrir: ¡una auténtica explosión nuclear! De poca potencia y de extensión limitada, desde luego, puesto que la devastación no rebasó un radio de mil metros. Pero hubo pese a todo más de seiscientos muertos y miles de vecinos de las inmediaciones resultaron heridos o contaminados. Habría habido muchas más víctimas de no haber barrido la nube radiactiva unos vientos de oeste providenciales... Para intentar calmar los ánimos, hubo quien se dedicó a hablar de una «deflagración accidental»; y lo era en sentido estricto, dado que los que manejaban el artefacto seguramente no tenían intención de hacerlo explotar en ese sitio ni en ese momento. Hasta estos últimos días, por lo demás, varios medios de comunicación seguían diciendo que los responsables del desastre eran más bien estudiantes jóvenes fascinados con la energía nuclear y no terroristas preparándose para atacar la capital federal: hipótesis difícil de creer, pero no menos difícil de refutar en

vista de que todos los aprendices de brujo habían quedado pulverizados sin dejar huella.

Desde el día siguiente de la explosión se empezó a tomar conciencia de las implicaciones de lo que acababa de suceder. Fue entonces cuando nació en los Estados Unidos y en otros lugares esta virulenta angustia que no ha dejado de crecer desde entonces. Podría decirse incluso que la humanidad entera se quedó conmocionada, descompuesta y desvalida. Podrá parecer excesivo ya que tanto las novelas como las películas y los informes de los «servicios de inteligencia» llevaban décadas imaginando acontecimientos de este tipo. ¿No es ya sabido desde hace tiempo que hay manuales para construir artefactos así circulando por internet, con instrucciones detalladas y los correspondientes esquemas? Sin embargo, cuando el acontecimiento real acabó por ocurrir, cundieron a la vez el asombro y la incredulidad.

En este ambiente tan angustioso y tan traumático, un movimiento armado del que nadie había oído hablar hasta entonces envió a diversos medios de comunicación un vídeo en que salía un hombre enmascarado reivindicando el hecho. La mayoría de los expertos en terrorismo opinaban que se trataba de un bulo y de que esa escenificación era obra de un mitómano. Pero otros especialistas consideraron que no debía descartarse la tesis de un acto terrorista y que el mariscal Sardarov bien podría haber sido el instigador. Algunas baladronadas del autócrata caucásico dos días después de la explosión podían interpretarse como una confesión de culpabilidad.

El presidente de los Estados Unidos se sintió en la obligación de actuar. En un discurso que se transmitió al mundo entero —en el que se lo ve muy desmejorado debido al cáncer de pulmón, que está por lo visto en fase terminal—, Howard Milton anunció solemnemente que había decidido «recoger» todas las bombas, todas las ojivas y todos los gramos de plutonio o de uranio enriquecido que estuviesen en manos de individuos incontrolables. No solo en los Estados Unidos, sino por todo el planeta y por todos los medios. Esta postura, que se aplaudió en Norteamérica, y en Australia y en algunos países de Europa tuvo una acogida favorable, en otros lugares se recibió con desconfianza y, a veces,

airadamente. Sobre todo en Rusia, en China, en la India y también en Pakistán, cuyos dirigentes declararon sin ambigüedad que, si alguien se atrevía a tocar sus instalaciones o sus arsenales, no se quedarían de brazos cruzados.

A nadie se le escapaba la gravedad de la situación, ni a los responsables ni a los simples mortales. Cierto es que en la segunda mitad del siglo XX , durante algunas crisis, se había temido un conflicto nuclear entre Occidente y la difunta Unión Soviética; pero los escasísimos dedos que habrían podido pulsar los botones de la muerte pertenecían a políticos que peinaban canas y temían el veredicto de la Historia y los ojos espantados de sus nietos.

Nada permitía creer que un personaje como Sardarov fuera a tener semejantes inhibiciones. Si le iba a temblar el dedo al acercarlo a los «botones», más bien sería por efecto de la rabia, del odio o de la demencia asesina.

¿Cómo hacer que recapaciten energúmenos así? ¿Cómo neutralizarlos? ¿Cómo desarmarlos? ¿Con amenazas? ¿Con embargos? ¿Con comandos militares? ¿Con bombardeos selectivos? No se podía recurrir a ninguno de esos procedimientos sin correr graves riesgos, y todo el mundo, empezando por el presidente Milton, temía un descarrío devastador. Pero al dirigente más poderoso del planeta no le quedaba más remedido que hacer algo.

Estos diez últimos días, los medios de comunicación hablaban de la inminencia de una o de varias operaciones de «limpieza» por la zona del Cáucaso, y quizá también en otras partes del globo terráqueo, y vivíamos todos con la obsesión de que provocasen el estallido de un conflicto. De ahí mi reacción inmediata cuando ocurrieron las averías.

¿Se ha producido efectivamente un descarrío de este tipo, con enfrentamientos armados y explosiones nucleares? Quizá sí. Quizá no...

El mes pasado me inspiré en ese ambiente de temor para un dibujo que publicó *Le Moniteur littéraire* y que tuvo muchas reproducciones por el mundo entero. Representaba en él a la buenaza de nuestra Tierra con apariencia de granada: las estrías eran las latitudes y los

meridianos. De la superficie del planeta asomaba una mano que intentaba quitarle la anilla.

En mis dibujos, he adquirido la costumbre de colocar en la parte inferior, junto a la firma, a un personaje pequeñito con sombrero de copa, Smart Alec, que es como un desdoblamiento del dibujo, lo comenta y a veces se desmarca de él. Ese día, mi personaje, resignado, se limitaba a taparse los oídos, como si de la deflagración solo temiera el ruido.

*

Cuando hube acabado de poner por escrito esos pocos datos recientes, que son el telón de fondo de los acontecimientos actuales y cuya clave quizá resida ahí, me di una vueltecita por la cocina para tomarme deprisa y corriendo un trozo de queso de cabra con el último pedazo de pan, antes de irme a pie por el camino que lleva a casa de Ève.

Di tres golpes con el puño cerrado y acto seguido, igual que ayer, giré el picaporte. Entré y cerré de un portazo para indicar mi presencia, de la misma forma que otros más discretos habrían carraspeado. Luego, encaminándome hacia el salón, hice una llamada:

—¿Hay alguien?

La vecina me contestó en el acto:

—Estoy arriba. ¡Venga corriendo!

Busqué con los ojos las escaleras y subí a toda prisa. Intuí por una puerta entornada la luz temblorosa de una vela. Salía de la habitación de Ève, a quien encontré sentada en albornoz al filo de la cama. ¡Cierto es que todavía no eran las siete de la tarde!

—¡Atienda!

Agucé el oído. Había una musiquita de notas disgregadas que hubiérase dicho que salían de una caja de música.

—Es la radio —dijo mi vecina—. La dejé encendida con el volumen al mínimo. Y precisamente en el momento en que cerraba usted la puerta, oí esta música.

Me acerqué al viejo transistor, subí el volumen y luego moví el mando donde ponía «tuning» para buscar mi emisora habitual,

Atlantic Wave . Estaban poniendo la misma música. Como si, después de condenar a todas las radios a emitir un simple pitido, acabasen de reunirlas en una sola, y emitiesen la misma música, sedante, levemente obsesiva, más bien reiterativa, pero no hasta el punto de resultar irritante.

De una cosa al menos estaba seguro: nunca había oído antes esa melodía. No se me habría olvidado.

Al cabo de unos minutos, Ève me propuso que bajase yo primero al salón con la radio y encendiese la chimenea.

—Noto el estúpido deseo de maquillarme y vestirme antes de empezar la jornada —me dijo para hacerme salir de su habitación.

Me puse de pie, cogí en brazos, como a un caniche, la radio blanca y bajé despacio los escalones.

Cuando la novelista se reunió conmigo en el salón, aún se seguía oyendo la misma música. Yo había bajado el volumen, pero no demasiado porque las ramitas crepitaban con fuerza. Igual que la víspera, me había puesto un whisky, sin cubitos esta vez (se habían derretido todos). Y me había sentado en el mismo sillón. Ella fue a acomodarse al suyo. Empezábamos a tener nuestras costumbres.

—He ido a Puerto Atlántico esta tarde. He charlado con unos cuantos marineros, y luego con Agamenón, el batelero. Seguro que lo conoce.

—Ha venido a verme dos o tres veces con excusas varias. Siempre me he preguntado qué habrá podido traerlo hasta aquí. ¿Habrá cometido un crimen? ¿Un amor desesperado?

—A lo mejor, igual que nosotros dos, buscaba la soledad, pero no tenía medios para comprarse su propio pedazo de isla. Ser batelero es una solución cómoda: casa gratis, una parcela para cultivar verduras, la pesca para comer y tiempo libre para hacer lo que le guste. Creo que lee mucho.

—Ya, hasta se ha leído incluso mi libro. ¡Figúrese! ¡Me ha citado frases enteras que se había aprendido de memoria!

Según decía esto, mi vecina ostentaba un mohín horrorizado. Tuve buen cuidado de no mostrar ni regocijo ni sorpresa y seguí hablando como si no hubiera oído nada.

—Está convencido de que no ha sucedido nada de lo que nos tememos. Sus argumentos no me han acabado de convencer, pero al salir de su casa me sentía de buen humor.

Ève se encogió de hombros y soltó:

—¡Pues me alegro! —Luego, sin transición, dijo—: ¿Está seguro de que no quedan cubitos?

—¡Segurísimo, por desgracia! Incluso he metido los dedos en la bandeja. ¿Quiere agua en vez de hielo? Si la dejo correr diez segundos, saldrá helada.

—De acuerdo.

Según entré en la cocina, la música de la radio se interrumpió de golpe. Giré el mando para subir más el volumen. Una voz femenina estaba diciendo:

—El señor Howard Milton, presidente de los Estados Unidos, acaba de dirigirle un mensaje a su pueblo. He aquí la grabación.

Un silencio y luego la voz prematuramente envejecida del hombre de Estado:

«Queridos conciudadanos:

»Antes que nada, quiero tranquilizaros: el territorio de la Unión no ha padecido ninguna agresión extranjera violenta, no tenemos que lamentar víctimas ni daños materiales. He querido empezar con estas palabras reconfortantes porque en estas últimas horas han circulado rumores alarmistas.

»No cabe duda de que esos rumores son fruto de ciertos fenómenos poco habituales, como el corte de internet, la interrupción de las emisiones de televisión y de radio o las averías de algunos aparatos electrónicos. Todo nos mueve a creer que incidentes similares han ocurrido por todo el mundo.

»Ya sabemos cuál es la explicación de esos fenómenos, pero no sería sensato hablar de ello de forma pública en la etapa actual. Puedo, sin embargo, anunciaros que se han establecido contactos al más alto nivel con quienes están en el origen de estos acontecimientos; nos han asegurado que no alimentaban animosidad alguna hacia los Estados Unidos. Tengo la fundada esperanza de que mediante estos contactos regresaremos a la normalidad en el más breve plazo.

»No quiero ocultaros que nos estamos enfrentando desde ayer a una situación completamente inédita. Pero lo estamos haciendo con un talante responsable y de confianza en nosotros mismos. Y estoy seguro de que, gracias a la atención, la sensatez y el sentido cívico de todos los estadounidenses, y en estrecha colaboración con nuestros amigos y partenaires *en todos los continentes, sabremos superar sin daño esta fase delicada, igual que hemos superado* más de una vez*, en el pasado, otros momentos graves de nuestra historia.*

»Os tendré debidamente informados de la evolución de los acontecimientos. ¡Sed pacientes! Y no perdáis la confianza, todo irá bien.

»¡Dios os bendiga!

»¡Dios bendiga a los Estados Unidos de América!»

Sonaron tres acordes del himno estadounidense y, luego, volvió a hablar la locutora: «Acaban ustedes de oír el discurso...». Bajé el volumen y me quedé mirando hacia el fuego de la chimenea. Ève se volvió en la misma dirección.

—¿Qué te parece? —me preguntó al cabo de un momento, tuteándome por primera vez.

Su pregunta llegaba demasiado pronto. Se me agolpaban mil preguntas en la cabeza: aún no las había cribado. Solo podía pensar en voz alta.

—Habla de quienes están en el origen de estos acontecimientos sin nombrarlos. ¿Quiénes son? ¿Una organización? ¿Un gobierno? Todo me resulta raro y opaco... Dice también que no han atacado los Estados Unidos. Que no tienen que lamentar ni víctimas ni daños materiales. Pero tampoco es un parte de victoria. De Sardarov y de sus acólitos, a los que había prometido castigar, no dice nada. ¿Los habrán destruido? ¿Desarmado? Ni siquiera los menciona. Por lo demás, no habla en ningún momento de conflicto atómico. Ni para decir que haya ocurrido ni para decir que se ha podido evitar.

En la radio, la música había vuelto a interrumpirse; estaban anunciando una nueva retransmisión, dentro de unos minutos, del

discurso de Milton.

—¿No tendrás, por casualidad, una de esas grabadoras de pilas tan apañadas que había antes? —pregunté.

—Ah, sí, claro que tengo una —dijo Ève con tono exageradamente regocijado—. Debe de estar ahí, en ese cajón grande donde hay de todo.

La encontré sin dificultad, comprobé que funcionaba y la coloqué pegada a la radio. A tiempo para el discurso. Que escuchamos ambos más religiosamente aún que la primera vez.

—¿Sabes qué es lo que acabamos de oír? —me soltó Ève mientras Milton «echaba sus bendiciones» finales—. ¡Una capitulación! Ni más ni menos, ¡un discurso de capitulación!

Empezó a imitarlo; hinchó la voz y adoptó una elocución torpe y jadeante:

—Debemos enfrentarnos a un adversario inesperado que nos ha cortado las comunicaciones, nos ha estropeado los aparatos y, ya de paso, ha paralizado a nuestras fuerzas armadas. Así que no tenemos forma de resistir y, por lo tanto, vamos a parlamentar... Pero no perdamos los estribos, queridos conciudadanos, ¡esa gente no quiere hacernos ningún daño!

Tuve que reconocer que era una interpretación plausible. Pero no la única.

—¿Cuál es la otra interpretación? —insistió la vecina, de repente más animada que nunca.

Fui incapaz de contestar; tenía las ideas embarulladas, y divididas, y ralentizadas. Ya era hora de despedirme. Me puse de pie.

—¿Podrías prestarme la grabadora hasta mañana? Este tipo de discursos hay que oírlos varias veces seguidas para captar lo que oculta cada palabra...

—Me harías un favor si me libraras de una vez de ese trasto, no quiero volver a verlo. Lo compré el año pasado, creyendo que me iba a ayudar a escribir. En vez de garabatear en un papel o de teclear, me bastaría con pasearme por la playa hablándole a la cajita. ¡La solución milagrosa! Estuve paseando horas, días enteros, con el micrófono arrimado a los labios y nunca pude dictar la

primera frase. Así que puedes llevártela y quedarte con ella. Por lo menos le habrá servido a alguien.

*

Ève tiene razón, es rara esa referencia de Milton a un adversario cuyo nombre olvida citar. Por lo demás, no lo llama «adversario» ni «enemigo», ni tampoco lo llama *partenaire;* lo menciona con una especie de deferencia medrosa. «No sería sensato hablar de ello de forma pública en la etapa actual», nos dice. Una circunspección que no encaja de ninguna manera en el estilo del dirigente más poderoso del planeta.

Lo que acabamos de oír no es a Hernán Cortés anunciando a su pueblo el encuentro con Moctezuma: es a Moctezuma anunciando a su pueblo el encuentro con Cortés.

En consecuencia, aunque la angustia nacida ayer se ha disipado un tanto, se ha gestado otra, más irreal y más inaprensible aún. No ha habido cataclismo nuclear, de acuerdo. Sin embargo, ha ocurrido otro acontecimiento, un acontecimiento de consideración e imprevisto, del que no sé casi nada aún y del que no calibro ahora mismo ni la envergadura ni las implicaciones.

Jueves, 11 de noviembre

Este papel de cronista que me he adjudicado está resultando agotador. Me paso todo el rato al acecho de noticias, comprobando, tomando notas y, luego, redactando. Por lo menos, esta noche voy a escribir debajo de una lámpara.

¡Porque ha vuelto la luz! Esta mañana, cuando abrí los ojos, a eso de las diez y media, los relojes eléctricos parpadeaban por toda la casa, en el ordenador y en la impresora, en la cadena de música, en el horno, en el congelador... De color rojo, rosa, turquesa, todos piaban para decir que habían dejado de estar en hora y que querían que se remediase.

Cogí el teléfono para marcar el número de Adrienne, mi ahijada, que está en París. Me tuve que conformar con un mensaje grabado, pero desde luego era su voz. La red parece que vuelve a funcionar. Las telecomunicaciones han dejado de estar «confiscadas».

*

Mi segunda llamada fue para mi amigo más antiguo, o, para ser exactos, para el más antiguo de aquellos con los que he seguido en contacto: Moro. Tendré seguramente ocasión de volver a hablar de él, pero quizá debería decir ya por qué me urgía tanto localizarlo.

Lo conocí en la universidad, donde era ya un mito. El erudito avispado y rebosante de sentido del humor... Eso fue lo primero que me atrajo. Y también su fisonomía, la cabeza demasiado redonda, el pelo demasiado rizado sobre una piel demasiado blanca, las gafas tan gruesas como el escaparate de una joyería, la boca carnívora de niño insatisfecho. Miope y achaparrado, no encajaba desde luego en los cánones habituales de belleza; pero en la escala de seducción, que no se molesta en atenerse a ningún canon, presidía desde lo más alto.

Nos unió un vínculo de esos a los que no afectan ni la distancia ni el tiempo. He conservado la costumbre de decirle lo que no le diría a nadie más; y a él le pasa otro tanto. Sin embargo, nos hemos visto poco en estos últimos años. Cada uno se ha quedado en su órbita: yo abandoné el derecho para dedicarme al dibujo y deserté del Nuevo Mundo para vivir en el archipiélago de mis orígenes; Moro se convirtió en un jurista fuera de serie de esos a los que afluyen, desde São Paulo, Toronto, Londres o Singapur, los litigios más complejos. Nunca quiso empantanarse con un gran bufete que llevase su apellido. En eso —como en el amor, por lo demás— va de flor en flor, según los casos que estén en curso.

Una eminencia, pues, para sus colegas y una divinidad para sus amigos; sin embargo, estuvo mucho tiempo lejos de los focos. Sí, incluso en una sociedad tan escandalosa como la de los Estados Unidos, había logrado la hazaña de llegar a ser importante y seguir siendo un desconocido. Y luego, de repente, hace tres años, su nombre y su rostro se le revelaron al gran público. ¡Le habría resultado difícil librarse dado que uno de sus íntimos amigos acababa de llegar a la Casa Blanca!

Nunca he coincidido con el presidente Milton. Ni antes de que lo eligieran ni después. A lo mejor se le ha demorado la vista alguna vez en algún dibujo mío, pero no debe de saber quién se oculta detrás de la firma de *Alec Zander,* ni qué parentesco subterráneo nos une. Moro compartimenta sus amistades. Yo tampoco sabía de las relaciones de ellos dos antes de que el asunto saliera a la luz.

Durante la campaña presidencial, algunos periódicos mencionaron el nombre de «Morris Oates, conocido por “Moro”», sin profundizar demasiado en su papel. Fue solo después de las elecciones, cuando empezaron a pasar revista a todos los movimientos del nuevo presidente durante veinticuatro horas al día, cuando se descubrió el pastel. Empezaron a hablar de un consejero muy particular, una eminencia gris, un confesor, un mago, un gurú... No sé cómo reaccionaron los demás amigos de Moro; lo que es a mí, me resultaba más irritante que halagador.

No es el caso ahora. Estoy incluso encantado de que uno de mis amigos haya ascendido hasta las más elevadas esferas. Está en

marcha un vuelco gigantesco y los medios de comunicación están afásicos. Necesito saber qué está ocurriendo y él, forzosamente, lo sabe.

Así que marqué su número. No es que fuera una hora muy civilizada: en Washington no eran todavía las cinco de la mañana. Pero, tratándose de Moro, la verdad es que da lo mismo. Estoy al tanto de sus costumbres; mientras el teléfono no lo moleste, lo tiene encendido; si se dispone a dormir o a concentrarse en un sumario, lo apaga. No le falta razón. A veces, a mediodía, está uno enfrascado en el trabajo y el teléfono es un intruso insoportable; a veces sucede al revés, nos alegramos de charlar con alguien en plena noche. ¿Cómo iba a poder saber, además, si mi amigo estaba en su casa y no en Tokio, Atenas, Sídney o Kuala Lumpur? Cuando quiero hablar con él, no me preocupo nunca del huso horario, llamo y ya está.

Al segundo timbrazo contestó.

—¡Alec! Qué prisa te has dado. Hace apenas veinte minutos que vuelven a funcionar las líneas.

—¡Dime si molesto!

—Estoy en Santiago de Chile, son las siete de la mañana y he pasado la noche en blanco. Tú no me molestas en absoluto, pero el resto de la humanidad me irrita a más no poder.

Soltó su risa de colegial, que deroga los años y las sienes plateadas. Unas cuantas carcajadas atronadoras y, luego, se detuvo en seco. Tenía que hablar el otro Moro. El observador del mundo, el analista de las crisis, el consejero particularísimo. El de tono siempre amable, pero serio, y hoy más que de costumbre. El que no se anda con rodeos. Y que contesta a las preguntas que te estás haciendo antes incluso de que las formules.

—Ha ocurrido algo muy inquietante. Un descarrío del que somos en parte responsables, pero que nos era imposible evitar.

Me confirmó las noticias que habían circulado por los periódicos la semana anterior, según las cuales estaba prevista una operación de «limpieza» contra el feudo del mariscal Sardarov, en el Cáucaso, para neutralizar su arsenal nuclear.

—A los rusos no les iba a gustar, ni a los chinos, ni a los indios, ni a los europeos: pero, después de lo que había pasado en Maryland, todos sabíamos que no nos quedaba más remedio que actuar y nadie pensaba interponerse. ¡El loco de Sardarov había reivindicado, en la práctica, la responsabilidad de una explosión nuclear en el territorio de los Estados Unidos! ¿La había instigado él? Esa es harina de otro costal. Pero se había jactado de ello y bastaba para que no quedase impune.

»La operación estaba prevista para la semana que viene, nuestros militares estaban retocando los últimos detalles. Pero el lunes nos enteramos de buena tinta de que Sardarov estaba a punto de lanzar los misiles contra una serie de ciudades. Interceptaron una conversación en la que decía a su interlocutor: “Si quieren quitarme los cohetes, me tendrán que matar primero. La Unión Soviética dejó que la vencieran y la desintegrasen sin atreverse nunca a usar sus armas. Pero mis misiles no los van a conseguir intactos. Haré que estallen todos, y no va ser ni en el desierto ni en el mar”.

»Yo estaba en el avión presidencial cuando Howard recibió de nuestros servicios una nota muy alarmista: Sardarov iba a lanzar el ataque en las veinticuatro horas siguientes. Acabábamos de aterrizar en Santiago dentro del marco de una gira por Sudamérica, y el Pentágono pedía instrucciones. Había que tomar una decisión sobre la marcha.

»Estoy convencido de que ningún misil enemigo habría llegado al territorio de los Estados Unidos. Todos se habrían interceptado y destruido en pleno vuelo. Pero sí habrían llegado a otros blancos en Europa, en Oriente Medio y en el sur de Asia, lo que habría causado una catástrofe de máxima envergadura. ¿Podíamos correr el riesgo de permitir que arrasaran ciudades como Atenas, Viena, Roma, Jerusalén, Estambul o Dubái? Al presidente no le quedaba más remedio que actuar.

»El primitivo plan preveía enviar comandos militares a tomar las bases del “mariscal” y desmontar con mucho cuidado los misiles. Pero la situación había cambiado y no quedaba ya más elección que la de destruir *in situ* todos los cohetes con un bombardeo masivo antes de que pudieran despegar.

»Eso seguramente provocaría un desastre en el Cáucaso, en los lugares próximos a las rampas; éramos conscientes de ello. Pero ¿qué hacer? O destruíamos los misiles enseguida, causando inevitablemente muchas víctimas, o corríamos el riesgo de permitir que despegasen para caer en sus blancos, causando muchas más víctimas, y entre nuestros propios aliados. Los militares recomendaban una operación inmediata y le insistían al presidente para que diera el visto bueno sin más demora.

»El avión acababa de inmovilizarse en la pista de aterrizaje del aeropuerto. Alicia O'Brian, la presidenta chilena, estaba ya al pie de la escalerilla. El embajador de los Estados Unidos acababa de subir al aparato. Yo estaba detrás de nuestro presidente y le oí decir: "Les doy el visto bueno, ¡adelante!". Calló un momento, esperando un "¡Gracias!", un "¡A sus órdenes!", un "¡Adiós!", y luego dijo: "¿Oiga? ¿Oiga?". Se volvió hacia su ayuda de campo: "Me da la impresión de que se me ha apagado el móvil. ¿Podría volver a llamar al secretario de Defensa y ponerme con él?". Pero el teléfono del oficial tampoco funcionaba. Ni el mío. Ni el del embajador. Todos averiados.

»Siguiendo el programa establecido, la presidenta nos acompañó hasta el Palacio de La Moneda, donde había una recepción en honor a Howard. Allí nos esperaban los altos dignatarios locales, los diplomáticos extranjeros y unos cuantos súbditos estadounidenses afincados en Chile. Al llegar, pudimos comprobar que todos, sin excepciones, tenían el mismo problema con el móvil, que tampoco se podían usar los teléfonos fijos y que los ordenadores ya no estaban conectados. Era algo muy inquietante en sí y Howard estaba tanto más furioso cuanto que no sabía si en el Pentágono habían oído o no su autorización para destruir los misiles de Sardarov.

»Estaba previsto que los dos jefes de Estado conversasen primero en privado, que firmasen unos cuantos acuerdos bilaterales que les habían preparado y que fueran luego juntos a una sala amplia para pronunciar los discursos al uso y beber algo con los invitados. Así que entramos en el despacho de la presidenta. La señora O'Brian y Howard se sentaron. Los miembros de su séquito

se disponían a retirarse para dejarlos unos minutos a solas cuando ocurrió algo extraño.

»En una de las baldas de la biblioteca había una tableta electrónica. Estaba allí, adosada a unos libros. No le había llamado la atención a nadie. ¿A quién le llaman la atención las pantallas hoy en día? Las hay por todos lados, forman parte del entorno. Pero, de repente, en esa pantalla, apagada hasta entonces como todas las demás, se encendió, algo empezó a moverse, mientras resonaba una voz: *“Good afternoon, Mister president”* .

»Todas las miradas se volvieron hacia el rostro que había aparecido. Los responsables de la seguridad se pusieron nerviosos. Temían un atentado o, cuando menos, una intrusión perturbadora. Algunos tuvieron el reflejo de arrimarse el teléfono al oído, o se lo pusieron delante de la boca como si se tratase de un *walkie-talkie* . Para comprobar que, obviamente, ni emitían ni recibían nada. El personaje en cuestión, sonriendo como si estuviera viéndolos, dijo: “Ninguno de sus móviles funciona, he venido a restablecer la red”.

»Los miembros de ambas delegaciones estaban ahora reunidos en semicírculo alrededor de la pantalla, esperando instrucciones. Que no tardaron en llegar. En esta ocasión en español: “Estoy en estos momentos en este palacio, entre sus invitados, señora presidenta. Si uno de sus colaboradores pudiera salir a mi encuentro y llevarme hasta donde está usted...”.

»Supongo que si ese personaje había conseguido introducirse en palacio pese a los rigurosos controles, habría podido igualmente ir al despacho sin que fueran a buscarlo. Pero estaba claro que quería respetar las formas. Fue, pues, el ayuda de campo de la presidenta quien recibió el encargo de ir a buscarlo. Lo acompañaron cuatro o cinco hombres del servicio de seguridad y, al rato, vimos llegar al personaje al que esa pequeña tropa venía escoltando; les sacaba a todos la cabeza y lucía la misma sonrisa imperceptible que en la pantalla.

»Algunas personas sintieron la tentación de echarle mano para someterlo a un interrogatorio en toda regla. Pero nuestro presidente se puso de pie para estrecharle la mano y otro tanto hizo la señora O’Brien, antes de invitarlo a sentarse. “Quizá tendría usted la

bondad de ordenar que cerrasen la puerta”, dijo cortésmente el intruso. Por supuesto, quien daba las órdenes era él.

»Hubo un momento de desconcierto en todos los presentes. ¿Tenían que quedarse en la habitación o retirarse? Fue Howard quien zanjó la situación por todos. Intimó a cuatro de sus colaboradores, incluido yo, a que se quedasen con él. Luego, la presidenta escogió también a cuatro de sus allegados. Los demás salieron.

»En cuanto se cerró la puerta, el personaje se volvió hacia Howard: “Señor presidente, hace alrededor de dos horas dio usted la orden de bombardear unas bases militares en la región de Gaborny. Puede estar tranquilo, esa orden no llegó a transmitirse”. El presidente se puso aún más pálido de lo que estaba. Se le notaba que hacía un esfuerzo para que se oyera su voz. “Lo que dice no me tranquiliza en absoluto. Había ordenado, efectivamente, destruir cierta cantidad de misiles que el mariscal Sardarov había decidido lanzar sobre varias grandes ciudades de todo el mundo. Ha sido para evitar una catástrofe de primera magnitud, cientos de miles de muertos, quizá millones, por lo que he tenido que tomar la decisión de bombardear esas bases”. Su interlocutor le dijo: “Sí, señor presidente, eso que dice usted es exacto. Sardarov había resuelto, efectivamente, lanzar bombas sobre varias metrópolis con la intención de causar la mayor cantidad posible de víctimas. Lo tranquilizará enterarse de que tampoco él ha estado en condiciones de transmitir esa orden y que sus misiles no han despegado. Las bombas ahora ya no están en condiciones de causar daño, ni tampoco el mariscal”.

»Howard contestó: “Esto que me dice ahora me reconforta, créame. El ataque lo ordené con todo el dolor de mi corazón. No ignoraba que el bombardeo de las rampas de lanzamiento iba a causar muchas víctimas en la población civil que vive en las inmediaciones, pero, si no lo hacía, iban a destruir ciudades enteras”. “Vuelvo a darle la razón, señor presidente. Con el tiempo del que disponía, no tenía más opción que la que escogió. Por eso nos vimos en la necesidad de intervenir”.

»Había aplomo en sus palabras. Y arrogancia. Howard le preguntó entonces: “Y usted, ¿quién es?”. Era, por supuesto, la

pregunta que todo el mundo se estaba haciendo. Todas las miradas se volvieron hacia el personaje con gran curiosidad. Él puso cara de estar reflexionando, pero estoy seguro de que ya tenía la respuesta lista con la entonación adecuada. “Señor presidente, su pregunta es legítima y le prometo contestarla a su debido tiempo. Pero ahora mismo hay unos invitados que lo están esperando y yo tengo unos cuantos asuntos urgentes que resolver. Permítame, pues, que haga mutis; volveré a reunirme con usted aquí mismo a las once de la noche, después de la cena oficial, si le parece oportuno”.

»El hombre se puso de pie sin esperar la opinión de los dos jefes de Estado. ¿Tenía de verdad algo que hacer más urgente que esas conversaciones? No lo creo. Solo quería hacernos notar lo muy indefensos que estábamos sin nuestros teléfonos ni nuestras fuentes de información. De hecho, Howard era como un fantasma. Se hallaba en un palacio suntuoso, en medio de una muchedumbre distinguida que solo tenía ojos para él. Pero no tenía ya contacto alguno con Washington; su avión estaba clavado en el suelo, y no sabía nada de lo que estaba sucediendo en el resto del mundo. A decir verdad, no teníamos más información que la que ese personaje tuviera a bien proporcionarnos. Supongo que intentaba ponernos en condiciones de aceptar dócilmente todas sus exigencias.

—¿Y qué exigencias son esas, Moro?

—Ni idea, Alec. Hasta el momento, no las sé. Cuando, después de la recepción y la cena oficial, nos reunimos en el despacho de la presidenta, el personaje solo le preguntó a Howard si deseaba dirigirle un mensaje al pueblo estadounidense relacionado con los últimos acontecimientos. Con esa finalidad, propuso que nos viéramos el miércoles por la mañana; de aquí a entonces, el presidente y sus colaboradores prepararían el texto del discurso mientras él se ocupaba de restablecer las telecomunicaciones. No lo dijo con claridad, pero caía por su propio peso que las palabras del presidente no se retransmitirían más que si les convenían a ese personaje y a sus amigos. Tal fue el caso, por lo visto, puesto que Howard pudo hablar y los teléfonos vuelven a funcionar. Al menos por ahora...

—Pero ¿quién es esa gente? ¡Alguna sospecha tendrás al respecto!

—No lo creas; no sé nada en absoluto... El hombre se limita a decir «nosotros» y «vosotros».

—¿Crees que es el jefe?

—Lo dudo. Un jefe no se desplazaría en persona y solo. Pero es más que un simple mensajero. En otros tiempos lo habrían llamado «plenipotenciario»... Parece muy seguro de sí mismo. Se sentó tan tranquilo en un sillón, enfrente de los dos presidentes, podría haber sido el jefe de una multinacional de visita en una sucursal.

—¿No se sabe nada de él?

—Dice que se llama Demóstenes.

—¿Un griego?

—A lo mejor es solo un nombre de guerra. En cualquier caso, se parece muy poco a los griegos que conozco. Tiene la piel cobriza y habla inglés como si siempre hubiera vivido en Massachusetts.

*

Me pasé el día redactando las palabras de Moro. Esforzándome por recordar los detalles, pues no había tomado notas mientras hablaba, y preguntándome en varias ocasiones si debía reflejarlo todo palabra por palabra, con comillas y sin la mínima «censura».

Sé perfectamente que la cosa no tiene gran importancia con todo lo que está pasando, pero debo decir que a lo largo de la conversación me extrañó que pudiera contarme con tanta libertad lo que se decía en el entorno presidencial y a puerta cerrada. No quería hacérselo notar, para no cortarle el impulso y también porque me fío mucho de su criterio. Como abogado, y supongo que también en su papel de consejero político, sabe mostrarse habitualmente muy discreto. Pero también le sucede, cuando piensa en voz alta en compañía de un amigo, que se entusiasma tanto con su razonamiento que se le olvida que puede haber oídos malintencionados al acecho. Fue él finalmente quien contestó, sin que yo tuviera que preguntarle, haciéndome notar, al albur de una frase, que la noción de «confidencialidad» en sí carecía ya de

sentido «puesto que los únicos a quienes debería ocultarles algo lo saben ya todo».

Me he dedicado, pues, a transcribir evitando interrumpirlo... Sin embargo, había otro tema que me rondaba la cabeza y me parecía tan incongruente y tan ridículo que me dio vergüenza revelárselo a Moro. No fue hasta última hora de la tarde cuando me convencí de que era imprescindible mencionárselo.

Me explico: cuando mi amigo describió al tal Demóstenes, me acordé en el acto de Agamenón. ¿Porque se trata en ambos casos de un nombre griego de la Antigüedad, siendo así que ninguno de esos dos personajes parece griego? Sí, una coincidencia así tenía que intrigarme a la fuerza.

Al principio, vacilé, como he dicho, por temor al ridículo. Y no sin razón. Que a «esa gente» —utilizo a falta de algo mejor esta expresión tan inconcreta— le haya parecido necesario enviarle un emisario al jefe de Estado más poderoso del planeta es fácil de entender; pero ¿por qué demonios iban a situar a un representante en el archipiélago de los Quirones, en ese enlace altamente irrisorio que lleva de Puerto Atlántico al islote de Antioquía? Es algo insensato, sí, y ridículo. Sin embargo, me sentía alterado, quería saber a qué atenerme. Eran las doce de la noche pasadas cuando volví a coger el teléfono para llamar otra vez a Moro.

—Una pregunta más. El Demóstenes ese ¿cómo es?

—Alto, ancho de espaldas, con la cabeza un poco más grande de lo normal. La piel difícil de describir, digamos que color aceite de oliva. Los pómulos marcados. Parece un indio de Norteamérica. ¿Ya te has puesto a dibujarlo?

—No voy a tardar mucho en hacerlo. Pero te he pedido que me lo describas por otra razón. Hay aquí alguien que...

Le hablé de Agamenón. Nombre griego y cara de comanche. Él tampoco parece venir de ninguna parte.

Moro se quedó callado. Me lo imaginaba rascándose la cabeza redonda con los gruesos dedos de uñas comidas.

—Eso que me dices, Alec, puede que no tenga relación alguna con nuestro asunto, pero también puede que sí. En la situación en que estamos, no podemos pasar por alto ninguna pista. Si esa gente se ha extendido por el mundo, cada uno de ellos puede

descubrirnos cosas significativas. No te olvides de que ahora mismo estamos completamente a oscuras. Están ahí, en alguna parte, por encima de nuestras cabezas; nos ven, nos escuchan, vigilan todos nuestros movimientos, nos prohíben esto, no permiten lo de más allá, como a ellos les parezca bien. No podemos ya mover un dedo sin su aprobación. Y nosotros no sabemos nada de ellos, ni quiénes son, ni de dónde vienen, ni cómo operan, ni cuáles son sus verdaderas intenciones. Así que, si quieres mi opinión, no te lo pienses. Vete a ver a ese Agamenón. Ve al grano, el tiempo apremia, ve directo a la meta. ¡Suéltale el nombre de «Demóstenes» y el mío e incluso el del presidente! Pon todas las cartas encima de la mesa, pero que te diga algo. Todo lo que puedas rebañar será valiosísimo.

Le prometí ocuparme de eso al día siguiente sin falta y contárselo de inmediato.

SEGUNDA LIBRETA

CLARIDADES

«Pues la luz es un bien precioso,
mas no a costa de que me revienten
los dos ojos.»

ARAGON, *La Diana francesa*

Viernes, 12 de noviembre

Empecé el día con la sensación de tener una deuda íntima con Moro. ¡Estuvo tan fraternal ayer, dedicando su tiempo a contarme lo que había ocurrido, y con tantos detalles! Gracias a su amistad y a su confianza tengo la ilusión de estar en el centro de lo que sucede en el mundo, siendo así que vivo al margen, alejado de todo en mi diminuto guijarro mondo y lirondo.

Para demostrarle mi gratitud, me he propuesto comprobar, a primera hora, si «mi» Agamenón estaba relacionado de alguna forma con «su» Demóstenes.

Esa «primera hora» no resultó ser especialmente temprana. Me había dormido al amanecer y no me desperté hasta eso de las doce. Consulté enseguida la tabla de mareas. El océano estaba alto, no se podía ya cruzar por «el Paso». Así que era imposible ir a casa del batelero. Pero podía intentar llamarlo.

Tras el segundo timbrazo, contestó con la voz alegre de siempre. Yo, en vista de las circunstancias, había decidido adoptar un tono más circunspecto.

—Tengo que hablarte de unas cuantas cosas de las que acabo de enterarme. ¿Podríamos vernos hoy un momento?

—Si corre prisa, puedo cruzar con la barca.

—Te lo agradecería mucho.

—Recojo las herramientas y allí me tienes.

Media hora después oí el petardeo de un motor. El batelero atracó al fondo del jardín, enroscó la amarra a un poste y se plantó delante de la puerta acristalada con la gorra en la mano y ladeando la cabeza. ¿Señal de deferencia? ¿De modestia? ¿Un poco taimado tal vez?

Lo invité a sentarse y luego fui al grano, sin rodeos.

—¿Conoces por casualidad a un tal Demóstenes?

Silencio. Agamenón me miraba atentamente. Parecía estar sopesando los pros y los contras. Al cabo de un rato, soltó:

—Es un nombre de mi tierra.

Respuesta ambigua. Sonrisa ambigua. Yo me esforcé por aparentar el mayor aplomo posible. Pero tenía un nudo en la garganta. Cogí de la mesa baja un purito, que encendí para mantener la compostura.

—Estoy hablando de un hombre que se presentó el martes en Santiago de Chile llevando un mensaje para el presidente de los Estados Unidos...

El batelero volvió a mirarme con atención. Un último titubeo seguramente. Luego se le encendió en los ojos un resplandor de determinación.

—Ya lo había entendido —dijo—. Sí que es uno de los nuestros.

Yo estaba un tanto desconcertado. Me esperaba una respuesta evasiva y, luego, una prolongada persecución por un laberinto. La confesión había llegado casi demasiado deprisa. Ahora la pelota estaba en mi tejado y no podía dejar que se quedara quieta.

—Por esas casualidades que tiene la vida, resulta que uno de mis amigos de juventud estaba entre los acompañantes del presidente estadounidense. Ayer pude hablar con él por teléfono. Me contó su versión de los acontecimientos.

Y le referí al batelero, con bastante fidelidad, la información que me había proporcionado Moro: la operación que se estaba preparando contra el bastión de Sardarov; las amenazas que este había lanzado; la orden de atacar que había dado Howard Milton; la brusca interrupción de las comunicaciones; luego, la aparición del tal Demóstenes en el Palacio de La Moneda...

El batelero me escuchó con intensa atención, sin interrumpirme ni hacerme preguntas. Cuando me callé, recuperó la entonación alegre.

—¡Ya te dije que el mundo se había librado del desastre y que era prematuro lamentarse!

Contesté con una sonrisa educada, pero su broma no me dejaba satisfecho. Lo apremié:

—Con lo que te he contado, ¿te has enterado de algo que no supieras ya?

Pareció que titubeaba. Como si buscase cómo formular adecuadamente la respuesta.

—Lo que acabas de decirme confirma y completa lo que ya sabía.

Opté por quedarme ostensiblemente callado, clavándole la mirada, para dejar claro que estaba esperando a que siguiera. Agamenón empezó por retomar lo que ya había narrado yo, añadiendo su propio comentario.

—Todo lleva a creer que el mariscal Sardarov había decidido, efectivamente, disparar misiles nucleares contra cierta cantidad de ciudades por todo el mundo, y que, para anticiparse a ese ataque, el presidente de los Estados Unidos había ordenado un bombardeo masivo de las bases militares del Cáucaso. Un descarrío doble...

Dejó la frase en el aire. Esperé. No añadió nada más. Entonces hice de partero.

—Así que ese doble descarrío, como tú lo llamas, había que evitarlo, ¿no?

—Sí, desde luego.

—Y *vosotros* intervinisteis para impedirlo, ¿es así?

—Sí, eso es.

—Dicho lo cual, había que tener los medios de impedirlo.

Mi interlocutor asintió con la cabeza. Yo seguí diciendo, con paciencia:

—Dicho lo cual, había que tener capacidad para interrumpir de golpe todas las comunicaciones, impidiendo a Sardarov dar órdenes a su ejército, impidiendo a Milton comunicarse con el Pentágono y paralizando así todas las beligerancias.

Volvió a asentir.

—Y vosotros tenéis esa capacidad...

—Eso parece —dijo inclinando levemente la cabeza hacia la izquierda, como si ese reconocimiento de la formidable potencia de los suyos debiera ir acompañada de un gesto de humildad.

Al hilo del cruce de palabras, yo había ido subiendo progresivamente el tono de voz. En la siguiente frase tuve que contenerme para no vociferarla:

—¿Quiénes sois?

Quizá debería haber empezado por ahí. ¿Acaso Agamenón no me había dado pie para hacerlo al admitir que el llamado «Demóstenes» era uno de los suyos? La pregunta no podía sorprenderlo, pues tenía que estar preparado a la fuerza. Sin embargo, pareció apurado; y, lo mismo que su «compatriota» cuando el presidente Milton le hizo esa misma pregunta, intentó ganar tiempo.

—Hoy me resulta difícil hablarte con toda la franqueza que me gustaría. Estamos viviendo un momento delicado y de ninguna manera podemos incurrir en decirnos aquí, en el archipiélago, entre amigos, cosas que podrían comprometer las negociaciones que están en marcha. Limítate a tener presente que los míos no están al servicio de ninguna nación ni de ninguna potencia y que no tienen sino una meta: evitar un cataclismo nuclear. Estarán deseando volver enseguida a su papel de espectadores en cuanto haya quedado descartado el peligro.

—¿Y tú volverás a ser «el batelero de Antioquía»?

—Nunca he dejado de serlo.

Una sonrisa de compromiso por ambas partes. Unos segundos de silencio. Luego solté, con una pizca de exasperación:

—¿De verdad no quieres decirme nada más?

Agamenón se disponía a contestarme cuando llamaron a la puerta. Un hecho anodino en cualquier otro lugar; en esta isla, un hecho extravagante: y, en el punto de la conversación en que estábamos, bastante inoportuno. Pero había que abrir. Era Ève —¿quién, si no?, debería decir, dado que «el Paso» estaba intransitable a esta hora y la novelista era, aparte de mí, la única persona que vivía aquí. Sin embargo, era la primera vez que venía de visita. Una visita madrugadora, teniendo en cuenta su modo de vida, puesto que todavía no eran las dos.

Al ver que no estaba solo, propuso torpemente volver más tarde; le aseguré cortésmente que no nos estorbaba.

A decir verdad, no sabía si su llegada me molestaba o era un alivio. Por una parte, podía suponer que Agamenón no iba a estar tan dispuesto a salir a la luz en presencia de una tercera persona; por otra, no me notaba a gusto en aquella conversación a solas y no me desagradaba que la vecina hubiera llegado a interrumpirla.

En cuanto al batelero, parecía encantado con aquella intrusión. Tuve incluso la sensación de que la esperaba. Se volvió de inmediato más locuaz y, de hecho, empezó a dirigirse a Ève directamente.

—Fui un día a su casa, señora Saint-Gilles, y cité un pasaje de su hermosa novela. No debe de conservar ya ese texto en la memoria; a mí no se me olvidará.

Mientras lo decía, yo miraba a la vecina. No parecía nada halagada; más bien se la veía ausente o sorda. Ya me he fijado en que se irrita de forma exagerada en cuanto alguien alude a su novela. Pertenece a esa clase de escritores cuya única obra no ha tenido reconocimiento y que se pasan la vida esforzándose por escribir otra mejor que la supere, y acaban por odiarla como si fuera el techo de su calabozo. En ese aspecto, mi vecina es una caricatura de carne y hueso. En cuando el batelero mencionó el libro, desvió la cara. Luego, al azar, cogió de un estante el grueso catálogo de una exposición y se puso a hojearlo ostensiblemente, fingiendo que la tenía completamente absorta y no podía ya oír nada de lo que se dijera a su alrededor. El batelero, sin embargo, proseguía, imperturbable.

—Decía usted lo siguiente: «Por los caminos de la vida tropezamos continuamente con los engorrosos cadáveres de nuestra historia. Pero si algún día la humanidad, cansada de forcejear con su pasado, se encontrase con su porvenir, ¿sabría reconocerlo? ¿Sabría reconocerse en él y apoyar las manos abiertas en ese cuerpo poderoso y cordial?». Pues bien, señora Saint-Gilles, si se trataba de una premonición, se ha cumplido; si era un deseo, se le ha concedido.

Acababa yo de esbozar un ademán de disculpa dirigido a Agamenón por la descortesía de mi visitante cuando ella, de repente, tiró el catálogo, ¡lo tiró literalmente al suelo! Se volvió hacia el batelero con un rostro transfigurado y se le acercó, radiante, como si se hallase en presencia de una aparición milagrosa. Creí que se le iba a arrojar en los brazos o a los pies. Pero se detuvo a unos pasos de él para preguntar, mirándolo directamente a los ojos:

—¿Quién es usted?

La pregunta, la única. La que los acontecimientos de los últimos días obligan a hacerse a la tierra entera. La que Howard Milton le había hecho a Demóstenes y que yo acababa de hacerle a Agamenón sin obtener respuesta. Pero en esta ocasión el batelero pareció apurado. Pidió permiso para coger uno de mis puritos, rascó una cerilla, dejó que la llama se afianzase y creciese antes de acercarla a la punta. Creí notar que le temblaban los dedos. Y entendí, como una iluminación, por qué lo habían apostado en aquel sitio inverosímil y con aquel disfraz. ¡Por Ève, claro! ¡Para velar por ella! Estaba claro que aquella gente le profesaba afecto e incluso veneración.

En vista de lo cual, ya no me contrariaba en absoluto la intrusión de mi vecina. Gracias a ella, el apuro había cambiado de bando. O, al menos, estaba repartido de forma más equitativa.

—¿Por dónde empezar? —se preguntó Agamenón.

Y esta vez creo que el titubeo no era fingido.

—Por su nombre —le sugirió firmemente Ève—. ¿A qué viene esa referencia a la Grecia de la Antigüedad?

—Sí, ese es el enfoque oportuno, ¡empecemos por ahí! No es casualidad que los míos lleven nombres griegos. Reivindicamos esa civilización y veneramos en particular lo que algunos historiadores han llamado «el milagro ateniense», ese momento grandioso en que floreció la mente humana en tantos ámbitos a la vez, en que se «inventaron», como quien dice, el teatro, la filosofía, la medicina, la historia, la escultura, la arquitectura, y también la democracia. Todo ello en unas cuantas décadas y gracias a muy pocos hombres. Una profusión creativa que no tuvo nunca parangón, ni en los siglos anteriores ni en los siguientes; que surgió de forma imprevista y luego se esfumó no menos repentinamente. Después, fueron precisos dos milenios antes de que el mundo viera un atisbo de renacimiento.

»¿Qué habría sucedido si la humanidad, en vez de zozobrar en una larga Edad Media, hubiera seguido progresando como en el bendito tiempo del milagro griego? ¿Cómo habrían sido las artes, las ciencias, el pensamiento? ¿Cuánto se habría elevado la mente humana si hubiera seguido floreciendo al mismo ritmo y en todos los ámbitos? Todas esas preguntas, señora Saint-Gilles, las hace usted

claramente en su libro. Y expresa su nostalgia por aquella época sin par que nos dio a Sócrates, a Platón, a Eurípides, a Herodoto, a Hipócrates, a Fidias, a Aristóteles y a tantos otros.

»Apartémonos ahora un momento de los libros de historia para atender a una hermosa historia, que mis padres me contaron y que mis remotos antepasados vivieron, al parecer, o soñaron, o imaginaron.

»En el momento en que comenzaba a vacilar la llama del milagro, unos cuantos, más audaces que el resto, al parecer decidieron reaccionar. ¿Cuántos eran? Un puñado. Habían caído en la cuenta de que su civilización iba a naufragar y que, a costa de lo que fuera, había que salvar los ideales de que era portadora. Entonces se marcharon. Dejaron el Ática, Beocia, Tesalia o el Peloponeso, y no se llevaron consigo, dice la leyenda, sino «el contenido de sus almas». Y así fue como empezó la aventura de los míos.

»En aquel tiempo, el destierro se vivía como un castigo, como una mutilación, y casi como un suicidio. Esa es seguramente la explicación de por qué esos hombres reivindicaron a un personaje que había desaparecido unas décadas antes tirándose al cráter de un volcán.

—Empédocles de Agrigento —dijo Ève solemnemente.

—El mismo. Mis antepasados adoptaron el nombre de «los amigos de Empédocles». Y así es como nos seguimos llamando.

Me alegré de enterarme, aunque no fuese más que para dejar de usar expresiones imprecisas y pasablemente ofensivas, como «esa gente», para referirme a ellos.

—¿Y a los demás? —preguntó mi vecina—. Al resto de los hombres ¿qué nombre les dan?

—Existen varias apelaciones, señora Saint-Gilles. A veces decimos «los demás» precisamente, o «ellos». Decimos también muchas veces «los pueblos», o «la muchedumbre», o incluso...

—¡La muchedumbre! ¡La muchedumbre! —repitió Ève con voz cantarina, como para indicar que ya había elegido.

El batelero renunció a continuar la enumeración.

—Y a su país, Agam —pregunté a mi vez—, ¿cómo lo llaman?

—Decimos sencillamente «Empédocles»... Pero ¡no busque ese nombre en los mapas!

Sonrió y comprendí que, sobre ese particular, no iba a decirnos nada más. Volví, pues, al asunto anterior.

—Ese éxodo de tus antepasados fuera de Grecia ¿es un mito o una historia verdadera?

—La historia es verdadera puesto que creemos en ella —dijo, riéndose—. En cualquier caso, mis padres me la presentaron como el relato auténtico de nuestros orígenes y eso me ha permitido toda mi vida saber quién era, de dónde venía, en qué dirección debía ir y cuál era la meta de mi existencia.

Se esforzaba por mostrarse sincero sin despejar, por ello, la ambigüedad.

—¿Y cómo se las han apañado esos supervivientes de la Grecia antigua para conseguir tanto poder? —preguntó Ève.

—Esa es, efectivamente, la pregunta principal que los últimos acontecimientos pueden sacar a relucir —dijo Agamenón—. Prometo contestarla pronto. Pero todavía no. La situación es ahora mismo demasiado delicada para que pueda hablarles con el corazón en la mano, como me gustaría. Dentro de unos días, si todo va bien, podré saciar su sed.

No había concluido la frase cuando empezó a sonar su teléfono. Se puso de pie, se disculpó con un ademán y salió de la habitación. Cuando volvió, fue solo para decirnos:

—Lo siento, tengo que irme. Ya volveremos a hablar largo y tendido de todo esto.

Se inclinó ante mi vecina para un besamanos de antaño y luego se esfumó dejándonos a ambos ahítos de extrañas palabras y, aun así, insatisfechos.

*

Me volví hacia Ève, con la esperanza de que hiciera algún comentario que fuese un eco de todo cuanto me bullía por dentro. Pero tenía en los ojos algo así como el reflejo de un cirio. Por respeto a ese recogimiento, a esa evidente alegría interior, tampoco yo dije nada; al menos nada en voz alta, pues, en mi fuero interno, rememoraba todas y cada una de las frases que había oído. Quería

tener la certeza de que se me había quedado todo, para poder reproducirlo todo sin errores.

Agamenón acababa de hacernos, con palabras sencillas, lo que no queda más remedio que llamar una «revelación». Sí, una revelación tras la cual nada volverá a ser como antes. Ni la humanidad, ni la Tierra, ni la Historia, ni nuestras propias vidas cotidianas.

—Necesito andar al aire libre, cerca del mar —dijo de pronto la vecina—. ¿Me acompañas?

Fuimos hacia ese trozo de playa que llaman aquí «Las arenas moradas» por el alga de ese color que dejan en ella las grandes mareas. En ese lugar la pendiente es muy suave y anduvimos bastante para llegar al encuentro del océano. Ève caminaba como una sonámbula, aún callada y ensimismada, pero con paso animado y, a veces, saltarín. Una especie de euforia a la que el común de los mortales llega inhalando sustancias muy distintas al aire marino.

Al llegar a la orilla, la vecina siguió andando a la misma velocidad. La agarré del brazo para hacerla retroceder con firmeza. Se dejó. No se sentía suicida, sino eufórica y como triunfal: pero el océano no se habría molestado en tener en cuenta su estado de ánimo, se la habría tragado lo mismo. Todas las playas del archipiélago de los Quirones tienen su sarta de imprudentes y de presuntuosos; los viejos marineros de La Cabo-hornera no se cansan de recitar sus nombres y sus circunstancias.

Asiéndola con ambas manos, me la llevé aún más atrás, hacia los caminos bordeados de helechos enanos y de moreras silvestres. Ahora daba vueltas como una niña con vestido de flores, tropezando a veces. Yo la sujetaba con mano firme, no la soltaba. Por lo demás, no intentaba zafarse, aferraba los dedos a los míos, su cabeza se me posaba a veces en el hombro y su pelo me revoloteaba delante de los ojos.

Cuando la acompañé a su casa, me invitó con una sola palabra a entrar; luego, sin esperar a que le respondiera, se puso a encender todas las luces.

—Siéntate un rato, no vamos a dejar que se extinga una velada como esta. Voy por champán.

¿Qué demontres quería festejar? Las cosas de las que me he enterado hoy me mueven a la meditación, no a los festejos. Siento la necesidad de pensar muy en serio en mi porvenir, en nuestro porvenir, en nuestro lugar en el mundo.

Está claro que acaba de comenzar una nueva era, de la que no sé nada. Es como si acabasen de deportarme en contra de mi voluntad a un continente cuya existencia ignoraba incluso. ¿Qué voy a hallar en él? ¡No tengo ni la menor idea! Y, desde luego, no sé aún si hay que aplaudir o que lamentarse.

Dicho lo cual, en aquel atardecer no me resultaba indiferente el talante de la vecina, la arropaba con una mirada indulgente y muy fraternal, no quería aguarle la fiesta, para una vez que estaba alegre. Así que alcé la copa. Bien pensado, sí que había un motivo, uno al menos, para una celebración. Dije, con todo el buen humor que me resultaba posible fingir:

—¡Por nuestra supervivencia! ¡Esta noche, podríamos haber estado muertos los dos y millones de personas más si ese estúpido conflicto hubiera estallado!

Ève tenía la copa dispuesta, burbujeante, llena hasta el borde y ya en alto. Pero no se la llevó a los labios. Si me había pensado que así estaba participando en su alegría, estaba muy equivocado. Bajó el brazo, se le ensombreció la cara y, luego, se volvió hacia la chimenea, donde los restos rojizos de unas brasas brillaban aún. Y cuando volvió a alzar su champán, no fue en mi dirección, sino solo por encima de su cabeza, solo para ella.

—Yo bebo por otra cosa. No es porque los hombres se hayan salvado por lo que bebo, no porque se hayan librado por los pelos una vez más, pese a su insensatez. ¡Bebo y me alegro porque los hombres han encontrado por fin a sus amos! ¡Bebo por los amigos de Empédocles! ¡Toda la arrogancia de los hombres anda por los suelos!

Se subió descalza encima de la mesita baja, con la copa delante de la boca, como un micrófono, para arengar a un gentío imaginario.

—Pensábamos que éramos los reyes del universo, la cumbre más alta de la Creación, el Everest de la Creación. Nosotros,

nuestro glorioso pasado, nuestra ciencia prodigiosa, nuestras venerables religiones...

Apuró la copa de un sorbo antes de continuar:

—¡Incluso cuando decíamos que nuestras civilizaciones eran mortales, conseguíamos seguir siendo pomposos y arrogantes! ¡Estábamos convencidos de haber consumado la Historia! ¡Y resulta que ni siquiera habíamos salido de la prehistoria!

Me alargó la copa para que se la llenase. Y volví a beber con ella sin decir ni palabra.

—Nos habríamos sentido menos ofendidos si los otros fueran solo más poderosos. Pero ¡son mejores! ¡Mejores en todo! ¡Más libres, más honrados, más puros!

¿Y ella cómo lo sabe?

—¿Y nuestras creencias? ¿Y nuestras tradiciones? ¿Y nuestra pericia? ¡Estoy segura de que se burlan de ellas igual que nos reímos nosotros en secreto de los ritos indígenas!

Al final, acabé diciéndole:

—Pero, querida vecina, ¿tú cómo lo sabes?

Se volvió hacia mí con un asombro horrorizado, como si yo fuera el último de este mundo en enterarse y en entenderlo. Y me repitió, a su manera, la fábula que el batelero acababa de contarnos.

—Un día, hace muchos años, la humanidad se dividió. Algunos se marcharon igual que unos emigrantes que se hubieran ido a construir una ciudad nueva. Los otros se quedaron. Desde entonces hay dos humanidades paralelas. Una vive en la luz, pero es portadora de sombra. La otra vive en la sombra, pero es portadora de luz. Las dos han avanzado por su propio camino y a su propio ritmo...

La misma fábula, la misma revelación, que mi vecina novelista recuperaba, reinterpretaba y hermoseaba. Pero Ève la contaba como si se tratase de acontecimientos reales, recogidos desde siempre en libros que yo era el único que no había leído.

Es posible que tenga razón... Por mi parte, sigo siendo escéptico. ¿Cuál iba a ser esa otra humanidad? ¿Dónde iba a vivir? ¿Dónde iban a estar sus casas, sus fábricas, sus laboratorios? ¿Por qué no íbamos a haber sospechado nunca su existencia antes del

comienzo del tercer milenio? Como no podía sumarme a lo que decía, pero tampoco tenía argumentos para contradecirla, opté por el silencio. Mientras tanto, mi vecina seguía con su exaltación.

—Los amigos de Empédocles han seguido adelante, de frente, sin dejar que los estorbaran nuestros enfrentamientos, sin dejar que los distrajeran nuestras estúpidas creencias. Y hoy están muy por delante de nosotros en todos los ámbitos del conocimiento y también en el arte de la felicidad... ¡Por ellos quiero beber! ¡Por nuestros hermanos recuperados!

Me rendí, bebí y la acompañé. Vaciamos una botella y, luego, otra, aunque de ninguna de las dos bebí más de una modesta cuarta parte. ¡Nunca me habría imaginado que una mujer desesperada tuviera tales reservas de champán!

—¡Bebamos por Empédocles!

No me desagradaba verla tan jovial, tan exuberante. Y brindé por todo lo que ella quería. Aunque las ideas se me dispersaban en treinta direcciones distintas. A veces, las palabras de Ève me seducían, las suscribía, de buen grado las habría dicho yo; bien pensado, si escogí retirarme a mi isla fue, efectivamente, porque no me fiaba del mundo ni de aquello en que se había convertido. Pero en otros momentos rectificaba: suponiendo que los «compatriotas» de Agamenón y de Demóstenes sean de verdad lo que parecen ser, tan omnipotentes, tan perfectos, una humanidad claramente superior, ¿qué va a ser de nosotros, de mis congéneres y de mí? ¿Unos indígenas peleones encerrados en sus reservas, rodeados de alambradas? ¿Una especie inferior, un último borrador de la creación que mañana será objeto de estudio para arqueólogos, paleontólogos e investigadores de cosas exóticas? ¿Qué va a ser de nuestras ciencias, de nuestras lenguas, de nuestras religiones, de nuestras leyendas, de nuestros héroes, de todas esas cosas de las que estamos orgullosos y cuyo recuerdo nos mueve? ¿Cómo vamos a poder seguir viviendo cuando no estemos ya orgullosos de ser nosotros mismos? Tenemos nuestros defectos, me decía, y a menudo podemos llegar a ser insoportables, y criminales, y bárbaros. Pero ¡somos nosotros!

Volviendo a la comparación que hice anteayer, si hubiera sido un dibujante azteca y uno de mis amigos hubiera sido un consejero

íntimo de Moctezuma, ¿me habría alegrado por lo avanzados que eran los españoles, por la eficacia de sus armas y por la habilidad de los conquistadores?

A Ève no le dije nada semejante. Estaba demasiado entusiasmada para oírme y, a última hora, demasiado achispada. También es cierto que he perdido, en tantos años de aislamiento, todo hábito y toda apetencia de polémicas. Es en mi cabeza donde discuto y en mis dibujos donde vocifero, me regocijo o me rebelo.

*

Mientras estaba en casa de la vecina, me aislé unos momentos en el cuarto de baño para mandarle un mensaje a Moro, pidiéndole que se pusiera en contacto conmigo en cuanto le fuera posible para poder contarle las cosas de las que me había enterado.

Hasta eso de medianoche no me llamó, disculpándose: se había pasado todo el día por los aires.

—Nuestros magnánimos tutores nos han dado permiso para irnos de Santiago y volver a Washington —me comunicó, esforzándose por tomarlo a broma. Pese a la humillación, se sentía aliviado—. Howard no podía seguir soportando estar en el extranjero. No sé si te fijaste: se había cuidado mucho de omitir, el miércoles, en el discurso a sus compatriotas, que les hablaba desde Chile; tenía la sensación de que los habría alterado demasiado. Además, su estado de salud precisa atenciones cotidianas que solo se le pueden administrar correctamente en sus dependencias de la Casa Blanca.

—¿Hasta ahora os habían prohibido iros?

—No de forma explícita. Pero ya te darás cuenta de que no íbamos a meternos en el avión presidencial si existía el riesgo de que se interrumpiesen las comunicaciones con los aeropuertos. Cuando le preguntamos ayer a Demóstenes si garantizaba que el vuelo iba a transcurrir sin tropiezos, nos propuso, sencillamente, viajar él a bordo, lo que suponía, efectivamente, la mejor garantía posible.

—¿Y cogió el avión con vosotros?

—Sí, ya te contaré... Pero primero te toca a ti decirme de qué te has podido enterar.

Le referí, pues, mi conversación con el batelero, esforzándome en que no se me olvidase nada. Moro me dejó llegar hasta el final sin decir palabra; pero yo le notaba en la respiración que estaba impresionado. Cuando acabé, me recompensó con un estruendoso *wow!* de lo más norteamericano.

—Casi todo lo que acabas de decirme, Alec, no lo había oído nunca hasta ahora. Con Demóstenes solo se habló de estrategia, de armas nucleares y de desarme. Ninguno de nosotros le preguntó por sus orígenes y él tampoco dijo nada. Solamente oí una vez en su boca, al albur de una frase, la palabra «Empédocles».

»Fue en el avión. Había conseguido sentarme a su lado cinco minutos, nada más empezar el viaje. Huelga decir que era un asiento codiciadísimo por buena parte de la delegación. Para trabar conversación, le dije, un tanto por cortesía y un tanto para ver cómo reaccionaba, que cuando concluyera esta crisis, me gustaría mucho ir a su país. Me sonrió: "¿Por qué no? ¿Le gustan los viajes muy largos?". Le contesté: "Sí, no me asustan". "¿Y los viajes tremendamente cortos?" Me di cuenta de que me estaba tomando el pelo amablemente, pero pese a todo contesté: "Tampoco me desagradan". "Entonces será bienvenido al país de Empédocles." Le pregunté: "¿A Sicilia, quiere decir?". Se rio. "Nuestro territorio está en Sicilia del mismo modo que yo soy griego." Me estrechó la mano. Cynthia, la primera dama, estaba de pie en el pasillo, pegada a nosotros, a todas luces impaciente. Me levanté y ella se sentó en mi sitio.

Moro se está tomando las cosas, como suele, con sentido del humor y elegancia. Pero salta a la vista que está desconcertado.

*

Al final de este día tan largo vuelvo a leer las páginas que he escrito, todas las palabras raras de las que he tenido que dejar constancia, y no sé qué pensar. Me han contado una historia hermosa, una historia demasiado hermosa. Una fábula quizá... Me noto tan desvalido que siento la tentación de creérmela, aunque para eso tenga que acallar en mí la voz de la razón.

Así que, por lo visto, la humanidad es doble... Por lo visto, la tierra es el escenario de dos obras simultáneas, una a la vista, la otra subterránea; a una la caracteriza la inconsciencia, y es nuestra historia; la otra es portadora de sabiduría y de salvación, pero también, para los míos, portadora de humillación. ¿Debería, igual que mi vecina, celebrarlo con champán? ¿No debería más bien ponerme de luto?

Por el momento, me reservo mi opinión.

Sábado, 13 de noviembre

En la isla de Antioquía, con frecuencia llueve toda la noche hasta que, por la mañana, las nubes vacías se apartan y vuelve la claridad. Esa es la cortesía del cielo atlántico.

La noche pasada, la lluvia llegó tarde; luego invadió el principio de la mañana. Sin embargo, a eso de las once, allí estaba el sol, calentando poco pero iluminando las paredes enjalbegadas y haciendo centellear las gotitas y los charcos.

Me había despertado el teléfono. Era mi ahijada, Adrienne, que contestaba a mi mensaje, disculpándose por el retraso. Acaba de pasar, azacanada, tres días y tres noches en el hospital. Habían muerto ocho personas en su zona desde el martes porque la interrupción de las comunicaciones impidió socorrerlas a tiempo. Charles, su compañero, médico de urgencias también, está de un humor vengativo. Ella, en cambio, se toma las cosas con filosofía. «¡Si lo que ha ocurrido nos ha evitado la pesadilla nuclear, esos desdichados no habrán muerto en vano!», me dice.

Tras colgar, me tiré de la cama, me enfundé los vaqueros, me preparé el termo de café y, luego, me senté a la mesa de dibujo. Llevaba cuatro días sin trazar ni una línea y no quería acostumbrarme a la ociosidad. El tiempo no se ha parado, solo ha quedado suspendido. Antes o después, volverán a publicarse los periódicos, en papel y en la red; no me quedará más remedio que alimentarlos, como antes. Así que abrí el cuaderno de dibujo por la primera página en blanco. Luego agarré el lapicero grueso. Con él me llegan los relámpagos de inspiración. El apuralápices plateado los atrae como un pararrayos.

De repente, el silencio. Ya había silencio, pero en el silencio hay niveles, densidades. Sería incapaz de decir en qué noté ese silencio diferente. Pulsé el botón de la radio; de nuevo el pitido modulado...

¡Porras! ¡Ya estamos otra vez!

Sin pararme demasiado a pensar, fui corriendo al garaje, me subí a la bicicleta y eché a pedalear a toda marcha y con rabia, en dirección al «Paso». Tenía que ver al batelero, comunicarle mi ira y, sobre todo, conseguir que me dijera por qué nos habían «castigado» otra vez.

¡Dios, qué embriagador es pedalear así por el océano! Embriaga, pero también sosiega. ¡Qué color! ¡Qué olor de algas! ¡Qué inmensidad cercana! ¡Qué sinfonía de chapoteos! Todas las preocupaciones de la tierra se templan, se dislocan y, luego, se ahogan. ¡Tuve que ponerle empeño para que no se me pasase toda la ira por el camino!

Agamenón no estaba en casa y el bote no estaba en el sitio donde suele amarrarlo. Llamé, di golpes, giré el picaporte. La puerta se abrió. La empujé y entré; y seguí llamando: «¡Agam!». Luego, sobre la marcha, sin haberlo premeditado, me encontré pasando revista a los estantes, a las alacenas, a los cajones, a las cajas, registrando debajo de las mesas, debajo de la cama, encima del armario. Buscando ¿qué? Algo (un aparato, una imagen, un libro, un mapa, una figurita) que llevase la marca del país de Empédocles. Nunca antes, en toda mi vida, me había portado así. Pero también es cierto que nunca había sentido semejante angustia.

No encontré nada en casa del batelero. Nada que dejase intuir la «patria» de la que es oriundo. Ni siquiera sus dos emisoras marinas, a pesar de su aspecto futurista; según comprobé, las dos son de fabricación «nuestra», si es que puede decirse así, ya que una viene de Dinamarca, y la otra, de Corea.

Me fui luego a dar una vuelta por Puerto Atlántico. Nada digno de mención tampoco. El local de La Cabo-hornera está lleno, como siempre. Los clientes habituales. Gautier, el viejo Antonin y los demás. Solo un poco menos ruidosos, más cuchicheantes. Coseché allí un montón de preguntas esperadas. Respuestas, ninguna.

Circulan a media voz unos cuantos rumores que prefiero no repetir. ¿Para qué? No tardaré en recibir informaciones verificables. Tal vez debería destacar sin embargo que un marinero joven y mal

afeitado que a veces me estrecha la mano y me tutea, pero cuyo nombre desconozco, vino a preguntarme, con el cigarrillo en la boca, si no tenía, como él, la impresión de que «nuestro batelero» era un personaje turbio. A nuestro alrededor, todos aguzaban el oído. Contesté prudentemente que Agamenón siempre me había parecido honrado y servicial. Ni una palabra más. El joven se alejó. Los demás no dijeron nada más. El ambiente iba a ponerse denso. No tardé en despedirme.

*

A media tarde fui a casa de mi vecina. Opina, como yo, que hoy también están ocurriendo cosas graves en el resto del planeta. Pero, igual que yo, tampoco sabe cuáles. Lo que no parece preocuparla. Sigue luciendo la sonrisa de víctima vengada o de presa liberada antes de tiempo.

Insistió para que me quedase a cenar, asegurándome que no tendría que preparar nada y que la cena sería de lo más somero. De hecho, se limitó a abrir una lata de confit de atún especialidad del archipiélago y una botella de vino de Entre-deux-Mers. Pero, cuando nos íbamos a sentar a la mesa, anunció, traviesa, poniéndose en posición de firmes como el camarero de un hotel de lujo:

—¡Cena marítima de gala a la luz de las velas!

Cuando las privaciones se convierten en privilegios...

Es la primera vez que comparto mesa con Ève, pero no es la primera vez que compartimos comida.

Cuando no me siento con paciencia para cocinar, cosa que me sucede muy a menudo, suelo llamar al único comercio de comida preparada del archipiélago, que ha elegido el nombre de «Dorada Coryphaena» y ofrece una carta fija de siete u ocho platos diferentes. El rótulo es pomposo, pero no se lo tengo en cuenta porque todo lo que tiene es sabroso y recién hecho. Así que cada vez me cuesta decidirme. «¿La lubina o el confit de cordero con alubias?», me susurra, con voz tentadora, la mujer del chef. Cuando estoy a punto de decidirme, añade: «O, si no, las gambas en salsa armoricana...». Para sobreponerme a la indecisión, pregunto: «¿Y qué se ha llevado mi vecina?». Dos veces de cada tres, me pido lo

mismo. La misma camioneta nos lo lleva cuando baja la marea, y nos lo comemos cada uno en su casa...

Con esta descripción, mi vida puede parecer sosa. Pero para quien venera como yo el silencio y la serenidad hasta el punto de querer vivir y dibujar en una isla casi desierta no hay en esta rutina tristeza alguna, ni remordimiento alguno, ni amargura alguna.

Bien pensado, ¿qué necesita de verdad el hombre? Con buena salud y una buena conexión a internet, poco importa lo demás. No me atrevería a decir, como el filósofo existencialista, que el infierno son los demás. Pero tampoco son el paraíso.

Dicho lo cual, esta noche estaba sinceramente encantado de verme en compañía de Ève. Incluso a pesar de que el menú no estuviera a la altura de los guisitos que nos suele preparar nuestro común proveedor a domicilio...

Durante la cena, la conversación no se limitó a los acontecimientos que estaban ocurriendo. Dediqué tiempo a hablarle a la vecina de mis padres, de mis orígenes y de lo que me había movido a irme de Montreal para venirme a vivir a la isla de Antioquía; ella, a su vez, me habló de los suyos y de lo que la había traído también a ella a este lugar. Su madre era una cantante de ópera mitad irlandesa y mitad jamaicana que había tenido su momento de celebridad, pero también largas temporadas de depresión y de ingresos en clínicas. Su padre era un piloto de línea oriundo de Toulouse. Viajaba mucho, como es natural, y tenía seguramente amantes en las escalas. Ève se había pasado la infancia esperándolo; al contármelo, suspiró penosamente, como si la siguiera afectando al cabo de treinta años.

Siempre que iba de Europa a América, el comandante Saint-Gilles pasaba por la vertical de nuestra isla y con frecuencia mencionaba con anhelo «ese guijarro rosa unido a la costa por un hilo de plata». Se prometía posarse un día en ella, un sueño que nunca pudo realizar, pero que le legó a su hija. Algo así como lo que había hecho conmigo mi padre... Debido a ese «sueño transmitido», mi itinerario y el de Ève, pese a las diferencias, tienen a la postre cierta semejanza.

La vecina habló esa noche con una serenidad que llevaba años sin conocer. La irrupción de los «amigos de Empédocles» la ha reconciliado con su pasado y también con su novela única, a la que había cogido manía durante mucho tiempo y que ahora empieza a gustarle otra vez desde que la ha oído citar con veneración en labios de Agamenón.

Me parece, por lo demás, que la reacción de Ève ante los actuales acontecimientos influye cada día más en mi propia actitud y me vuelve más conciliador y más comprensivo con «nuestros supervisores». Aunque no me parezca bien todo lo que dice, incluso aunque lo desapruebe, la critique y me burle un poco de ella, su alegría recuperada me hace desconfiar de ellos menos que si pensase por mi cuenta.

Sin ella como madrina, ¿cómo habría podido celebrar jubiloso, con una copa en la mano, la abolición de nuestra Historia y la muerte de nuestra civilización?

*

Me había quedado traspuesto y hete aquí que me levanto y vuelvo a encender la vela para reanudar este diario. Porque hay un tema que habría preferido silenciar y que noto ahora la necesidad de mencionar sin demora: esta noche sentía un gran deseo de pasarla con Ève, y me parece que ella también lo pensó; durante toda la velada no escatimó miradas, ademanes ni alusiones.

No cabe duda de que desde el comienzo de los actuales acontecimientos, desde mi primera incursión nocturna en su casa helada y a oscuras me siento cada día algo más cerca de ella. Mi cambio de actitud aflora forzosamente en este diario y la realidad de mis sentimientos llega aún más allá. He hecho descripciones de la vecina con palabras poco halagüeñas e incluso claramente ofensivas, pero ahora la miro de forma muy diferente. No voy a retroceder para expurgar lo escrito, para tachar la expresión «ajada prematuramente» y otras cuantas palabras más, poco afortunadas, que haya podido escribir sobre ella. No sería sino una mezquina falsificación. La única forma honrada de corregir mis faltas de apreciación es escribir con fecha de hoy que ya no veo en absoluto

a la vecina de la misma forma. No sé si se le han borrado las arrugas, pero ya no me fijo en ellas, no tienen ya a mis ojos importancia alguna. Las revelaciones que nos ha hecho Agamenón han «transfigurado» literalmente a Ève Saint-Gilles. Y han cambiado por completo mi forma de mirarla. Incluso cuando no comparta sus opiniones, ahora la contemplo con afecto, con ternura. Así que esta noche deseaba abrazarla muy fuerte.

¿Por qué me he reprimido para no hacerlo? Porque una voz interior me sermoneaba sin parar: ¡si dejaba entrar en mi vida a la otra, y única, moradora de la isla, ya podía dar por perdida mi espléndida tranquilidad! A poco que las cosas fueran mal en nuestra relación, la vida en Antioquía se volvería infernal, a uno de los dos no le quedaría más remedio que irse, seguramente a mí. ¿Estoy dispuesto a correr ese riesgo?

Este dilema que acabo de confesar cándidamente me hace aparecer como un frío calculador, insensible a eso que mis congéneres gustan de llamar «la magia del amor». No soy así. Pero es cierto que estoy dispuesto a todos los sacrificios y a todos los padecimientos para proteger este territorio bendito: mi soledad.

Domingo, 14 de noviembre

Ayer tenía tan poca información sobre lo que ocurría en el mundo que solo podía apuntar en esta libreta mis desplazamientos mínimos, el menú de la cena a la luz de las velas e incluso mis estados de ánimo de solterón empedernido. Hoy he recibido unas cuantas noticias, pero solo con cuentagotas. Pues las averías ocurren ahora de forma irregular, saltarina y aleatoria. La radio funciona quince minutos, se corta durante una hora, vuelve, después se corta otra vez. Lo del teléfono e internet es peor; diríase que la red funciona un minuto sí y otro no; como para volver locos a los usuarios más plácidos.

¿Se tratará de una sutil tortura que han ideado «nuestros tutores» para castigarnos? Veo más bien en ello una demostración de fuerza con la intención de impresionarnos, intimidarnos y someternos. Quieren que veamos que tienen capacidad para modular los castigos a su antojo. Como si tuvieran a su disposición un gran planisferio y se entretuvieran apagando las luces aquí, volviéndolas a encender allá; cortando las conversaciones aquí y permitiéndolas acullá...

De hecho (¿por qué negarlo?), estoy impresionado. Pero sobre todo me siento humillado, y se me llena el corazón de un resentimiento del que no lo creía capaz.

En este contexto tan angustioso, no sé realmente qué sentido dar al discurso optimista, exageradamente optimista, que ha pronunciado hoy el presidente Milton: su segunda intervención desde el principio de la crisis. Precedió a su frágil voz un breve anuncio que especificaba claramente que esta vez hablaba «desde la Casa Blanca».

«Mis queridos conciudadanos:

»Me dirigí a vosotros el miércoles pasado para teneros informados de la nueva situación a la que debemos enfrentarnos. Desde entonces, hemos tenido que tratar con los representantes de la potencia interventora. Las conversaciones no siempre han sido fáciles, pero hemos podido superar esa prueba mostrando una actitud sincera, digna y mutuamente respetuosa. Y en el momento actual el cielo me parece menos preñado de tormentas.

»Durante estos días de negociaciones hemos tratado largo y tendido de la situación preocupante que se desprende de la acumulación de armas nucleares y materiales fisibles radiactivos. Es imposible en el momento actual neutralizarlos eficazmente, y nuestros investigadores estiman que deberían almacenarse, en estado precario, por tiempo prácticamente ilimitado. En varios lugares de los Estados Unidos se acumulan productos peligrosísimos en cantidades sustanciales, y me he preguntado con frecuencia qué ocurriría si personas malintencionadas, grupos de fanáticos por ejemplo, o unos desequilibrados, o también personas a quienes mueva la avidez, hicieran estallar un artefacto mortífero en uno de esos lugares de almacenamiento. En otros lugares del mundo, sobre todo en el territorio de la antigua Unión Soviética, se amontonan armas radiactivas en condiciones preocupantes. Hay otros productos peligrosos en manos de personas notoriamente irresponsables.

»Durante nuestras conversaciones con los representantes de la potencia interventora, hemos adquirido el convencimiento de que no albergaban hostilidad alguna hacia nosotros y que, antes bien, no sentían sino consideración por nuestro país, por los principios de nuestra Constitución, por nuestro modo de vida, y que reconocían la preponderancia de nuestro lugar entre las naciones. También hemos adquirido el convencimiento de que disponían de una tecnología de paz que permite tratar los materiales radiactivos de forma eficaz para convertirlos en inofensivos tanto para los hombres cuanto para el medio ambiente.

»Mis queridos conciudadanos:

»El desarrollo de las armas nucleares fue, durante una etapa de nuestra historia, un mal necesario. Siempre supimos que se

trataba de una tecnología azarosa y potencialmente maléfica, pero necesitábamos poner término a la Segunda Guerra Mundial y enfrentarnos luego a una nueva amenaza, la del comunismo. Ahora, las peores amenazas para nuestra civilización proceden precisamente de la proliferación de armas nucleares, que podrían caer en manos criminales, como, por desgracia, ha quedado demostrado muy recientemente. Esa fiera que se ha escapado y que se ha vuelto indomeñable es pues urgente devolverla con prudencia a su jaula y encerrarla en ella para siempre.

»Los amigos que la Providencia ha puesto en nuestro camino han prometido hacerse cargo de ello en los días venideros. Con el visto bueno de los Estados Unidos, y dentro del respeto a nuestras instituciones, van a llevar a cabo un saneamiento integral orientado a librar a nuestro planeta de todo artefacto, de todo instrumento y de todo material que pudiera ser una amenaza para la supervivencia de la especie humana.

»Querría pedir aquí solemnemente a todos los miembros de nuestras fuerzas armadas, sobre todo a aquellos destinados en los lugares conflictivos, y también a todos nuestros conciudadanos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad en todos los lugares del mundo, que permitan a nuestros amigos llevar a cabo esa delicada tarea que hemos acordado con ellos.

»Dentro de unos días habremos dejado atrás este período de prueba para volver a hallarnos, eso espero, en un mundo más pacífico, más estable y en un entorno más saludable.

»Confío, y os pido a todos que confiéis. Que confiemos en nuestro gran país, que confiemos en nuestra capacidad para llevar a cabo cosas tan maravillosas como las que llevaron a cabo nuestros padres. Que confiemos en nuestros amigos. Que confiemos en el porvenir.

»¡Dios os bendiga!

»¡Dios bendiga a América!»

He escuchado el discurso del presidente Milton, lo he grabado, luego lo he vuelto a escuchar. Como la última vez, quiere parecer tranquilizador, pero lo que deja traslucir no me tranquiliza nada.

¿Cómo no ver en sus palabras un reconocimiento de impotencia? No solo por parte del país que dirige, sino también de todos nosotros, que nos hemos convertido de la noche a la mañana en los vasallos de un nuevo soberano.

¡Cuánto me habría gustado contar con los comentarios de Moro! He intentado ponerme en contacto con él sin resultado. Y eso que mi teléfono funcionaba, pero el suyo no da señales de vida.

Si tuviera que dar mis impresiones como suelo, es decir, con la pluma de *Alec Zander,* mi otro yo, haría tres dibujos consecutivos. En el primero representaría al presidente estadounidense en primer plano, con la cara desmejorada detrás de un micrófono a la antigua; en el segundo dibujo, el plano sería a más distancia y se le verían los brazos unidos a unos tubos y una bolsa de suero; en el tercer dibujo, la distancia sería mayor aún y se vería a un hombrecito muy enfermo rodeado de una cohorte de hoscos soldados que lo apuntan con sus armas. Pues está claro que Milton ha hablado, y se ha mostrado tan optimista, bajo coacción.

Dicho lo cual, no le reprocho nada al amigo de Moro. Es más, empatizo con él, e incluso, en cierto sentido, lo admiro. Hace falta valor y habilidad para disfrazar la desbandada de una nación y de una civilización en motivo de esperanza.

*

A última hora de la tarde, tras haber cumplido escrupulosamente con mis deberes de cronista y escritor de diario y, después, haber esbozado a lápiz los dibujos que acabo de mencionar, me fui a casa de mi vecina para comentar el discurso con ella. No la encontré. La puerta estaba de nuevo cerrada con llave, y la casa, a oscuras. Había una única lámpara encendida, pero fuera, como para iluminar el camino a la vuelta. Llamé y giré el picaporte sin éxito. Fui luego a caminar por la zona de las arenas moradas con la esperanza de cruzarme con ella en el lugar en que anteayer nos habíamos reído juntos. ¡Nadie!

Aunque las nubes la velaban levemente, la luna parecía llena, o casi, y teñía de blanco el suelo y la piel del mar. Anduve deambulando por la orilla pensando otra vez en Ève y en mí, en lo

que nos une, en lo que nos separa. En nuestros encuentros y en nuestras reticencias. En mis dilemas poco honrosos y en mis sentimientos dislocados.

Lo cierto es que tengo constantemente deseos de verla, de oírla, de contarle los mil pensamientos que me pasan por la mente. Incluso cuando estoy solo, me dirijo mentalmente a ella, y me la imagino dando un respingo, entusiasmándose o torciendo el gesto.

Estaba triste, esta noche, por no haber coincidido con ella. Y no cabe duda de que sufriría si mañana dejase de verla. Sin embargo, no puedo pasar por alto que me he convertido, después de todos estos años en mi isla, en un solitario inveterado, y que otro tanto le sucede a la vecina. Por eso no consigo imaginar que pueda haber entre nosotros un apego duradero o cualquier otra cosa que se parezca al amor.

Escribo frases como esta y luego me avergüenzo. Me avergüenzo de en qué me han convertido estos largos años tranquilos. ¿Soy aún capaz de un «apego duradero» o de «cualquier cosa que se parezca al amor»? ¿Soy aún capaz de vivir un encuentro con plenitud, metiendo la cabeza debajo del agua y sin que se convierta en el acto en el penúltimo tema de mi crónica habitual?

Si pretendo ser sincero, la respuesta es que no. No, ya no soy capaz de amar. Y lo más triste es que ni siquiera me pone triste. En vez de corazón, tengo un erizo huraño. Ève no tiene culpa de nada.

*

Hablando de ella, otra vez de ella, tengo que dejar constancia de que tras haberla buscado en vano en su casa y, luego, en la playa, me pasé el resto de la velada buscando su libro en mi biblioteca, también sin éxito.

He mencionado ya en varias ocasiones esa novela, *El porvenir ya no vive en esta dirección,* que, para mayor vergüenza mía, nunca llegué a leer. Y eso que el mismo día en que me enteré, hace cinco o seis años, de que la novelista planeaba afincarse en mi isla, me apresuré a encargarlo. Me había prometido leerlo inmediatamente para conocer mejor a mi futura vecina. Sin embargo, tras el primer intento de visitarla, cuando me recibió tan mal, era tanta mi irritación

que renuncié a abrir su libro. Ni siquiera quise ya abrir el paquete. Por lo demás, sigo sin saber debajo de qué pila amorfa he podido enterrarlo. Está seguramente por ahí, en el revoltijo de mi biblioteca, tendré que volver a buscarlo en las baldas, debajo de los amontonamientos, en los cajones de embalaje, e incluso en el desván.

En aquel tiempo me enfurruñé con el libro igual que me enfurruñé con la novelista, incluso lo «castigué» como me habría gustado castigarla a ella por su innegable grosería. Ahora que estoy en una disposición muy diferente en lo que respecta a la «progenitora», debo estarlo también hacia «el hijo».

Dicho lo cual, si ya va siendo hora de que lea el libro de Ève, no es solo por el cambio en mis propias relaciones con ella. Es en primer lugar porque su obra la han leído y admirado los «amigos de Empédocles», que han visto en ella, si he de fiarme del batelero, una obra premonitoria y visionaria. En cuanto esa valoración de nuestros tutores sea del dominio público, la humanidad entera se abalanzará sobre ese libro para buscar en él algunas claves, algunas respuestas y algunas razones para la esperanza. Sobre todo si menciona, como he creído entender, un mundo paralelo al nuestro cuyo encuentro sería, por decirlo de alguna forma, un encuentro con nuestro propio porvenir...

Mañana volveré a hacer un registro a la luz del día y seguramente acabaré por encontrarlo.

Lunes, 15 de noviembre

Desde esta mañana tenemos estrépito y también calma. Los elementos están desatados mientras los aparatos callan. Las telecomunicaciones están firmemente «amordazadas».

Nada de esto resulta sorprendente. Ni el temporal, que encaja bien con lo que esta estación nos tiene reservado aquí todos los años, ni el apagón, que en buena lógica tiene que ser «integral», supongo, si el «saneamiento integral» del que habló Milton está en marcha y se están realizando operaciones delicadas en incontables lugares para enjaular de nuevo a la «fiera» nuclear.

Entiendo, pues, que nos mantengan en la ignorancia. Lo que no va a impedirme despotricar cada vez que tenga el reflejo de encender la radio y me encuentre con la señal de la avería o con una enésima retransmisión de la llamada del presidente de los Estados Unidos para que sus conciudadanos, civiles y militares, le faciliten la tarea a la «potencia interventora».

¡A Dios gracias, está Ève! A quien ayer busqué en vano y que ha vuelto. No me ha dicho dónde estaba y me he cuidado muy mucho de preguntárselo. A lo mejor estaba en casa sin más, enclaustrada, sin querer ver a nadie.

Su estado de ánimo, por lo demás, no ha cambiado ni pizca desde aquel momento de gracia que referí hace tres días, cuando, tras lo que acababa de contarnos el batelero, dejó caer al suelo el grueso volumen que estaba hojeando y apareció de pronto transfigurada. La luz que se le encendió en los ojos en ese instante no se ha vuelto a apagar. Por lo demás, no tengo ganas de que se apague, incluso aunque no comparta las ilusiones que la nutren.

Esta noche me ha repetido, cuando he ido a su casa, la confianza ilimitada que ponía en «los amigos de Empédocles». Mis instintos personales me recomiendan más bien circunspección. Lo cual no

quiere decir que rechace su postura. Toda una parte de mí me incita incluso a darle la razón.

En alguna ocasión he escrito en estas páginas que su visión de las cosas estaba en el polo opuesto a la mía; que la vecina se había apartado de los humanos porque los aborrecía, siendo así que yo me había apartado «para abarcarlos mejor». Esa distinción no me parece ya muy pertinente. La opinión que tenemos sobre cómo anda el mundo es similar, aunque cada cual la exprese con sus propias palabras y ateniéndose a su temperamento.

La diferencia entre ella y yo no reside ahí. Ève, que es mujer, que es en parte jamaicana y que siente casi en carne propia todas las injusticias que llevan padeciendo desde hace milenios sus «hermanas», no se considera obligada a lealtad alguna para con quienes, hasta estos últimos días, dominaban el planeta; considera que no les debe nada y que tiene perfecto derecho a preferir a los «amigos de Empédocles».

Una postura que no me choca, pero que no puedo adoptar personalmente. Nunca podré soltar improperios como ella contra «los hombres». Por muy crítico que sea con ellos, por muy consciente que sea de sus defectos, no me queda más remedio que admitir que soy uno de ellos y que su historia es la mía. Me avergüenzo de sus faltas, me enorgullezco de sus obras y sus fracasos me apenan. No puedo alegrarme al verlos perder categoría. Ahora bien, eso es lo que viene sucediendo desde el principio de estos acontecimientos, eso exactamente.

¿Han merecido mis semejantes esta humillación? Sí, sin duda: en ese punto siento la tentación de darle la razón a Ève. La diferencia entre ambos es que ella lo celebra mientras que a mí me desconsuela.

Sin embargo, hemos vuelto también esta noche a beber champán juntos y alzado nuestras copas. Ella para bendecir a la gente de Empédocles y el desbarajuste que están causando; yo para saludar dignamente el recuerdo del milagro griego de la Antigüedad, con la esperanza de que sepa iluminar nuestro camino sin por ello cegarnos.

He tenido en la cabeza constantemente presente esta diferencia de sensibilidad entre mi vecina y yo desde que empezamos a observar ambos los vuelcos actuales. No he dejado de comparar sus reacciones con las mías, a veces para subrayar nuestras coincidencias y, a veces, nuestras divergencias. Pero hoy hablo de ello con más aplomo. Porque acabo por fin de encontrar su libro en un rincón de mi biblioteca. He empezado a leerlo en el acto y me aporta luz sobre muchas cosas que no veía hasta ahora sino de forma confusa y aproximada.

Martes, 16 de noviembre

Esta mañana, a eso de las diez, aprovechando un claro, fui a dar un paseo por uno de mis senderos favoritos. Empieza a dos pasos de mi dormitorio, serpentea entre helechos y luego se detiene al pie de una roca plana en la que a veces voy a sentarme cuando está el tiempo despejado y seco. Hoy todo estaba mojado, el sendero, la vegetación y la piedra, pero había dejado de llover, había cesado el viento y un tímido sol intentaba incluso abrirse camino por entre las nubes. El paseo prometía resultar delicioso.

De repente me pareció oír el timbre de una bicicleta. Un sonido muy poco habitual en mi isla. Cierto es que la bicicleta es la soberana: yo personalmente llevo doce años sin usar otro medio de transporte. Sin embargo, aquí un ciclista no se cruza nunca con peatones ni con vehículos, así que nunca siente la necesidad de recurrir a su sistema de alarma.

Subido a la piedra plana y volviendo la vista en dirección al «Paso», me fijé, a lo lejos, en un personaje uniformado que al principio tomé por un gendarme. Era el guarda rural. Había venido, de parte del alcalde del archipiélago, para avisar a la «población de Antioquía» de un peligro inminente: por lo visto se había localizado una nube radiactiva en la zona. El funcionario en bicicleta no tenía más detalles que aportarme. Me recomendaba que me pusiera a buen recaudo, que cerrase puertas y ventanas y, sobre todo, que no anduviese al aire libre en caso de lluvia o de niebla y que esperase instrucciones. Me traía, en un vulgar sobre, un puñado de pastillas de yodo, intimándome a tomarme una en el acto y seguir tomándolas todas las noches para prevenir cualquier radiación mortal.

Así que la famosa «fiera» que están intentando domar para devolverla a su jaula todavía anda suelta por ahí. ¡E incluso ha

venido a rondar, al parecer, por Antioquía!

Mientras el mensajero se alejaba, empecé a notar una extraña sensación de asfixia. Me costaba respirar, como si el aire estuviera cargado de pronto de partículas mortíferas de las que debía ampararme imperativamente, siendo así que el instante anterior todavía estaba respirando a pleno pulmón. Una congoja que sabía que era irracional, pero a la que no podía por menos de ceder. Lo anodino y agreste de la visita del guarda rural no hacía sino aumentar mi confusión y mi ansiedad.

Tenía la sensación de haber retrocedido ocho días, a mi primerísimo susto, cuando aún temía que el mundo hubiera sido víctima de un cataclismo nuclear. En este punto, me había tranquilizado lo que pasó después; pero ahora volvía a faltarme la tierra firme. ¿De dónde venía esa nube? ¿Cómo había podido formarse? Y además, me preguntaba, ¿qué se entiende por «nube radiactiva»? Si miro el cielo, todo él es una aglomeración de nubes. ¿Y dicen que entre ese montón hay una nube sospechosa? ¿O será solo una forma de hablar? ¿No es «nube» en nuestros días una noción muy cómoda que sirve para todo?

Mientras les daba vueltas en la cabeza a todas esas preguntas, empezó a llover. Y ese acontecimiento completamente vulgar me pareció alarmante de pronto, como si formase parte de un dispositivo de asedio. Me puse en el acto bajo techado y no volví a salir.

Mientras estoy escribiendo estas líneas, sigue cayendo la lluvia, perniciosa, tiñosa. El cielo no riega, rezuma.

*

Para conjurar mis irracionales temores, vuelvo a abstraerme en el libro de Ève.

No lo leo como podría haberlo leído cuando salió, cuando no conocía a mi vecina, cuando no tenía aún su voz en mis oídos; y, sobre todo, cuando no sabía nada de sus enigmáticos admiradores. Ahora me anda rondando una pregunta: ¿por qué motivo esta obra ha seducido tantísimo a «los amigos de Empédocles»?

Pues la hipótesis que formulé hace unos días se ha ido convirtiendo poco a poco en íntima certidumbre: que los suyos apostaran a Agamenón en este rincón perdido del globo solamente se debe a la presencia de Ève, para velar por ella y protegerla de las turbulencias del mundo.

En cuanto a la novela en sí, la veo, por lo que llevo leído hasta ahora, mucho menos «premonitoria» de lo que me esperaba. No anuncia el advenimiento de una humanidad paralela ni nada de lo que ha sucedido en los ocho últimos días. Se intuye, sin embargo, entre líneas, que la novelista está convencida de que «los hombres» se han extraviado; que ella, personalmente, más que lamentarlo, se alegra; y que espera que «el porvenir», puesto que ya «no vive en esa dirección», como afirma el título, otros habrá que se hagan un día cargo de él. ¿Qué otros? Ella no lo sabía, por descontado, cuando escribió el libro. Sin embargo, se refiere continuamente a la Grecia antigua y menciona incluso, en tono afectuoso, la figura de Empédocles. Un detalle que parece notable en vista de los actuales acontecimientos pero que estoy seguro de que cuando se publicó el libro pasó inadvertido. Salvo, parece ser, para los «amigos» del filósofo de Agrigento.

En cuanto a la inspiración de la novela, es claramente autobiográfica, y Ève no lo oculta. Llamó a su narradora Lilith, como la belleza pelirroja que, según algunas leyendas, fue la primera compañera de Adán, creada al mismo tiempo que él y no de una de sus costillas y que, en consecuencia, no se sentía obligada a obedecerlo.

Una mujer sublevada, eminentemente emblemática, que reivindica la igualdad con voz serena, conquistadora, triunfante, implacable más que lastimera, mendicante o llorosa: seguramente así es como se ve a sí misma Ève Saint-Gilles. Lo que probablemente no deja de estar relacionado con el hecho de haber tenido una infancia feliz. Su padre la idolatraba, aunque estuviera ausente muchas veces; y su madre la quería tiernamente, aunque sus relaciones fueran a veces al revés, pues a la adulta insatisfecha le gustaba hacerse la niña pequeña, entre los brazos de su hija. Desde lo alto del pedestal donde sus progenitores la habían

colocado, Ève-Lilith los miraba, los abrazaba y a veces los amonestaba como si fuera ella la mujer madura y ellos los chiquillos revoltosos, él inconstante y ella a la deriva.

Adulada por los suyos, a la narradora la adulaba otro tanto, o al menos así lo había creído ella durante mucho tiempo, su época. Nunca, desde los albores de la historia, las mujeres habían estado menos oprimidas, menos sometidas; nunca se las había animado así a liberarse del corsé físico y social que se les venía imponiendo tradicionalmente desde que nacían. Sin duda no eran libres por igual bajo todos los cielos y sin duda la conquista de sus derechos no estaba rematada por completo en ninguna parte; pero al menos Ève-Lilith se sentía en condiciones de ir en pos de sus ambiciones, sus deseos e incluso sus extravagancias como mejor le pareciera. En su juventud, que había transcurrido entre París, Dublín, Kingston y San Francisco, no se había privado de ningún goce, lícito o prohibido, benigno o peligroso. Le atribuye a la heroína de su novela aventuras de todo tipo, algunas ilusorias quizá, pero la mayoría muy probablemente reales.

En consecuencia, no tenía razón alguna para aborrecer su época ni para desconfiar de ella. El mundo en que creció brindaba a incontables contemporáneos, mujeres y hombres, satisfacciones sensoriales e intelectuales con las que nadie habría podido soñar en las generaciones anteriores. Viajes al fin del mundo; herramientas de comunicación que abolían las distancias; aparatos ingeniosos para simplificar la vida cotidiana, y un acceso permanente a todas las músicas, a todas las imágenes, a todos los libros, a todos los tesoros artísticos o arqueológicos; en una palabra, al conjunto de los conocimientos que nuestra especie llevaba acumulando desde los orígenes... Gracias a los nuevos inventos, el mundo entero se había convertido en una gigantesca biblioteca en la que se podía entrar a todas horas sin precisar siquiera salir de casa, levantarse del sillón o quitarse el atuendo de cama. Para la joven Ève-Lilith, noctámbula, indolente, juerguista y, sin embargo, dotada de un inmenso apetito de conocimiento, era sencillamente el paraíso.

Pero entonces, ¿por qué la novelista le predice a esta civilización un fin trágico e inminente? En el momento en que escribo estas líneas no hay ya nada sorprendente en ello. En vista de lo que ha

ocurrido durante estos últimos días, podría casi decirse que esa profecía ya se ha cumplido. Sí, por desgracia, parece efectivamente que nuestra civilización, pese a sus progresos espectaculares, padecía un mal solapado que iba a acabar con ella. No se notaba a simple vista cuando se publicó *El porvenir ya no vive en esta dirección,* hace alrededor de doce años. Eso es quizá lo que explica que causara sensación.

¿De qué mal se trata? ¿Cómo explicar que una civilización tan dinámica y tan creativa haya podido quedarse sin porvenir y a punto de zozobrar? Ève no lo dice de forma explícita. Al menos no lo dice en las doscientas cincuenta páginas que he podido leer hasta ahora, las dos terceras partes del libro *grosso modo* . No sabía probablemente contra qué arrecifes iba a poder hacerse pedazos la historia de los hombres. Pero presentía la catástrofe sin dejarse engañar por la prosperidad reinante. Me he quedado, a eso de las doce de la noche, en una frase que decía precisamente: «Mientras yo florecía, la humanidad se ha mustiado».

Seguiré leyendo mañana.

Miércoles, 17 de noviembre

Hoy me ha despertado al alba Moro, inusualmente perplejo e incluso desconcertado. Para mí eran las seis y media y las doce y media de la noche para él. Salía de una larga reunión nocturna en la Casa Blanca.

—He oído a quince personas sensatas desarrollar unas tesis razonables, plausibles y, con frecuencia, brillantes, pero ninguna me ha parecido convincente de verdad, ni siquiera la que he defendido yo.

»El presidente nos había reunido para hacernos a todos la misma pregunta inevitable: “Según ustedes, ¿de dónde viene esa gente?”. Por mi parte, me limité a contar la fábula que te he oído a ti y que corresponde manifiestamente a la versión oficial de la que querría persuadirnos la llamada “potencia interventora” para adormecer nuestra desconfianza. Pero he sido uno de los últimos en tomar la palabra. No quería que el debate girase en torno a la Grecia antigua. Tenía curiosidad por oír otras versiones.

Estaban presentes los principales responsables de los servicios de inteligencia, unos cuantos generales, unos cuantos miembros del Congreso y también unos dos o tres «electrones libres», como gusta decir Moro de sí mismo.

—Cada cual llegó al despacho oval con sus propias obsesiones y sus propias anteojeras. La mayoría está convencida de que detrás de Demóstenes y sus amigos no hay ninguna fuerza misteriosa, sino potencias muy de aquí: los chinos, los rusos, los indios o los iraníes, quizá incluso latinoamericanos o europeos. Ya sé que la persona a quien has conocido en tu isla te ha jurado que no, pero esas negativas lo que hacen es reforzar las sospechas.

Me sentí en la obligación de decirle a mi amigo con voz aún soñolienta:

—No quiero defender a Agamenón y no excluyo que haya intentado manipularme... pero si una potencia «muy de aquí», como dices tú, hubiera desarrollado las técnicas avanzadas de que dispone esa gente, ¿por qué iba a necesitar recurrir a semejante montaje? ¡No tendría sentido!

—Sí, sí, no te engañes, tendría sentido. Imagínate que los chinos o los rusos hubieran pedido que les dejasen inspeccionar las instalaciones militares estadounidenses. Seguramente les habrían dado con la puerta en las narices. Mientras que una fuerza que asegura ser neutral y estar por encima de los conflictos entre las potencias mundiales, ha podido conseguir el asentimiento del presidente para intervenir a su aire donde le plazca. Dicho lo cual, yo, igual que tú, tampoco creo en esa tesis del «caballo de Troya». ¿Cómo una potencia rival podría haber adquirido unos conocimientos superiores, desarrollar un armamento sofisticado y formar a una multitud de agentes sin que se enterasen nuestros servicios de inteligencia? Es de lo más improbable. Lo malo es que las demás hipótesis son menos probables aún. La de una población llegada del espacio, por ejemplo. Cuatro personas la han mencionado esta noche, y una de ellas ha sido el propio Howard. Pero eso tampoco se sostiene.

»Ya me conoces, no soy un hombre que descarte una hipótesis antes de haberla tomado en consideración. Estoy incluso convencido de que en el futuro nuestra especie se encontrará forzosamente con otras criaturas dotadas de inteligencia; sería absurdo pensar que solo existimos nosotros en el ancho universo. Pero el día en que ese encuentro se produzca, el choque será instantáneo y tremendamente violento. El que desembarque en el planeta del otro empezará por pulverizarlo para quitarle cualquier capacidad de hacer daño; luego, cuando lo haya sometido, podrá interesarse, enternecido, por su arte, su historia, sus creencias y su civilización. La idea de una población procedente del más allá que fuera capaz de llegar hasta nosotros e instalarse dentro de nuestros muros antes incluso de que nos hubiéramos enterado de su existencia y que, sin embargo, se quedase maravillada con nuestra historia, con el milagro ateniense y con Empédocles de Agrigento

me parece completamente ilusoria. Solo un sueño idílico nacido de la imaginación de un filósofo.

—Así que prefieres creer en la explicación «local»...

—Para la mayoría de los que han hablado esta noche esa sigue siendo, en efecto, la hipótesis más seria. Y, en el papel del «marionetista perverso», alguno de los sospechosos habituales: los chinos o los rusos... Pero también se han mencionado otras pistas. La de una sociedad secreta, una secta o una etnia que hubiera vivido al margen de la Historia, sin que el común de los mortales supiera nada de ella.

—Lo que coincidiría con la fábula «griega» que me contó Agamenón...

—Sí, hasta cierto punto... Queda por saber dónde y cómo una rama así de la humanidad podría haber sobrevivido siglo tras siglo sin salir nunca a la luz, sin dejar que la desemboscasen. ¿Tú crees de verdad que esa gente haya podido desarrollar técnicas avanzadas y armas sofisticadas en cuevas, en cavernas o en subterráneos?

—Me parece difícil de creer, efectivamente... Pero entonces ¿quiénes son? ¿Y de dónde vienen?

—Sé tan poco como tú, Alec. Desde mi punto de vista, ninguna de las explicaciones que he oído me convence. Pero ¡por narices tenemos que estar equivocándonos en algo puesto que esa gente está aquí! No sabemos todavía quiénes son ni cómo se han protegido durante el paso de los siglos, ni con qué finalidad han irrumpido ahora en el escenario del mundo. Pero ahí están, parecen todopoderosos y es imperativo que sepamos rápidamente qué piensan hacer con nosotros.

*

Fue en ese punto de nuestra conversación cuando le conté a mi amigo lo que se decía en el archipiélago de los Quirones de la nube radiactiva. Por su reacción, no era algo que lo preocupase demasiado.

—Por aquí corren los mismos rumores alarmistas, pero todo mueve a creer que son infundados. Hemos podido examinar en los

dos últimos días cierto número de incidentes de los que nos han avisado y que parecían más serios que los demás. ¡En ninguno se han registrado niveles de radiactividad superiores a lo normal!

»Lo que se está extendiendo, mi querido Alec, no son sustancias nocivas, sino un estado de ánimo. Cuando Howard anunció que “nuestros tutores” iban a inspeccionar varias instalaciones, muchos de nuestros militares se enfurecieron, pero no podían hacer nada. Les era imposible desobedecer a su comandante en jefe, pero tampoco les apetecía obedecerlo. ¿Cómo expresar su frustración? Repitiendo a quienes quisieran oírlo que la “recogida” de las sustancias radiactivas saldría mal y que, en vez de evitar nuevos Chernóbil, causaría otros peores. Como muchas personas tenían la misma disposición mental, los rumores se difundieron y se ampliaron. En los Estados Unidos y supongo que también en el resto del mundo.

—¿Y en cambio la recogida en cuestión ha transcurrido sin tropiezos?

—¡Lo cierto es que nadie sabe nada! —respondió Moro, apurado —. No tenemos ni idea de lo que ha hecho esa gente... Que yo sepa, las inspecciones que se han llevado a cabo no tenían que ver forzosamente con la cuestión nuclear. Podría ser incluso que todo cuanto se ha dicho al respecto no haya sido más que una cortina de humo. Esa idea de que un conflicto atómico devastador estaba a punto de estallar y que solo la intervención providencial de «nuestros tutores» impidió un desastre probablemente era un bulo.

—¿Con qué finalidad?

—Lo que pienso yo ahora mismo es que sí que han intervenido para realizar cierto «saneamiento», pero en otros ámbitos y no en el nuclear. Cada vez que Demóstenes nos habló de riesgos, insistió machaconamente en la cuestión nuclear, en las armas que habían caído en malas manos, en los residuos que no sabíamos tratar... Mientras que lo esencial para él y para los suyos era probablemente otra cosa.

»Aludió varias veces a investigaciones que, si seguían hasta el final, llevarían a la aniquilación. Esa es la palabra que repetía continuamente en sus argumentos: la aniquilación de la especie, los riesgos de aniquilación, las herramientas de aniquilación. Como nos

hemos acostumbrado, desde que empezó la guerra fría, a asociar las amenazas de aniquilación con el átomo, mordimos el anzuelo. De forma tal que el presidente, en su alocución, solo habló de la "fiera" nuclear.

—¿Y ahora ya sabes qué preocupa de verdad a esa gente?

—En realidad, no. Intuyo unas cuantas cosas, pero no estoy seguro de nada. Durante estos últimos días, han intervenido, que yo sepa, en cerca de doscientos centros en todo el mundo, de los cuales la mitad está en los Estados Unidos. Sobre todo en laboratorios que están realizando investigaciones en bacteriología, en química orgánica, en inteligencia artificial, en física y en balística. Pero en la lista que he visto, y que no es exhaustiva, hay sitios menos previsibles: institutos de agronomía, observatorios astronómicos, varias bibliotecas universitarias, una productora especializada en documentales submarinos, ¡e incluso un antiguo monasterio en Kentucky, vete a saber por qué!

—¿Y qué han hecho en esos sitios?

—No tengo detalles más que de un único caso, el de un instituto de investigación que está en los alrededores de Baltimore y donde trabaja el hijo de un amigo. Por lo visto, dos desconocidas se presentaron en recepción el lunes por la mañana. Es muy verosímil que pertenezcan a los «amigos de Empédocles». En el acto, a todos cuantos estaban en el edificio les entró una parálisis. Como si fueran los efectos de un gas. Pero aparentemente no había ningún gas. Quizá haya rayos que produzcan el mismo efecto. Las «inspectoras» trabajaron minuciosamente y sin prisa. Estropearon los instrumentos de observación y medición inyectando granos de arena o algo que se le parece. Destruyeron muchos expedientes y se llevaron unos cuantos. Y borraron por completo los archivos digitales del instituto. ¡No quedó ni rastro de los trabajos realizados en los últimos cuarenta años! ¡Ni *in situ* ni en línea!

—¿Y a qué se dedicaba ese instituto?

—Es un organismo muy importante, con más de mil personas. Se hacían todo tipo de investigaciones, se llevaban a cabo simultáneamente decenas de proyectos. A lo mejor a las inspectoras les interesaba solo uno, pero lo eliminaron todo, seguramente para que no se supiera lo que andaban buscando.

—¿Y no hubo víctimas?

—No hubo muertos, no, ni heridos graves. Ni ningún altercado, por lo demás. Las susodichas acabaron la tarea sin que nadie las molestara, y luego se marcharon al cabo de unas horas. Mientras, todos los empleados planchaban la oreja. Ya se han despertado todos, pero la mayoría son incapaces de moverse porque tienen muy entumecidos los miembros. Están despiertos, conscientes y no les duele nada, pero no consiguen que los obedezcan los brazos ni las piernas. Los médicos ya han encontrado un nombre para esa parálisis atípica: «el síndrome de Baltimore».

—¿Así que toda esa operación la han realizado solo dos personas?

—¡Sí, y sin nada en las manos, o casi! En cualquier caso, sin ningún arma de fuego. Es para pensar que ese es su modo operativo. No intentan imponerse ni por el número ni por el material desplegado. Antes bien, es su sorprendente economía de medios lo que impresiona a sus interlocutores. ¡Que no se te olvide que enviaron solo a un hombre para negociar con el Gobierno de los Estados Unidos! ¡Y que pese a todo obtuvieron de nosotros todo cuanto querían!

»¡Había que ver a su Demóstenes! A la vuelta de Chile, cuando se reanudaron las negociaciones en el despacho oval, se sentó dócilmente en el sitio que le indicó Howard y no se movió de allí. Estaba siempre solo, mientras que nosotros éramos siete u ocho. A ratos, algunos salíamos para estirar las piernas, para tomar un bocadillo o para otras necesidades; a veces nos retirábamos dos o tres a un tiempo para intercambiar impresiones. Él nos miraba impasible. No parecía tener ninguna necesidad, ninguna apetencia ni ningún consejo que dar o que recibir.

—¿Pudiste tener con él otras conversaciones a solas después de la del avión?

—No, ninguna. Me limité a observarlo a distancia. Resultaba bastante edificante, por lo demás, y a veces divertido. Hubo incluso algunos momentos inolvidables. Por ejemplo, el viernes por la noche. Demóstenes acababa de explicar que había que acabar de una vez por todas con las «herramientas de aniquilación» y que sus amigos estaban dispuestos a librarnos de ellas. Con esa finalidad,

quería que el presidente autorizase a los suyos para que intervinieran en los lugares que era preciso sanear. «¿Qué lugares?», le preguntó Howard. «Eso, señor presidente, por desgracia no puedo decírselo.» «¿Quiere que lo autorice a inspeccionar lugares de alto secreto en territorio estadounidense sin decirme cuáles?» Demóstenes no dio su brazo a torcer: «Si se divulgase la mínima información, la operación fracasaría. No resulta fácil aceptar lo que le pido, soy muy consciente de ello. Pero si se quiere terminar con los riesgos de aniquilación, así es como hay que proceder, no hay otro camino».

»Howard consultó con la mirada a todos los que tenía alrededor. Uno tras otro dijimos que no con la cabeza. Sin titubear. Ni hablar de dar a esa gente carta blanca para hurgar en nuestras instalaciones como les pareciera. "Por desgracia, tengo que contestar negativamente a esa petición —zanjó el presidente con tanta cortesía como firmeza—. Estoy seguro de que ustedes habrían hecho lo mismo si estuvieran en mi posición."

»Diez segundos después llamaron a la puerta. Un miembro de los servicios de seguridad vino a informarnos de que todas las comunicaciones estaban cortadas otra vez. Howard se puso de pie en el acto, apoyándose trabajosamente en los brazos de la silla: "Me niego a proseguir con estas negociaciones bajo coacción". El otro le contestó: "Me hago cargo, señor presidente. Suspendamos estas conversaciones y démonos tiempo para reflexionar sin agobios". "Están intentando humillarnos —constató Howard, y su tristeza no era fingida—. Multiplican las amenazas y los alardes de fuerza, parecen todopoderosos. En tal caso, ¿por qué necesitan un acuerdo con nosotros? ¡Eso que quieren hacer, háganlo y no se hable más!"

»El emisario se tomó unos segundos antes de contestar: "Es posible efectivamente que nos veamos en la obligación de proceder sin su consentimiento. Por mi parte, lo lamentaría. Había pensado que podríamos establecer una relación de confianza mutua. La mayoría de mis amigos no opina como yo. Tienen prejuicios tenaces contra ustedes y contra todas las naciones de la tierra. Cuando rememoran su recorrido, solo ven rapacería, voracidad e impulsos asesinos; los creen incapaces de usar su poder para nada que no sea dominar y someter; no conceden crédito alguno a los principios

que proclaman ni a los compromisos que aceptan. En lo referido a mí, les parezco un ingenuo fácil de engañar. Si me dice que no hay ningún arreglo posible, me retiraré en el acto y no tendrán que volver a tratar ya nunca con este negociador inexperto y torpe".

»Había hablado cortésmente, sin alzar la voz, pero se trataba de un requerimiento en toda regla, al que acompañaba un ultimátum. Luego se puso de pie, se encaminó a la puerta y Howard hizo ademán de retenerlo, susurrando con voz cansada, pero más suave: "Vuelva a su sitio, amigo mío, estamos condenados a entendernos".

»Demóstenes se acercó al presidente y le puso la mano en el hombro: "Me alegro de que me hable así. Y quiero seguir creyendo que un entendimiento es posible. Pero a estas horas estamos todos agotados y muy nerviosos. Dejemos que transcurra esta noche y volvamos a vernos mañana por la mañana". Aunque hervía por dentro, Howard conservó la sangre fría. Se le ocurrió incluso ofrecer su hospitalidad al negociador y una habitación en la Casa Blanca. Todos estábamos convencidos de que iba a rechazar la invitación. Pero la aceptó, diciendo que se sentía muy halagado y muy honrado. De hecho, recibió el trato de un jefe de Estado. Lo acomodaron en la habitación Lincoln y pusieron a tres personas a su disposición. Ese personaje pasó, pues, la noche bajo nuestro techo. Notarás que no he dicho "durmió", puesto que no sé si esa gente necesita aún dormir como nosotros...

Hubo otra escena memorable el sábado por la tarde, me dijo Moro.

—Howard se había encontrado mal durante la noche. Su médico, el doctor Abel, estaba permanentemente a su lado. Y en lo político tampoco andaban bien las cosas. Habíamos sabido mantener la cabeza alta, pero no teníamos ninguna estrategia de recambio. Lo más seguro era que esa gente renunciara al «saneamiento integral», que era a todas luces la razón primordial de su intervención. No teníamos ningún medio para disuadirlos. Howard bromeaba amargamente: «No soy ya comandante en jefe más que sobre el papel. Ni siquiera podría hacer que despegase ni uno de nuestros bombarderos ni indicarle un blanco que atacar. Así que más vale creer en las protestas de amistad que esa gente nos prodiga. Y, puesto que prefieren actuar con nuestra anuencia,

intentemos conseguir unas cuantas concesiones. Que se comprometan, por ejemplo, a no inspeccionar unos cuantos sitios emblemáticos, como la Casa Blanca, el Capitolio, el Pentágono, el Departamento de Estado, la sede la CIA o la del FBI».

»Confeccionamos una larga lista y Demóstenes la aceptó tal cual. Con un ademán teatral, la rubricó y luego se puso de pie para presentársela solemnemente al presidente, estrechándole la mano: "Lo necesitamos, señor presidente, mucho más de lo que puede imaginarse. Para que todo transcurra sin tropiezos, para que la suspicacia y el resentimiento no se instalen entre los suyos y los nuestros, tiene usted que decirles a sus militares, a sus funcionarios civiles, a sus investigadores, a todos sus conciudadanos y al resto del mundo que este saneamiento va a preservar el porvenir para ellos y para sus hijos. ¡Tenga confianza y transmítales confianza! Contamos muchísimo con usted, señor presidente, necesitamos su apoyo claro e incondicional".

»A Howard lo había tranquilizado relativamente esta declaración. En las actuales circunstancias, era lo mejor que se podía conseguir. Asentía con la cabeza a cada frase para mostrar su aprobación. Ya supondrás lo furioso que se puso cuando a su vicepresidente, Gary Boulder, que llevaba tres días sin decir palabra, le pareció hábil preguntarle al emisario: "¿Y qué nos darán a cambio?". "¿A cambio de qué? —replicó Demóstenes, adoptando de repente un tono hiriente—. Les quitamos el veneno del cuerpo ¿y esperan que les demos algo a cambio?" Luego se volvió hacia Howard, sereno de nuevo y un tanto teatral: "Dicho lo cual, cuando llegue el momento de despedirnos, señor presidente, le haré un regalo simbólico para agradecerle su hospitalidad: lo curaré".

»¡Hubo un silencio de muerte en el despacho oval! Sí, de muerte, siendo así que de lo que se había hablado era de volver a dar la vida. Howard estaba aún más pálido que antes, si es que tal cosa era posible. Balbució, con voz apenas audible: "No quiero nada para mí personalmente...". El otro le contestó: "Lo que le he dicho ya estaba fuera del ámbito de nuestras negociaciones. Era solo un gesto de amistad, Howard. ¿Me permite que lo llame Howard? Me ha invitado a su casa durante estos dos días y tengo empeño en que no conserve de mí un recuerdo demasiado malo. Sé, como todo

el mundo, que su enfermedad está en una fase terminal y que sus médicos ya no pueden hacer nada; los nuestros lo curarán en una mañana”.

»Lejos de sentirse reconfortado con esa promesa, Howard parecía deshecho. “¡Sepa... sepa que eso que acaba de decir no tendrá ningún peso en las decisiones que tome como presidente de los Estados Unidos!” Nos sentíamos todos muy apurados mientras Demóstenes insistía: “Es usted el jefe de una gran nación y en ese concepto nos hemos dirigido a usted. Pero ayer tuvo la amabilidad de llamarme «amigo», y es el amigo el que le ofrece la curación, Howard. Sean cuales sean, por otro lado, las decisiones que tome acerca de la cuestión de las inspecciones que nos proponemos realizar”.

»Nos saludó luego con la cabeza: “Creo que nos lo hemos dicho todo. Ahora voy a retirarme a mi cuarto si me lo permite para dejarlos deliberar. Supongo que le gustaría dirigirse a sus compatriotas, señor presidente, para informarlos de lo que hayan decidido. En cuanto tenga listo su discurso, mis amigos restablecerán las telecomunicaciones para que el mundo entero pueda oírlo a usted”. Luego añadió: “Una última cosa: ¿me permitiría ir a presentarle mis respetos a la primera dama? Debe de pensar que soy un auténtico patán por haber pasado todo este tiempo en su casa sin haberle dado las gracias”.

»Cuando el plenipotenciario salió, al presidente le pareció necesario afirmar, con voz igual de trémula: “Si ese personaje intenta influirme con su promesa de curarme, quiero que sepan que ese elemento no tendrá peso alguno en mis decisiones”. Asentimos todos cortés y respetuosamente con la cabeza. Y, por supuesto, con la más completa falta de sinceridad. Cruzamos miradas de soslayo y sonrisas disimuladas. Acabábamos de comprender, de pronto, por qué el plenipotenciario tenía tanto interés en volver a ver a la mujer del presidente.

Como no estaba seguro de que yo también lo hubiera entendido, a mi amigo le pareció útil explicármelo exclamando:

—¡Imagina siquiera cómo se habrá sentido Cynthia Milton al anunciarle el emisario que podría curarle a Howard el cáncer!

—¿Y tú crees de verdad que esa gente podría hacerlo?

—Demóstenes parecía muy seguro de lo que decía, y me inclino a creerlo. Sus amigos ya han demostrado de qué eran capaces y no creo que haya podido mentir o alardear.

Hice una pausa antes de decir, bastante maravillado:

—Si dejamos aparte el aspecto político, para tu amigo, como persona, eso es algo inesperado, ¿no?

—Por supuesto que es inesperado, pero también da miedo. Las implicaciones son gigantescas. Devastadoras en el sentido literal de la palabra. ¡No te lo puedes ni imaginar!

Jueves, 18 de noviembre

Esta mañana temprano unos visitantes, llegados de Puerto Atlántico, llamaron a mi puerta. No estaba vestido ni afeitado y los recibí en bata. Eran tres, a cual más diferente, pero formaban una delegación.

Venía el viejo Antonin, a quien ya he mencionado brevemente y con el que coincido con frecuencia en La Cabo-hornera. Nunca he tenido charlas largas con él; por lo demás, tiene cierta tendencia a conversar con monosílabos; pero cada vez que voy a la taberna, me siento a su lado, ni se me ocurriría hacer otra cosa. Porque fue el primero en invitar a tomar algo, en el pasado, a ese forastero que era yo.

Lo acompañaba su nieta, llamada Gabrielle, de diecinueve años como mucho, guapa aunque no parecía darse cuenta de que lo era, tímida, pero de mirada resuelta. Estaba claro que era ella la que había convencido a su abuelo para ir a mi casa.

Formaba parte también de la expedición el joven marinero mal afeitado que se había dirigido a mí el sábado en Puerto Atlántico para hablarme de Agamenón. No es que esta mañana fuera mejor afeitado, pero yo tampoco lo estaba. Me enteré, durante nuestra conversación, de que era el sobrino nieto de Antonin a quien solían apodar «Aro», aludiendo seguramente al pendiente en forma de ancla que lleva en la oreja izquierda. Es el dueño de la camioneta que los ha traído hasta mi isla. ¡Audaz escapada! Desde hacía lustros, ningún vehículo de esas dimensiones había cruzado «el Paso».

El anciano invitó a su nieta a que me expusiera la razón de la visita, cosa que hizo con tanta emoción en la voz que sus palabras resultaban confusas. Pese a todo, pude entender que su novio, un alférez de la base de Fuerte Quirón, de nombre Erwan, la había llamado la víspera para decirle que no iban a poder verse el fin de

semana, como le había prometido; acababan de acuartelar a todos los militares porque se había interceptado una embarcación sospechosa que rondaba las instalaciones y capturado al hombre que iba a bordo. ¿De quién se trababa? ¡Del batelero! El tal «Aro» me lo anunció con un tono casi triunfal, mirándome atentamente a la cara para ver mi reacción. Me esforcé en no reaccionar.

A última hora de la tarde, Gabrielle se enteró, por unos marineros y pescadores, de que había ocurrido una pelea en la base y de que varios militares habían resultado heridos. Intentó varias veces llamar a su novio sin conseguir respuesta.

—Tienes que hacer algo —me dijo Aro—. El batelero es amigo tuyo, ¿no?

—Lo conozco, claro, igual que lo conocemos todos.

—En mi caso —insistió el joven—, nunca hemos pasado de «buenos días» y «buenas noches». A ti te ha contado cosas.

El tono era acusador. A Antonin no le gustó. Tomó mi mano en la suya con gesto resueltamente protector. Y la boca desdentada se le volvió elocuente de pronto.

—A Alexandre lo conozco desde hace doce años, e incluso conocí a su padre hace sesenta años, ¿a que sí?

Asentí con la cabeza.

—Vienes de Canadá y tus antepasados eran de aquí, del archipiélago, ¿a que sí?

Volví a confirmarlo.

Entonces el viejo marinero, que hasta ese momento tenía la mirada clavada en su fogoso sobrino para imponerle respeto, se volvió hacia mí.

—Pero el otro —me dijo—, el batelero, no sabemos de dónde viene. ¡Si tú lo sabes, dínoslo!

Yo no sabía qué decir. Si Agamenón hubiera estado con nosotros, creo que no habría ocultado su identidad; por lo demás, nunca me pidió que le guardase el secreto. Sin embargo, me habría dado la impresión de estar denunciándolo si les hubiera revelado a mis visitantes, con carácter confidencial, lo que sabía de él.

Antonin insistió:

—¿Crees que el batelero es uno de esos?

¿Podía seguir escurriendo el bulto? Mi silencio y mi perplejidad ya me habían traicionado. Me pareció oportuno responder:

—¡Últimamente, ya nada me sorprende!

Esta frase, aunque muy inconcreta, la entendieron mis tres visitantes como un «sí» claro y rotundo. Vi cómo cruzaban miradas sombrías. Yo no me sentía a gusto, me reprochaba no haber dado con una forma más ambigua de decirlo. Pero tuve buen cuidado de no añadir ni una palabra por temor a meter la pata.

Tras unos segundos de denso silencio, Antonin comentó, muy serio:

—Lo sospechábamos, pero no estábamos seguros.

Gabrielle estaba pálida. Sentía a la vez miedos de niña y temores de mujer enamorada.

—¿Crees que les va a hacer daño a los militares? —balbució.

¿Qué le podía contestar? ¿Acaso no es rara la situación en que nos encontramos? Un solo hombre atraca cerca de una base naval, lo detienen, probablemente lo encañonan, lo esposan, lo encierran en una celda de grueso hormigón para «hacerlo cantar». Y nosotros, aquí reunidos, ¿qué pregunta nos hacemos? No: ¿qué van a hacer con él? Sino: ¿les va a hacer daño? ¿Él, el prisionero, hacerles daño a varias decenas de militares armados que lo rodean? Y lo más gracioso, por decir algo, es que nos hacemos la pregunta sin pestañear, como si cayera por su propio peso. En muy pocos días nos hemos acostumbrado a esa aberración, forma ya parte de las realidades normales y corrientes.

Sobreponiéndome a mi perplejidad, me esforcé por tranquilizar a mi guapa visitante.

—No creo que tu novio esté en peligro. No conozco lo suficiente al batelero para adivinar su reacción al encontrarse cara a cara con quienes lo han interceptado. Pero no es, desde luego, un hombre brutal, sino todo lo contrario. No haría nada que pudiera perjudicar a los vecinos del archipiélago. Estoy convencido de que Erwan no corre ningún riesgo y de que te llamará en cuanto pueda.

Esta vez no quedé descontento de mis palabras. Había rehabilitado un poco a mi amigo y había tranquilizado a Gabrielle al tiempo que decía exactamente lo que pensaba.

Por haber charlado frecuentemente con Agamenón, sobre todo en estos últimos días, me cuesta suponer que él o los suyos pudieran comportarse de forma perversa o sanguinaria; más bien tiendo a creerlos menos brutales que nosotros, más de fiar y más respetuosos con la suerte de los débiles. El auténtico problema, desde mi punto de vista, es que esas personas son tan poderosas que no puedo por menos de temerlas, tengan las intenciones que tengan para con nosotros.

Se me viene a la cabeza una comparación para ilustrar lo que acabo de escribir. Cuando me paseo de noche por los senderos de Antioquía, oigo a veces los chasquidos de las conchas de caracol que machaco con los zapatos. Soy un alma sensible, esos animalitos me parecen enternecedores y nunca aplastaría a uno deliberadamente. Por desgracia, mis buenas disposiciones no bastan para salvar a los que se me cruzan por el camino. Mis inocentes paseos nocturnos son para los caracoles expediciones asesinas, mis inofensivos zapatos se convierten en herramientas letales. Eso es lo que ocurre cuando un ser frágil se pone en el camino de un ser demasiado poderoso para él.

Esta reflexión desencantada tuve buen cuidado de no comunicársela a la dulce Gabrielle y a sus acompañantes. Me limité a decirles que, por lo que yo sabía, los amigos del batelero no han cometido aún ningún crimen ni perpetrado ninguna matanza. Sin embargo, si hubieran querido hacerlo, habríamos sido completamente incapaces de impedírselo.

La joven pareció tranquilizada, con lo que me gané, por parte de Antonin, un guiño de agradecimiento. ¡Qué hombre tan cabal! ¡En su forma de acechar el menor desasosiego de su nieta había tanto cariño! Y me acordé, al mirarlos a ambos, de cosas que me habían contado en Puerto Atlántico. Quizá no sea el momento de mencionarlas, pero la historia me emocionó y voy a permitirme hacer una breve digresión.

*

Antonin no se llevaba bien con su mujer y habían decidido separarse: el asunto se remonta a hace unos cincuenta años.

Tenían a la sazón dos hijos de corta edad, dos chicos. Por no meterse en interminables discusiones, al hombre le pareció sensato dejarle a su mujer la casa y todo cuanto poseía. Según cuenta la leyenda local, solo se llevó lo puesto. Su vida transcurrió luego de barco en barco, de pesca en pesca, evitaba en la medida de lo posible pasar por el archipiélago y no pisaba nunca la casa que había sido suya. Su mujer se volvió a casar y para los niños el nuevo marido era su padre.

¿Se comportó Antonin de forma pusilánime, irresponsable, inconsecuente? ¿Fue, antes bien, demasiado magnánimo? ¿Sacrificó a su mujer y a sus hijos para seguir siendo libre o se sacrificó a sí mismo para no amargarles la vida? El caso es que no volvió a vivir en Puerto Atlántico hasta que tuvo sesenta años cumplidos. Para sus propios hijos, se había convertido en un forastero. E incluso en menos que un forastero, puesto que en el archipiélago, cuando la gente se cruza con un forastero, lo saluda con la cabeza; sus hijos ni siquiera miraban ya en su dirección.

Se había construido con sus propias manos una modesta cabaña a la orilla del mar y dividía el tiempo entre la pesca (¡para variar!) y La Cabo-hornera. En la taberna tenía amigos, brindaba con ellos, jugaba a las cartas y siempre fue un comensal muy bien acompañado. Pero miraba con frecuencia por la ventana y, si veía pasar a uno de sus hijos o a uno de sus seis o siete nietos, se ponía taciturno y ya era inútil volver a dirigirle la palabra antes del día siguiente.

Hasta ese famoso día, hace dos años, en que apareció Gabrielle. Antonin estaba de pie, en la plaza, charlando con unos cuantos compadres a la puerta del bar antes de ir a apostarse en «su sitio» cuando se presentó su nieta, que a saber de dónde venía, y se fue derecha hacia él. Andaba con paso decidido, la mirada alta, los dientes apretados, como para montar un escándalo. Ni Antonin ni ninguno de los testigos de la escena entendían lo que estaba pasando. En la calle ya no se movía nadie, nadie hablaba sino por gestos, la gente contenía las exclamaciones.

Gabrielle abrió ambos brazos y luego los volvió a cerrar en torno al anciano. Se quedó pegada a él mucho rato, dejando que la melena cayese por su hombro. El anciano marinero no esbozó

ademán alguno, ni siquiera para abrazarla también él. Tenía el cuerpo como paralizado y las lágrimas le cegaban los ojos. No sabía ya si estaba en tierra firme o en un barco que cabecease frente a las Azores.

Su hijo, el padre de Gabrielle, que andaba por allí, se dirigió en el acto hacia su hija, decidido a separar los dos cuerpos abrazados: extraña escena de amor, de insumisión, de traición o de fidelidad. Hasta que no estuvo muy cerca y lo recibió el grupo de gente con recriminaciones y abucheos, no frenó el hombre su impulso. Al sentirse de repente ridículo, acabó por alejarse refunfuñando. Diez días después, su hermano y él, con la ropa de los domingos, fueron a ver a su padre a la cabaña. Gabrielle los había obligado a todos a reconciliarse.

Desde entonces, es fácil imaginar que ocupa un lugar aparte, no solo en el corazón de Antonin, que la idolatra, sino en el de todas las personas del archipiélago, que la tienen en mucha mayor consideración que a los jóvenes de su edad.

Era ella, desde luego, como ya he dicho, la que había tomado la iniciativa de aquella «expedición» a mi casa, en Antioquía. También fue ella quien dio la señal de partida poniéndose de pie.

Pido al Cielo que vuelva a encontrar a su amado sano y salvo y que el batelero no haya hecho nada que contradiga la elevada opinión que sigo teniendo de él.

Viernes, 19 de noviembre

Esta mañana, para burlar la angustia que me iba invadiendo, he decidido no encender ninguna radio, no tocar ni el teléfono ni el ordenador y sentarme enseguida a la mesa de trabajo para dibujar, como si el resto del mundo fuera un planeta inaccesible: no conozco mejor terapia.

De hecho, según iba trazando líneas sinuosas con tinta china, recuperaba la serenidad. Conseguí así que todos mis temores refluyeran hasta un ángulo muerto. Y meterme en la burbuja de mi viñeta, por así decirlo, sin más acompañante que mi personaje fetiche, «Groom, el trotamundos inmóvil». Le he creado incluso tres episodios nuevos.

Llevaba horas en la mesa cuando el batelero se presentó en mi casa. Fuera, el cielo estaba gris oscuro y aún no había dejado de llover. Entró sin hacer ruido, no me di cuenta de su presencia hasta que vi su cara reflejada en un cristal que la oscuridad prematura había convertido en espejo. Allí estaba, de pie, quieto y mudo. Tardé bastantes segundos en volverme hacia él. Unos segundos que expresaban mi reprobación y mi perplejidad.

Hasta ahora, siempre lo había recibido calurosamente. Se le coge cariño. Educado, reflexivo, discreto, culto, sutil, agradable en el trato, podría poner, uno detrás de otro, mil adjetivos halagüeños. La simpatía que me inspiraba no se había desvanecido en absoluto desde la irrupción de sus «compatriotas» en este mundo que creíamos nuestro. Por el mero hecho de su presencia en el archipiélago, Agamenón representaba para mí una puerta de acceso a un universo desconocido donde era mi único guía. Y aunque hasta ahora esa «puerta» apenas si se había entornado, me parecía prometedora y valoraba el hecho de tenerla tan cerca. Pero, desde la víspera, no podía ya mantener con él el mismo comportamiento.

Me daba la impresión de estar metiendo en casa a un agente enemigo.

No hice esfuerzo alguno por disimular mi apuro, sino todo lo contrario. Quería que lo notase, y esta sinceridad era todavía una muestra de amistad y un resto de confianza. Dicho lo cual, no me mostré agresivo ni grosero. Nunca he podido echar a un hombre de mi casa, y hoy tampoco fui capaz de rechazar la mano que me tendía el batelero; me limité a estrecharla menos vigorosamente de lo que solía, y lo recibí con una sonrisa escueta.

—Es un poco tarde para hacer visitas —se disculpó.

Me quedé callado.

—Por lo visto, estabas trabajando. Te he interrumpido...

Por toda respuesta, me levanté de la silla giratoria para ir a sentarme en un sillón del cuarto de estar. Fue a sentarse enfrente de mí. Yo seguía sin decir palabra. Miraba ora al suelo, ora al techo. Transcurrieron unos segundos muy violentos. Él se enderezó en el asiento como si se dispusiera a irse ya.

—Se diría que ya no soy bien recibido en tu casa.

Acabé por decirle, con un suspiro de cansancio:

—Nunca le doy la espalda a un amigo. Pero la persona cuyos hechos de armas me contaron ayer no se parece mucho al amigo a quien conocía.

—¿Condenas a un amigo antes de haber escuchado su defensa?

—¡Adelante! ¡Explícamelo! Te escucho.

Y crucé los brazos.

Cogió un purito de la mesa baja, pidiéndome permiso con una mirada humilde. Yo me prometí no ceder y repetí:

—Te escucho.

Expulsó el humo hacia la derecha y, luego, hacia la izquierda, como si fuera una especie de ritual. Luego empezó a darme su versión de lo que había ocurrido en Fuerte Quirón.

—El miércoles por la mañana se presentaron en mi casa tres militares. Me dijeron que el comandante de la base quería hablar conmigo y que no conseguía hacerlo por teléfono. ¿Podía acompañarlos para ir a verlo? Contesté que sí, claro. Conozco muy bien al contralmirante Berthelot, hemos coincidido varias veces y no sería la primera que fuera a visitarlo. Así que me fui con ellos sin

desconfianza. Habían venido en una lancha motora; los seguí con la mía. Incluso uno de ellos fue conmigo. Según los rumores que han corrido posteriormente, capturaron mi lancha cuando andaba rondando de forma sospechosa por las inmediaciones de la zona militar. Eso es lo que te han contado, ¿verdad?

—Sí, eso es —admití. Pero, volviendo en el acto a un tono neutral, pregunté—: ¿Qué quería el comandante?

—No lo vi. Cuando atracamos, esos hombres me pidieron que los acompañase. Me llevaron a una habitación con las paredes vacías, me hicieron sentar en una silla metálica y luego se fueron, cerrando la puerta por fuera con un pestillo. Volvieron pocos minutos después. Exigí hablar con Berthelot. Aseguraron que había tenido que ausentarse y que les había ordenado que me retuvieran allí en lo que volvía. Les dije que me extrañaba mucho, dado que su superior me había tratado siempre como a un amigo. Añadí que prefería marcharme a mi casa y volver luego a verlo. Había entre ellos un suboficial mayor que los demás y que parecía tener ascendiente sobre ellos. Me dijo, con una absoluta mala fe: «Ha entrado usted de manera ilegal en el perímetro de una base militar. No se marchará antes de haber confesado a qué ha venido». Le contesté pacientemente que no había hecho nada ilegal y que había ido a petición de sus compañeros. No le estaba diciendo algo que no supiera, por supuesto, pero tenía que hacerlo. Estaba claro que esos muchachos querían saber cosas sobre lo que estaba sucediendo en el resto del mundo, pero en vez de hacer las preguntas como tú, de forma civilizada, habían escogido hacerlo de malas formas.

Sonrió por aquel paralelismo y yo también sonreí. Como no tenía razón alguna para dudar de la veracidad de lo que me había contado hasta el momento, estaba en mejor disposición hacia él. Pero aún no había llegado al punto que más me preocupaba. Así que me quedé callado para dejar que prosiguiera su relato.

—Me sometieron a un interrogatorio en toda regla: quién era, de dónde venía, cómo había conseguido el puesto de batelero y al servicio de quién estaba en realidad. Si quería salir de allí «andando por mi propio pie», haría bien en «confesarlo todo». Querían hacerme decir que estaba al servicio de alguna potencia rival.

Parecían creer que todo cuanto ha sucedido desde la semana pasada no es sino una maquinación de los estadounidenses, o de los rusos, o de los chinos, o Dios sabe de quién. No intenté abrirles los ojos; la verdad tiene uno que merecérsela, ¿no? Así que les dije que no sabía más que ellos, que estaban perdiendo el tiempo y haciéndome perder el mío y que más valía que me dejasen marcharme tranquilamente a casa.

»No les gustó. Me obligaron a levantarme y me esposaron con las manos a la espalda. Noté que iban a ponerse violentos, y yo no tenía intención alguna de permitir que me maltratasen. Así que les dije: "No soy Jesús de Nazaret". El cabecilla me preguntó: "¿Y eso qué quiere decir?". Le contesté en el mismo tono: "Quiere decir que si me pega en la mejilla derecha, no se crea que voy a poner la izquierda".

»Se miraron todos y soltaron una risa nerviosa colectiva. Luego el individuo de antes se me acercó y me soltó con todas sus fuerzas una sonora bofetada. En el acto todas las luces de Fuerte Quirón se apagaron y se cortaron las comunicaciones. Mis amigos, que no estaban perdiéndose ni una palabra de la conversación, se habían preparado para actuar en cuanto yo les hiciera el mínimo gesto o en cuanto saltara la mínima alerta. Cuando vieron que me estaban maltratando, intervinieron para liberarme.

—¿Cómo?

Agamenón respondió nada más:

—Como saben hacerlo ellos.

Sonrió enigmáticamente para indicarme que no iba a decir nada más sobre el particular. Pero en esta ocasión, yo estaba decidido a no conformarme con lo que tuviera a bien contar. Todavía no se me había ido de la cabeza la visita que me hicieron ayer Gabrielle, su abuelo y su primo. Tenía, pues, empeño en saber, con todos sus pormenores, lo que había ocurrido en la base de Fuerte Quirón. Así que repetí, con marcada frialdad, las propias palabras de Agamenón:

—Como saben hacerlo ellos...

No dije nada más. Pero bastaba para que mi visitante entendiera que tenía que darles mejor trato a mis legítimas susceptibilidades.

—Si te empeñas en saberlo, te lo diré.

Quizá esperaba que me conformara con una victoria simbólica. Hoy, no.

—Sí, me empeño en saberlo.

Ni rastro de ambigüedad. Y encendí en el acto un purito para darle a entender que le cedía la palabra durante un buen rato.

—Mensaje recibido —carraspeó—. Empecemos por lo que sucedió ayer con los militares. Seguramente quieres saber si los míos han recurrido a instrumentos o a productos que expliquen la presencia de ese elevado nivel de radiactividad con el que las autoridades locales llevan dos días dando la murga. La respuesta es: ¡no, rotundamente no!

Eso ya lo sabía yo por Moro, pero no le dije que lo sabía. Solo asentí con la cabeza para animar a Agamenón a que siguiera.

—La técnica que utilizan mis amigos consiste en emitir un haz de ondas; se podría comparar con un proyector potente de gran alcance, pero cuya luz fuera invisible. Dirigido hacia el blanco, paraliza en el acto el sistema nervioso sin causar daños permanentes. ¿Queda claro?

Sí que quedaba claro, aunque la tecnología que lo hace posible fuera evidentemente desconocida para mí.

—¿Sabes por qué te retuvieron? ¿Y si otros, además de ti, han pasado por el mismo mal trago?

—Lo que me pasó era, al parecer, un incidente aislado, obra de unos cuantos insensatos. Dicho lo cual, ha habido en todo el mundo rumores, divulgados de forma sospechosa, según los cuales se han detectado niveles enormes de radiactividad. Es falso, aquí y en los demás lugares, es completamente falso, y todo lleva a pensar que se trata de una campaña de propaganda que pretende desprestigiarnos.

Eso también lo sabía por Moro, pero fingí asombro para animarlo a decirme más cosas. De hecho, el batelero me habló, igual que mi amigo de Washington, de una convergencia y quizá incluso de un concierto entre todos cuantos querían que fracasara el ya mencionado «saneamiento».

¿Sería posible que fuera cierto? ¿Sería posible que, por una vez, todas las naciones del planeta hubieran olvidado su rivalidad, sus rencillas y su desconfianza seculares para unirse contra esos

«soberanos» que intentan someterlas y desarmarlas? Si es así, el drama que se está desarrollando nos habrá traído, dentro de la desgracia, un consuelo. Pero de todo eso por supuesto que no le dije nada a Agamenón, y me conformé con replicarle, con una pizca, lo reconozco, de mala fe:

—¿Crees de verdad que militares y civiles de todos los países del mundo hayan podido implicarse todos juntos en la misma conspiración?

—Comprendo que mi hipótesis te parezca traída por los pelos. Pero ¡piensa un momento conmigo! ¡Tantos dirigentes que sienten como una amenaza nuestra intervención! Les gustaría demostrar que somos menos competentes y menos eficaces de lo que parecemos, que metemos la pata y causamos daños. Sueñan con vernos fracasar y ver cómo nos largamos lo más deprisa posible.

Me quedé enclaustrado en el silencio. Resistí incluso la tentación de hacerle notar que los suyos habían recurrido a engaños similares al mencionar falazmente el riesgo de un cataclismo nuclear para justificar su intervención.

El batelero y yo nos separamos con un apretón de manos más caluroso que a la llegada. Cosa que me agradó mucho. Nunca me siento a gusto en la adversidad, incluso cuando estoy convencido de que estoy en mi derecho. Lo que, según me parece, era el caso hoy. Él y los suyos nos acusan y nosotros los acusamos. Nos cuentan bulos y nosotros les contamos bulos. Pero el paralelismo es engañoso, puesto que los únicos que padecemos somos nosotros. Ellos volverán a marcharse un día, dentro de poco, igual que vinieron, al menos eso prometen. Quizá este breve acercamiento a los nuestros les deje una ponzoña en el alma; en cualquier caso, su cuerpo debería quedar indemne.

¡Qué poco se nos parecen nuestros inesperados hermanos! Se nos parecen como nos parecemos nosotros a los hombres del Paleolítico. ¿Qué habría sido de esos pobres antepasados si hubiéramos irrumpido en la cueva de Lascaux con nuestras excavadoras, nuestros gases lacrimógenos y nuestros proyectores mientras ellos dibujaban animales de tonos sanguinos en las paredes? Nos habrían arrojado unas cuantas piedras e

imprecaciones antes de morir asfixiados. Y nosotros habríamos decretado que tenían bien merecida su suerte porque su cueva era insalubre y se portaban de forma cruel tanto con los animales cuanto con sus semejantes. *Mutatis mutandis,* lo que nos está pasando hoy a nosotros...

¡Malditos sean nuestros salvadores!

Sábado, 20 de noviembre

Hoy al mediodía me sabía la boca a ceniza. Esta noche me sabe a mazapán y a flor de azahar. No es que mis temores se hayan volado, ni en lo referente a los vecinos de este archipiélago ni por lo que respecta al resto de la humanidad: pero estoy de un humor despreocupado. De todas formas, el porvenir es portador de muerte, el pasado también, solo el instante presente es portador de vida, igual que una uva lo es del sol y de la embriaguez.

¿Pues no estoy empezando a escribir como mi vecina novelista? Me estoy yendo por las ramas... Debería ceñirme estrictamente a los hechos. ¡Bastante dramáticos son ya para dispensarme de dramatizar! ¡Bastante espectaculares son ya para dispensarme de alardes estilísticos, de metáforas frutales y también de florituras!

A eso del mediodía, pues, me estaba encaminando hacia Puerto Atlántico, pese a los toques de alerta del ayuntamiento, para hacer unas compras. No me quedaba más remedio que almacenar unas cuantas provisiones, tanto de productos frescos como en conserva, por si la situación se seguía agravando los días y las semanas siguientes.

Había alcanzado la mitad del «Paso» cuando me llegó una serie de voces destempladas. En este enclave, suspendido entre el mar y la tierra, en el que el más humilde ciclista accede a la categoría de funámbulo, todos los ruidos parecen fuera de lugar menos las risas de las gaviotas y la sirena de niebla. Al acercarme a la otra orilla, divisé brazos en alto, cabezas, palos y pancartas. No puse gran empeño en enterarme de las palabras pintadas en rojo para no desviarme del camino. Me daba la impresión de que, si resbalaba en los adoquines y me caía al mar, nadie vendría a socorrerme.

¿Cuántos eran en esa manifestación? Unos sesenta como mucho. Pero en este mes de noviembre, en el archipiélago, y

gracias al efecto de las voces clamorosas, parecían una muchedumbre.

Su diana era la casa del batelero. Mentiría si dijera que me cogió por sorpresa. Se veía venir desde que los militares de Fuerte Quirón habían detenido a Agamenón y él se había liberado de la forma que ya sabemos. Aunque no tenga nada que ver en ese incidente tan raro, no puedo por menos de notar una punzada de culpabilidad por ese hombre que sigue siendo amigo mío. ¡Nunca debería haberles confirmado a mis visitantes de anteayer, ni siquiera de forma indirecta, su verdadera identidad!

Sin acercarme demasiado, me puse a observar a esa gente que se afanaba en destrozar puertas y cristales, que saqueaba el huerto, que tiraba los muebles por las ventanas para ganarse un aplauso, que rompía las bombillas y arrancaba los cables eléctricos. A decir verdad, más que reprobarlos, los compadecía. Estamos pasando todos, desde hace diez días, por una prueba tanto más extenuante cuanto que, en lo esencial, sigue sin haber quien la entienda. Y, de pronto, ¡un culpable! ¡No un incierto sospechoso, sino un culpable de verdad, un culpable probado, uno de «esos», el único visto hasta ahora, el único quizá a al que se verá jamás!

Me hallaba en ese punto de mis consideraciones indulgentes cuando se me pasó por la cabeza una duda. Me acerqué a una buena señora, una mirona que pasaba por allí, como yo, para comprobar algo, nunca se sabe.

—¿El batelero estaba en casa?

—¡No! ¡Si hubiera estado, le habrían dado una buena!

Era cuanto quería saber. Que mi amistad con Agamenón esté pasando por un momento de frialdad no quiere decir que me desentienda de lo que le pase. Sabiendo que estaba a salvo, podía irme tranquilo. Pero, dadas las circunstancias, ya no me apetecía ir al mercado, tenía prisa por marcharme por donde había venido, prisa por alejarme de ese gentío y de todos los gentíos, prisa por volver a la serenidad de mi diminuto islote, del otro lado del «Paso».

No sabía, sin embargo, si desaparecer cuanto antes. Unas cuantas personas llevaban un rato mirándome con insistencia y no quería darles la impresión de que salía huyendo. Para parecer despreocupado, empecé a charlar de todo un poco con la persona

que tenía más cerca, alternando las sonrisas de complicidad con las muecas de sabio viejo. Mientras tanto, el tono de las vociferaciones había ido subiendo. Los manifestantes más diligentes acababan de prender fuego a la pobre casa. Ardió en pocos segundos, como si la hubieran rociado con gasolina. Se iba extendiendo un humo negro. Yo seguía sin moverme. ¿Fascinación del fuego? ¿Miedo a que me persiguieran unos cuantos sañudos que me hubiesen visto algún día conversando con «el enemigo»?

Cada bocanada de aquel aire mezclado con cenizas me hacía sentir vergüenza. Vergüenza de ese espectáculo degradante. Vergüenza de estar allí parado, como un comparsa medroso, sin un solo ademán de auténtica sensatez ni de reprobación. Vergüenza también de mis semejantes. No cabe duda de que calibraba su angustia, de que comprendía la necesidad de expresar su desconcierto; pero ese ensañamiento mezquino con una casa vacía me daba asco.

Acabé por decidirme a subir de nuevo a la bicicleta para meterme por «el Paso». Nadie se molestó en perseguirme.

*

Según mi emisora habitual, *Atlantic Wave,* los rumores alarmistas que habían circulado estos últimos días se habían confirmado ya: era cierto, al parecer, que habían estallado graves incidentes en varios países y en diversos organismos en proceso de «saneamiento» causando daños y víctimas. La emisora estima que los actuales acontecimientos son el resultado de un comportamiento deliberado de nuestros «tutores» que posiblemente estén intentando conseguir así un pretexto para prolongar y ampliar dicho «saneamiento». No se trata desde luego de una noticia propiamente dicha; más bien de una opinión. Pero en la medida en que los oyentes se la creen y actúan en consecuencia, no puede descartarse encogiéndose de hombros. La desconsoladora escena que he presenciado a pocas brazas de mi casa no es sino una de las incontables manifestaciones de rabia que, por lo visto, se están produciendo desde ayer.

En lo referido a la zona marítima próxima al archipiélago, la emisora afirma en cambio que los niveles de radiactividad han «vuelto a la normalidad», lo que es una forma de rectificar el tiro sin reconocer que se han equivocado. Pero añade que se han observado muchos casos de «parálisis atípica» entre los militares de Fuerte Quirón. Esas dos informaciones van en la dirección que me han indicado Moro y Agamenón a un tiempo. Puedo, pues, considerarlas exactas.

Sin embargo, sigo desconfiado e inquieto. El batelero me había dicho que el «haz de ondas» al que habían recurrido sus amigos para dejar provisionalmente a sus adversarios sin capacidad para hacer daño no tenía secuelas «irreversibles». Lo cual me había tranquilizado, pero ahora me pregunto si esa parálisis, por muy «reversible» que sea, no resultará duradera. La próxima vez que lo vea, le pediré que sea más concreto. Eso si sigue por la zona pese a la destrucción de su casa...

*

Este desarrollo de los acontecimientos es cuando menos inquietante, ¿no es cierto? ¿De dónde me viene entonces esta despreocupación que mencionaba antes? Seguramente del champán, del que me he tomado varias copas esta noche y que me burbujea en las frases, así como de las risas de la persona con quien me lo he tomado.

Nunca había estado Ève tan jovial. Mi asombrosa vecina vive a contracorriente; exuberante cuando nuestro mundo se desploma y parece próximo a la aniquilación, volvería, estoy seguro, a ponerse taciturna y enfurruñada si se reanudase la grata vida de antes. Debe de ser la única que aún no maldice a nuestros supuestos salvadores. ¿Y los accidentes de los que se los acusa? ¿Y los desdichados militares a los que han paralizado? Se encoge de hombros.

Es verdad que acertó en lo de la supuesta «nube radiactiva». Yo me asusté por un momento, me atrincheré en casa y me tomé concienzudamente los comprimidos de yodo hasta que Moro y luego Agamenón me abrieron los ojos; la vecina, en cambio, trató con desdén la supuesta «contaminación». Apenas si recuerda que un

ciclista «disfrazado de gendarme» pasó por su casa hace unos días y llamó a la puerta. Ni siquiera se molestó en abrirle. Me jura, riéndose, que se limitó a gritarle por una ventana del primer piso: «¡No puedo bajar, estoy escribiendo!».

La creo de buen grado, pues esa es para ella la única noticia que tiene cierta importancia en estos últimos días.

—El jueves me levanté temprano y me puse a escribir. Ayer seguí y esta mañana también. Ya llevo escritas cincuenta páginas. Hacía doce años que no escribía tres páginas seguidas. Ha hecho falta este impacto, este encuentro. He recuperado mi camino, he recuperado mis puntos de referencia, he recuperado mis sentidos...

—Supongo que tu novela habla de los amigos de Empédocles...

—Gracias a ellos he empezado a vivir de nuevo. Estaba emparedada y ahora soy libre. ¡Tengo ganas de saltar! ¡Tengo ganas de gritar! ¡Tengo ganas de que alguien me sirva champán y la espuma rebose de la copa! ¡Tengo ganas de que alguien me bese!

Solo se dirigía a «alguien», personaje notoriamente indeterminado. Pero yo no podía pasar por alto el hecho de que ese «alguien», en la presente circunstancia, solo podía ser yo.

¿Qué deseo de Ève debía satisfacer en primer lugar? ¿El beso? ¿El champán? Me levanté de un brinco para camuflar esos cinco segundos de indecisión. Me fui a la cocina a buscar una botella fría, cuyo corcho fue a anidar entre las cenizas de la chimenea. Saqué de una alacena dos copas de cristal tallado. Las llené ambas en tres hábiles vuelcos. Mi vecina estaba sentada en su sillón, con las piernas recogidas, como solía. Me incliné por encima de su hombro y posé mis labios en los suyos lo que se tarda en respirar una vez antes de volver a mi sitio al otro lado de la habitación.

Esperó a que me hundiera en mi asiento para decir con los ojos cerrados:

—¡No! ¡Se puede mejorar!

Me levanté, dejé la copa encima de la mesa, cerca de la suya, me senté en el ancho brazo de su sillón tapizado de pana y le susurré al oído: «¡Vecina!», como si fuera una palabra tierna.

Había demasiadas luces en la casa, la recorrí para apagarlas todas y no dejé más claridad que la de la chimenea, sin llamas pero con rescoldo que creaba reflejos en la piel de Ève. No teníamos

prisa por arrimarnos, cuerpo con cuerpo, queríamos primero susurrar despacio, cálidamente, bajito, muy cerca de los ojos, entrelazando los dedos. Me bebía a sorbitos su voz, su aliento, sus risas más sosegadas ya y sus brazos entregados. Le atusaba la ropa, apretándola con la palma bien abierta como si fuera una melena rebelde. Le latía el corazón en el hueco de mi mano.

De vez en cuando me volvían a pasar por la cabeza las mismas reticencias, las mismas preguntas acerca de lo razonable y lo descabellado, lo efímero, lo duradero y el después. Pero estaba más allá, el cuerpo no me pedía ya que atendiera, me ardía la cabeza y no me apetecía lo más mínimo cambiar el instante presente por ideas sensatas.

Cuando el sillón dejó de resultar cómodo, me puse de pie y cogí de la mesa la botella y las copas. Ève se limitó a andar detrás de mí, descalza, aferrándose con las manos a mi cintura. Aparentemente, era yo quien tiraba de ella, pero era ella quien conducía el atelaje. Primero hacia las escaleras, luego hacia su cuarto, donde me dejó poner en un aparador toda la cristalería que transportaba antes de tirarme encima de la cama.

Había en ese empujón la impaciencia del deseo, pero también la fiebre del triunfo. Me había resistido la otra noche, había hecho como si no entendiera sus alusiones; esta noche no eran alusiones, era una solicitud imperativa, y el varón cedió galantemente. Quizá lo lamente mañana, hoy no lo lamento. Le robé unas cuantas horas a la nada, me aferré al cuerpo desnudo de mi cómplice como se aferra uno a la vida y perdí el resuello valientemente.

Luego se quedó dormida con la cabeza en mi hombro. Yo no hallaba el sueño ni tampoco lo buscaba. El champán y el amor siempre me han hecho el mismo efecto que la cafeína. Despierto, pues, con la cabeza rebosante de ideas, con muchas ganas de dibujar y de escribir, pero me guardé muy mucho de moverme. De ninguna manera quería despertar a la vecina: qué dulce puede ser esa palabra, y qué íntima cuando se susurra tan de cerca; y en inglés cobra un sentido evangélico, bíblico. *Love thy neighbour!* Ama a tu prójimo, a tu vecino, a tu vecina...

Decía, pues, que me daba no sé qué despertar a la vecina. Tanto más cuanto que me había dicho que había cambiado de ritmo de vida desde que había vuelto a escribir. El día era otra vez el día para ella, y la noche, la noche. Lo que menos quería yo era que ese momento de dicha que habíamos tenido juntos comprometiese esa otra dicha, primordial para ella: la escritura recuperada. Aunque tuviera que quedarme así hasta el amanecer mascando palabras y dando vueltas a retazos de ideas, no pensaba moverme.

Fue ella quien se movió primero. Pero solo al cabo de una hora. Se dio media vuelta, dormida, para hallar la comodidad de la almohada. Me escurrí en el acto fuera de la cama, muy despacio, sin ruido.

No voy a negar que la idea de volverme a vestir e irme a dormir a mi casa, en mis propias sábanas, se me pasó brevemente por la cabeza. Pero me habría dado la impresión de traicionar a Ève, de robarle parte del placer que le debía... Tuviera o no un mañana, una noche de amor no concluye de noche, como un vulgar robo. Ni siquiera me vestí. En el momento en que escribo estas líneas, todavía estoy envuelto en uno de sus albornoces, que ha resultado ser lo bastante ancho. He cogido del aparador, de una resma de papel, unas cuantas hojas en blanco, las he doblado en cuatro para poder meterlas más adelante en mi libreta y he ido a sentarme junto a la chimenea.

Como me he impuesto no dejar nunca para el día siguiente la crónica de la jornada por temor a que los acontecimientos se solapen y se pierda el espíritu de este diario, me he pasado dos horas narrando las peripecias de este largo sábado de noviembre que empezó delante de la casa del batelero, en pleno motín, entre alaridos y humo, y concluye aquí, en esta otra casa del archipiélago, con el alma serena, el cuerpo relajado y en la boca, sí, este sabor a mazapán...

Ya están escritas mis páginas. Cuando vea fuera la primera luz del día, haré café, lo subiré al primer piso, correré las cortinas, abriré los postigos y luego iré a sentarme al filo de la cama para despertar a Ève con un beso.

TERCERA LIBRETA
A MARRES

«Me sigue un gran gentío preguntándome qué camino les aconsejo que tomen. Algunos querrían oír oráculos mientras que otros, que padecen enfermedades diversas, esperan de mis labios una palabra que los cure.»

EMPÉDOCLES , *Las purificaciones*

Domingo, 21 de noviembre

Como no pude acostarme antes de las siete de la mañana, me he levantado a primera hora de la tarde. Así, ahora en que mi amada recobra el ritmo del sol, soy yo quien se asienta en el desfase. Como si fuera necesario que, en este diminuto planeta bautizado Antioquía, hubiera siempre un morador en pie.

Lo malo de esta inversión de los horarios es que cuando me despierto, está empezando a anochecer. No poder ya sumergirme en cuerpo y alma en la blanca luz matutina me causa un terror melancólico. Mañana mismo me esforzaré por recuperar mis puntos de referencia y mi respiración.

¿Es esta oscuridad lo que me pesa hoy en el pecho y me altera tanto el humor, siendo así que ayer por la noche bogaba rumbo al júbilo? Quizá. Pero también es cierto que el nuevo estado del mundo no permite presagiar un porvenir radiante. Aunque me deleite con lo que me brinda el momento presente, no puedo, sin embargo, tapar lo esencial, a saber, que nos hemos convertido mis congéneres y yo en una humanidad obsoleta, abocada a la extinción cultural y ética o, al menos, a una marginalidad extrema. Quizá nuestros amos nos concedan algo a cambio, pero ¿qué demonios podría compensarle a un hombre la pérdida de su dignidad?

Al despertarme eran, pues, la dos de la tarde pasadas. Agamenón estaba en mi casa, esperándome. Sentado en el cuarto de estar, con los pies encima de la mesita baja y la radio en las rodillas. Al verme, se puso de pie, se quitó la gorra con cortés precipitación e inclinó la nuca.

—Vengo a buscar asilo —me dijo.

Para pronunciar esa frase había tenido que movilizar, supongo, todas sus dotes de actor. Seguramente las tiene, puesto que lleva

dos años interpretando ese modesto papel de «batelero» y podría haber seguido interpretándolo sin que nadie lo desenmascarase si no hubieran ocurrido en el mundo tantas turbulencias. Lo que es yo, sin embargo, no consigo ya creer que sea sincero. He visto, por supuesto, su casa destrozada e incendiada y al gentío dispuesto a lincharlo, lo que, en teoría, presta credibilidad y legitimidad a su búsqueda de un refugio. Al mismo tiempo, este personaje capaz de enfrentarse a toda una brigada y cuyos congéneres tienen a los míos a su merced ¿por qué iba a necesitar mi protección? Y si un gentío vengativo lo persiguiera, ¿cómo podría yo hurtarlo a su furia? ¿No me lincharían también a mí al mismo tiempo que a él? Le hice esas preguntas sin rodeos.

No intentó andarse con evasivas.

—¡Perdóname, Alec! Estaba de broma cuando dije lo del asilo. Solo quería disculparme por haber entrado sin llamar y haberme portado como si estuviera en mi casa. Por lo visto, me he convertido en alguien que huele a chamusquina y con quien no se puede ya tratar impunemente. Ne me quedaré mucho rato...

—Puedes quedarte en mi casa el tiempo que quieras, los vecinos del archipiélago no van a venir a saquearla solo porque hayas venido a verme. No son unos salvajes, pero tienen miedo. Ponte en su lugar. ¿Cómo no iban a tener miedo al ver esas parálisis tan raras de los militares de Fuerte Quirón?

—Precisamente pensaba hablarte de eso.

—¿No me habías dicho que las armas que usan los tuyos no tenían efectos irreversibles?

—Sí, te lo dije y lo mantengo. Hay perturbaciones en los flujos nerviosos que causan un entumecimiento de los miembros, pero no afectan a los órganos vitales y, pasado un tiempo, las cosas vuelven a la normalidad.

—¿Cuánto tiempo? ¿Dos horas? ¿Cuarenta y ocho horas? ¿Seis semanas? ¿Diez años?

—Depende de la persona y también de la dosis. En el caso de los militares de Fuerte Quirón, me parece que habría que contar en semanas...

—¿Y no hay algún medio para acelerar el restablecimiento?

—Sí, hay un medio, y por eso he venido a verte.

Se calló. No parecía muy seguro de lo que debía decirme. Como no quería facilitarle la tarea, me armé de paciencia sin pronunciar palabra. Siguió diciendo:

—Los míos están pensando en tener un gesto.

—¿Para reparar los daños?

—Sí, en cierto modo.

—¿Y qué harían?

—Te lo diré dentro de veinticuatro horas.

—¡No estoy ya de humor para jugar a las adivinanzas, Agam! Lo que puedas decirme dentro de veinticuatro horas nada te impide decírmelo ahora.

—He hablado de veinticuatro horas porque hay una decisión que está a punto de tomarse: o nos retiramos o nos quedamos aún cierto tiempo entre vosotros.

—¿Y de qué depende?

—Hay un debate abierto entre los míos. Hay quien dice que hemos hecho bien en intervenir, pero que ha llegado el momento de esfumarse; otros, aunque lamentan que nos hayamos implicado, opinan que, fuere cual fuere nuestra decisión a largo plazo, tenemos el deber de reparar enseguida los daños que haya causado nuestra intervención...

—¿Y tú?

—Yo formo parte de los que nunca quisieron esta intervención. Si mi opinión hubiera prevalecido, me habría quedado tranquilamente en mi puesto, sin llamar la atención, y me habría integrado para siempre en el universo apacible de los marineros. Creo que nos hemos equivocado al meternos en los asuntos del mundo y que sería un acierto retirarnos inmediatamente.

—¿Y tú también te irías?

Tenía que preguntárselo aunque supiera de antemano la respuesta.

—Después de todo lo que ha ocurrido, por desgracia no me va a quedar más remedio que irme del archipiélago. Ya lo estoy lamentando amargamente. Pero es inevitable...

Le otorgué unos cuantos segundos de compasión antes de hacerle otra pregunta:

—¿Y qué van a hacer los tuyos para «reparar los daños», como dices tú?

—Todavía no lo sé; estoy esperando un mensaje durante el día de hoy. Debes saber, en cualquier caso, que algo podría ocurrir pronto y que deberíais estar sobre aviso Ève y tú.

¿Estar «sobre aviso»? ¿Cómo se está «sobre aviso»? No tengo ni la más remota idea.

Agamenón había puesto ya un pie fuera cuando le pregunté, esforzándome por no parecer exageradamente ansioso:

—Lo que me estás intentando decir es que mi vecina y yo corremos un peligro. ¿Es eso?

—A lo mejor. Pero no te preocupes demasiado. Tú y ella estaréis protegidos.

*

Volvió a llamar a mi puerta al cabo de dos horas, disculpándose por acosarme así.

—Vengo de casa de Ève. Según hablaba con ella, me he dado cuenta de que os había preocupado a los dos cuando precisamente había venido a tranquilizaros.

Sonreí y me crucé de brazos.

—Muy bien, tranquilízame, te escucho.

—Me parece que Ève te tiene mucho afecto.

Aunque no aspiraba a que me tranquilizara en ese aspecto, la frase no me desagradó.

—Yo también siento verdadero cariño por ella.

¿Por qué dije eso? No había ninguna razón para que le hiciera esa clase de confidencia al batelero. Pero las palabras me salieron de los labios espontáneamente y no me arrepiento de haberlas pronunciado.

Agamenón se puso serio. Parecía conmovido.

—Ève es importante para nosotros, ya lo sabes. Y desde hace años.

Estuve a punto de decirle que para mí se había vuelto importante desde hacía unos días nada más. Pero esta vez supe contenerme; dije sencillamente:

—Sí, ya me he dado cuenta. Y me parece que esa forma en que la miráis tú y los tuyos la ha metamorfoseado.

Asintió varias veces con la cabeza en señal de aprobación y contento. Y luego añadió:

—Y ya habrás adivinado, supongo, que fue por ella por lo que cogí este puesto de batelero, para andar cerca y velar discretamente por ella.

—Sí, y ahora te preguntas lo que va a ocurrir cuando ya no estés...

—No es que me preocupe excesivamente —me dijo. Pero de una forma que significaba todo lo contrario.

¿Iba a pedirme que velase por ella puesto que en adelante iba a ser yo su único vecino? No lo hizo; se limitó a repetir:

—Es importante para nosotros...

Para luego añadir, con expresión sombría:

—Es solitaria, frágil y vulnerable.

Nuestra conversación corría el riesgo de tomar un sesgo lacrimógeno y me apresuré a desviarla.

—Ya que mi vecina es tan importante para vosotros, seguro que le has revelado cosas que a mí no me corresponde saber.

Esperaba una frase negativa, y fue más bien una confesión disfrazada y con reprimenda incluida.

—He contestado a sus preguntas al igual que a las tuyas, pero no me habéis hecho las mismas.

—Según tú, ¿qué preguntas debería haberte hecho?

Sonrió cortésmente ante mi aparente habilidad, luego se levantó y fue hasta la puerta acristalada, donde se quedó mucho rato mirando el cielo y el horizonte marino. Pasados unos segundos, se volvió hacia mí, se cruzó de brazos y apoyó la espalda en la pared. Parecía decidido a alzar una punta del velo. Me daba la impresión de estar viendo cómo se le agolpaban las palabras en el umbral de los labios cerrados hasta hacerlos temblar. Sin embargo, el silencio se prolongó. Yo me había prometido dejar que planteara las preguntas él mismo y también las respondiera, pero podríamos habernos quedado ambos callados indefinidamente. Así que me rendí y le pregunté:

—¿Cómo es posible que durante todos estos años, e incluso durante siglos, no hayamos sospechado la presencia de los tuyos entre nosotros?

Hizo como si reflexionase intensamente, pero yo notaba de sobra que mi pregunta no lo había sorprendido en absoluto y que tenía lista la respuesta hacía mucho. Acabó por decir, a modo de preámbulo:

—Siempre se subestima en los hombres su afán por cegarse. Si no les apetece saber que existes, son capaces de codearse contigo durante toda la vida sin verte nunca.

Luego añadió, sin transición:

—Con tu vecina hablamos sobre todo del viejo Empédocles. Le interesa desde hace mucho, se sabe incluso de memoria algunas de las cosas que escribió.

Y tanto para ilustrar sus palabras cuanto para responder a la pregunta que acababa de hacerle, empezó a recitar ceremoniosamente:

> «Como hombre que se dispone a salir en noche de tormenta enciende la vela resguardándose del viento, así tuvo el antiguo fuego que acurrucarse en las cuevas...»

Hizo una pausa antes de seguir, con lo que me pareció una mezcla de sufrimiento y orgullo:

> «No obstante, no le correspondió a la llama benéfica sino un ínfimo segmento de la tierra.»

—¿Hablaba de los tuyos?

Mi visitante negó con la cabeza.

—Empédocles de Agrigento no conoció a los hombres que lo han reivindicado. Pero su destino anticipaba el nuestro. Al querer retirarse del mundo, se arrojó a una caldera hirviendo. Como nosotros.

El batelero volvió a callarse, claramente absorto en sus pensamientos. Yo tenía miles de preguntas, pero esta vez esperé a que saliera él solo de su mutismo y que, despacio, escogiese las palabras.

—Empédocles es uno de esos personajes, muy infrecuentes, en los que se codean el universo real y el universo de los mitos. Su nombre se venera entre nosotros, y su sacrificio se recuerda continuamente. ¡Pero no vayas a creer que consideramos sus escritos como palabra revelada! Lo citamos con frecuencia, pero igual que tú citarías dos versos de Shakespeare, una frase de Nietzsche o una ocurrencia de Einstein. Dicho lo cual, es cierto que algunas de sus palabras parecen anunciar, e incluso alentar, la aventura en la que acabamos de embarcarnos.

Siguió declamando, no sin emoción:

> «Detendrás los vientos infatigables que se desatan contra la Tierra y que, con su poderoso aliento, aniquilan los cultivos. Si así lo quieres, traerás de vuelta las brisas contrarias; convertirás las lluvias negras en sequía favorable a los hombres; con la sequía tórrida harás los caudales nutricios de los árboles que pueblan el éter...».

Luego se calló de una forma que me pareció brusca, tanto más cuanto que aún tenía en los ojos el mismo resplandor. Era como si siguiera recitando en su fuero interno... Ocupado en memorizar con la mayor exactitud posible esas palabras antiguas, me abstuve de pedirle aclaraciones y lo dejé, en cambio, «aterrizar suavemente». Cosa que hizo al cabo de unos segundos. Con un prolongado suspiro de inquietud.

—Este encuentro entre los tuyos y los míos no es, por desgracia, un reencuentro sino una colisión. Nadie saldrá de ella indemne. Nuestra intervención tenía su razón de ser; pero, en vista de los incidentes que han ocurrido y de los que no podrán por menos de ocurrir en los próximos días y semanas, sería sensato concluirla sin más tardar. Lo que hace falta es retirarse de la forma menos dolorosa posible. A mí me gustaría que nos marchásemos sin demora. Cada nuevo favor que hagamos nos empantanará más. Cada nueva promesa nos acarreará nuevos rencores. ¡Es un engranaje!

—No acabo de entenderlo, Agam. Primero me dices que los tuyos están pensando en «reparar» los daños causados. Y ahora

hablas de marcharos inmediatamente.

—Que nos fuéramos ahora mismo es lo que *yo* habría deseado. Pero la mayoría de los míos es de una opinión muy distinta. Están pensando en iniciativas para dejar un buen recuerdo de su paso...

—Sobre eso, mi amigo de Washington me ha contado que Demóstenes le ha prometido al presidente Milton curarlo...

—Sí, ya me he enterado; me refería precisamente a iniciativas de esas; ¡y sería una abominación!

—¿Una abominación? ¿Librar a un hombre de un cáncer una abominación?

—¡Más de lo que podrías suponer! ¡Hemos intentado liberar al planeta de las herramientas de aniquilación y mira qué revuelo levanta contra nosotros!

—No es lo mismo. A las naciones no les apetece que les quiten las herramientas de su poder. Mientras que curar a un hombre de un cáncer es un gesto de otra clase. Nadie podrá reprochároslo.

—¡Desengáñate! ¡Nos lo reprocharán! De entrada, nos reprocharán que curemos a un hombre y dejemos morir a los demás. No deja de haber por el mundo millones de personas que padecen la misma enfermedad. ¿Por qué curar solo al presidente Milton?

—De hecho, ¿por qué?

Antes de que pudiera contestarme, sonó su teléfono. Se lo llevó al oído y me indicó con un movimiento de los dedos que iba a dar un paseo fuera. Le hice una seña para que se sentase; era yo quien iba a salir, me apetecía deambular un poco por los senderos de la isla mientras quedase un poco de luz.

Me encaminé, pues, hacia la playa, que quedaba muy cerca, repasando en la cabeza la conversación que acabábamos de tener. En determinado momento, me senté en una piedra para tomar nota de todas las palabras del batelero antes de que se me olvidasen. Empezando por las citas de Empédocles...

Debería leer algo sobre la vida del filósofo de la Antigüedad e intentar localizar sus escritos propiamente dichos, puesto que no todos se han perdido. Ève seguramente podrá aconsejarme al respecto... A lo mejor entendería así un poco mejor la mentalidad de estos que últimamente nos gobiernan o, cuando menos, nos

supervisan. Y que, si me fío de Agamenón, y pese a sus propios sentimientos, no parecen a punto de esfumarse.

*

Volví luego a casa. Mi reloj marcaba las seis menos cinco. Entré sin hacer ruido por el ventanal de mi dormitorio y encendí la radio de la cabecera para oír, como suelo, el boletín de noticias de *Atlantic Wave* .

¿He tenido ya ocasión de decir que todos los acontecimientos que eran antes los principales titulares habían desaparecido? Los conflictos regionales, los sucesos, la economía, el deporte e incluso el parte meteorológico no se mencionan ya casi, todo está parado, todo está suspendido. En media hora de información, la única noticia en que no se habló de una forma u otra de los «compatriotas» de Agamenón fue el fallecimiento por una parada cardiaca de un miembro del Gobierno británico. El resto del boletín no fue sino un recorrido mundial por las alteraciones ocurridas en los centros inspeccionados por los amigos del batelero, un rosario de incidentes raros, de rumores que corren y de predicciones confusas.

En una ocasión, durante el boletín de noticias, le eché una ojeada al cuarto de estar; mi visitante aún seguía allí, al teléfono. Volví a cerrar la puerta sin hacer ruido, me eché en la cama y bajé un poco más el volumen de la radio. Mientras atendía a la voz de la presentadora, no pude por menos de volver a hacerme mil preguntas referidas a aquellos «compatriotas». ¿Con quién estaba hablando Agamenón? ¿Quién estaba del otro lado del teléfono y dónde se encontraba? En «Empédocles», supongo. Pero ¿dónde está la comarca de «Empédocles»? ¿Oculta en el corazón de nuestro mundo o en otra parte? ¿Se trataba de una «llamada local» o «de larga distancia», como se decía antes? ¿Y en qué lengua discurría? ¡Cuántas preguntas se quedan sin respuesta! No voy a enumerarlas una vez más, la lista es ciertamente interminable.

Si el peculiar batelero con nombre de atrida y cara de comanche iba a tener que irse para siempre dentro de poco, a lo mejor yo debería sacarle unos cuantos secretos más. Porque, a decir verdad,

hoy no ha soltado gran cosa. No cabe duda de que he conseguido que saliera un poco de su mutismo, pero solo me ha brindado enigmas y unas cuantas citas sibilinas. Aún me queda —o más bien nos queda a mis semejantes y a mí— todo un mundo por descubrir, un mundo pariente del nuestro y que, sin embargo, no se le parece. No son unas cuantas páginas de poca enjundia de mi diario lo que habría que dedicar a «esa gente», es un libro entero, e incluso una enciclopedia. Pero, como dice el refrán, lo mejor es enemigo de lo bueno, y bastaría con que consiguiera poner por escrito durante mi breve vida unas cuantas informaciones básicas para que mi nombre perdurase en la memoria. «Las primeras informaciones sustanciales referidas a los "amigos de Empédocles" se las debemos a Alec Zander, un dibujante de nacionalidad canadiense que...»

Cuando volví al cuarto de estar, de puntillas, pocos minutos después, Agamenón ya no estaba. Sin embargo, no lo había oído irse. Encima de la mesa baja había dejado una hoja amarilla con un recado lacónico a más no poder: «Volveré». Me fui enseguida a la cocina, donde, presa súbitamente de un hambre canina, me zampé todo cuanto se me puso al alcance de la mano.

Mientras me empapuzaba rabiosamente, noté de pronto una sensación de vacío y de irrealidad. Como si no hubiera entendido nada de todo cuanto había sucedido desde la semana anterior. O, peor, como si no hubiera sucedido nada. Un sueño y unos fantasmas, nacidos de mi extremada soledad y del desconcierto ante la ferocidad del mundo.

Me eché en la cama y, de puro despecho, dejé que me venciera el sueño. Para despertarme a eso de la medianoche, con la ropa aún puesta. Sin ningún ruido a mi alrededor, sin ninguna presencia. Me surcaban la cabeza pensamientos agrios.

Lunes, 22 de noviembre

Cuando entendí, hace unos días, que nuestro porvenir iba a ir en adelante unido, y durante mucho tiempo, al de Empédocles, la palabra «amarre» se me cruzó por la mente. Pero dudaba si usarla. Hay palabras así, que acuden a la mente pero no acuden a la pluma. Y es que me faltaba la imagen. Soy un hombre de imágenes, de dibujos, de esquemas y de croquis. A nuestros «supervisores» me los imaginaba como por los aires, allende las nubes, accionando a distancia las palancas de nuestras averías.

Hice bien en no andar manoseando la palabra; hasta hoy no la habían impuesto los hechos. Porque esta vez ya está, ha llegado el amarre. Un amarre paulatino y discreto: solo un hospital flotante que, desde lejos, podría confundirse con un atunero corriente. Pero simbólicamente ya está dado el paso. Queda por saber si es el navío de Empédocles el que acaba de echar amarras en mi isla o si es mi isla la que acaba de amarrarse al navío de Empédocles.

Aunque me estoy refiriendo a Antioquía, que no se engañe nadie: pienso en el ancho mundo.

Todo cuanto ha ocurrido últimamente, los descarríos, los rumores, las acusaciones, las parálisis y todo lo demás, ¿no era, pues, sino una larga e insidiosa preparación de las mentes? ¿Solo una laboriosa acumulación de pretextos? Agamenón lo negaría, por supuesto. Me ha dicho una y otra vez que los suyos se habían metido en un engranaje que no deseaban y que no tardarían en lamentarlo.

¿Engranaje? ¿Qué engranaje? ¡Me parece que los que están metidos en esto hasta las cejas somos nosotros!

En las playas de mi isla que llevan lustros sin saber de más paseantes que mi vecina y yo, ni de más ruidos chillones que nuestros gritos y la risa burlona de las gaviotas, ni de más

embarcaciones que las de los pescadores con nasas, la presencia del barco hospital (con su tripulación, su aparejo, su mástil, su chimenea, su pasarela, sus señales luminosas y sonoras) resulta algo incongruente.

Su misión, según el batelero: que se recuperen los civiles o militares «paralizados momentáneamente»; y, ya de paso, si menester fuere, descontaminar a quienes hubieran padecido radiaciones. *Archipel F.M.,* la emisora local, difundió a eso de las doce de la mañana un comunicado sin firma, que alguien echó al amanecer por debajo de la puerta del alcalde. Invita a los vecinos que hubieran padecido síntomas preocupantes y también a los que quieran quedarse completamente tranquilos sobre su estado de salud a presentarse en la tarde del lunes o en el trascurso del martes en el lugar llamado «la Roca de los martinitos», en la isla de Antioquía, para recibir tratamiento.

¿Acudirá mucha gente del archipiélago? ¿Se sobrepondrá a su desconfianza y a sus aprensiones para ponerse en cuerpo y alma en manos de «esos»? A las dos de la tarde, al no haber ningún voluntario, Agamenón, ocioso y perplejo, vino a preguntarme si no quería pasar por esa experiencia. Acepté sin pensármelo demasiado. Movido menos por alguna preocupación sobre mi salud que por la curiosidad; y también (¿por qué callarlo?) por la vanidad. ¿No resulta halagador ser el primero de los míos a quien atienden los médicos de Empédocles?

El batelero me llevó hasta el barco hospital para ponerme en manos de un joven alto y delgado de rostro risueño que atendía al nombre de «Pausanias»... Otro nombre inspirado, lo que no resulta sorprendente, en la Grecia de la Antigüedad, pero en esta ocasión la complexión del personaje no es en absoluto amerindia. Es un larguirucho de cabeza rubia y voluminosa y mirada de niño prodigio que no habría desentonado en el campus de una universidad nórdica o canadiense.

Me hizo beber un líquido transparente de sabor algo dulce antes de llevarme hasta una especie de cabina en la que me invitó a desnudarme. Esta misma noche haré un croquis del lugar, pero quizá debería también describirlo con palabras: una habitación en

forma de trapecio estirado con las paredes forradas de corcho o de un material que lo imita, amueblada con una cama estrecha, un ropero, una silla y un cofrecito para los objetos metálicos y por la que cruzan unos raíles. Encima, un sarcófago transparente. Ya sé que la palabra no es nada apropiada, pero no pude evitar que se me ocurriera. Habría dicho «incubadora» si fuera para un recién nacido. Resumiendo, ya se intuye en qué objeto tuve que tumbarme. La tapa se cerró. En el acto, aquel sarcófago se volvió opaco y se puso en movimiento. Se deslizó por los raíles y salió de la habitación por una abertura en forma de media luna para entrar, supongo, en un túnel oscuro donde ya no percibía nada. Lo que se dice nada. Ni la mínima luz ni el mínimo ruido. Noté en el cuerpo una sensación de calor que en un momento dado se hizo intenso sin dejar por ello de resultar más bien agradable. Todo ello no duró más de dos o tres minutos y ya estaba de vuelta en la cabina, donde me volví a vestir sin prisas, casi decepcionado al ver qué pronto se había acabado la aventura.

El tal «Pausanias», que me ayudó a incorporarme, debió de intuir mi decepción porque se apresuró a estrecharme la mano y darme la enhorabuena por lo que acababa de acontecerme.

—Más adelante, ya descubrirá que acaba de vivir el día más extraordinario de su existencia.

No tengo inconveniente en admitirlo. Parece lógico que este día tenga que ser importante. Nada de esto por lo que acabo de pasar puede considerarse trivial, ni la vivencia ni las circunstancias. ¡Y, sin embargo, no me altera mucho más que una radiografía rutinaria en un dispensario rural! Por lo demás, Agamenón, que me estaba esperando al pie de la pasarela, no manifestó el mismo entusiasmo que su «compatriota»; me preguntó sin más si todo había ido bien, sin recurrir a ningún superlativo ni a ninguna hipérbole...

Aparte de mí, no había ni un solo voluntario en la playa. Tras haberme acompañado a mi casa, como es debido, el batelero me dijo que iba a ir a la de Ève a invitarla a su vez. Estoy convencido de que no va a decir que no. No le gusta que la molesten cuando está escribiendo, pero ¿qué no haría ella por «los amigos de Empédocles»?

Tras descansar unos minutos, llamé a Adrienne, mi ahijada, y a Charles, su compañero, para contarles mi aventura. Su primera reacción fue censurar mi imprudencia. ¿Someterme así a un «bombardeo» de rayos desconocidos? ¿Cómo saber si mi organismo podrá soportarlo? ¿A quién se le ocurre prestarse a hacer de cobaya? Pero al cabo de unos minutos de conversación, avergonzados quizá por haber reñido a un hombre de mi edad e interesados por la descripción que les estaba haciendo del hospital y de cómo funcionaba, me anunciaron que iban a venir a verme a Antioquía en cuanto les fuera posible. Lo que más los intrigó fue que el médico de Empédocles no me hubiera hecho ninguna pregunta, que no hubiese intentado saber de qué padecía, que no le hubiera preocupado en absoluto, a decir verdad, mi caso particular.

Adrienne me había dado para leer, hace dos o tres años, un artículo de una revista especializada según el cual el último estadio de la medicina sería aquel en el que no hubiera ya necesidad de auscultar ni de diagnosticar, que no hubiera ya necesidad siquiera de prescribir medicamentos o intervenciones, y en el que bastaría con pasar el cuerpo por un «curador universal» para localizar y remediar a un tiempo todas las disfunciones; creo incluso recordar el apodo que le daba el autor del artículo a esa máquina salvadora: «el túnel de la curación». Me parece que es precisamente por ese tipo de túnel por el que acabo de pasar.

¿De qué enfermedades me he curado? Lo ignoro. No padecía de nada que yo supiera. Pero quizá tenía en el cuerpo algún mal solapado, el inicio de un tumor, de una infección o de una úlcera. ¿Me habré hecho pues, por un tiempo, con un seguro contra la enfermedad? Dicho lo cual, aún puedo partirme los huesos al caerme desde lo alto del acantilado, o que me dé una paliza la gente del archipiélago por connivencia con el enemigo. Por lo demás, si es cierto lo que dice Charles, es posible que mi paso por el famoso túnel, al tiempo que me libraba de determinados males no declarados, me haya inoculado otros, más devastadores, trastornos insidiosos que nadie en el mundo sabrá detectar ni curar...

Lo que no me he atrevido a confesarles ni a mi ahijada ni a su compañero es que noto desde primera hora de la tarde (pero solo de forma intermitente y muy breve) una sensación rara, como una

leve borrachera o más bien, debería decir, como un mareo incipiente...

A eso de las cuatro llegaron a mi puerta tres coches en procesión. Iban a bordo once personas: el viejo Antonin, que hacía las veces de guía, un enfermero llamado Benoît y otros nueve isleños a quienes conocía más o menos, seis mujeres y tres hombres, que, por lo visto, habían tenido todos algún síntoma relacionado con las hipotéticas «radiaciones». Estaba claro que la expedición acudía a raíz de encendidas discusiones que, por lo demás, no habían sido concluyentes e iban a proseguir en mi casa. Antes de ponerse en manos de los médicos llegados de otro lugar, todos los isleños querían saber mi opinión. ¿Qué ventajas había y qué riesgos? Conté mi experiencia, los hice partícipes de mis reflexiones y también de la opinión de Charles y de Adrienne.

Mientras estábamos hablando, llegó Agamenón, acompañado de Pausanias. Menos mal, podría decirse, pues, aunque el batelero había conseguido trabar durante los últimos años unas relaciones aceptables con la gente del archipiélago, la desconfianza de esta ante este «forastero» nunca se había debilitado y se había convertido en estos últimos tiempos en abierta hostilidad. Pausanias es, desde luego, no menos forastero; pero hay en él, en su sonrisa, en su porte, un no sé qué ingenuo, frágil y espontáneo, que lo torna más cercano.

Por ejemplo, nada más entrar en mi casa, se puso a besar animosamente a todas las mujeres presentes: cuatro besos, dos en cada mejilla. Seguramente le habían explicado que esa era la costumbre local. De hecho, en el número de besos había echado bien la cuenta; salvo que habitualmente, a excepción de los jóvenes, nadie besa a nadie si no se conocen de antes y muy pocas veces en el primer encuentro. Sin embargo, en el presente caso, los besos tuvieron un efecto mágico. La angustia de las mujeres salió volando en mil pedazos igual que el cristal de una lámpara demasiado caliente.

Y cuando una de las señoras, Ernestine, una mujerona que tenía una droguería, le dio unas palmaditas maternales en el cuello a Pausanias y aquel crío grandullón inmediatamente se puso

colorado, nuestros «protectores» ganaron una batalla que no habrían podido vencer con ninguna demostración de fuerza.

Nos fuimos entonces a la playa a pie, en fila india. Y todos mis visitantes, incluso los que juraban que habían ido solo para apoyar a los demás, acabaron por someterse a la prueba del «túnel de la curación».

Escoltados por Pausanias, subieron uno tras otro a bordo del barco hospital. Yo me quedé en la playa esperándolos en compañía del batelero, y algunos, antes de desaparecer, me lanzaron una última mirada de aprensión. Menos de una hora después ya habían salido todos, un poco desaliñados, un poco atontados, con sonrisas mal dibujadas en los labios. Algunos todavía se estaban peinando o abrochándose la ropa.

Y, de repente, un grito. Era Antonin. Se había detenido al pie de la pasarela, moviendo las manos por encima de la cabeza como un ahogado. Me acerqué corriendo. Los demás lo rodeaban ya, inclinándose sobre sus manos. Y él movía los dedos en todas las direcciones, desdoblándolos y doblándolos. ¡Milagro!

Para que se entienda lo que acababa de suceder, es preciso contar que Antonin tenía, desde que yo lo conocía, el índice de la mano derecha engarfiado y rígido. Esa invalidez menor no es infrecuente en los marineros del archipiélago; suelen apañarse con ella y a veces fingen que les hace gracia, por más que sepan que esa pérdida de flexibilidad es irreversible y que empeora con la edad.

Precisamente, al salir del barco hospital Antonin descubrió de repente que su índice había recuperado, como por milagro, la flexibilidad de tiempo atrás. Otra vez podía doblarlo, desdoblarlo, agitarlo en señal de reproche o frotarse un ojo.

¿Un acontecimiento trivial? ¿Menor? ¿Vulgar? ¿Insignificante? No en aquellas circunstancias. Era sin lugar a dudas menos vital para Antonin que le arreglasen el dedo que verse libre, por ejemplo, de un comienzo de cirrosis. Salvo que la hipotética cirrosis obviamente no se nota a simple vista; pero el dedo en cambio se puede ver y tocar. Lo que el llamado «túnel» haya podido arreglar en

mí o en los demás probablemente no lo sabremos nunca. Solo el dedo de Antonin está en condiciones de prestar testimonio.

La noticia no tardó en dar la vuelta al archipiélago, realzando el prestigio de los médicos de Empédocles. Así que me costó entender la extraña reacción de Agamenón. Cuando le estaba expresando mi admiración por lo que habían sido capaces de hacer los suyos, me replicó con tono irritado que lo del índice tampoco era para tanto.

—¡Si Antonin hubiera ido a ver a un buen especialista, habría conseguido el mismo resultado!

Eso era absolutamente falso; el dedo estaba atrofiado, y ningún tratamiento habría podido devolverle la flexibilidad. Pero no juzgué oportuno andar argumentando con el batelero, que parecía preocupado, contrariado e incluso diría que afligido.

*

La explicación de su comportamiento reside quizá en estas palabras que pronunció luego, durante la velada:

—¡No conviene que esa gente espere de nosotros lo que no podemos darle! Los peores dramas nacen de las expectativas frustradas.

A lo que Ève respondió, de forma florida, que sin embargo la insatisfacción era «la montura de la Historia» y que, sin ella, no se avanzaría en ninguna dirección.

Estábamos cenando en casa de la vecina (Agamenón, Pausanias, ella y yo). También había invitado, según me dijo, a los demás miembros de la tripulación, pero habían disculpado su asistencia. Unos porque tenían que seguir vigilando día y noche; otros por aprensión seguramente, o por timidez.

Durante la velada, por ciertos indicios, me di cuenta de que el batelero y la vecina se habían visto sin mí en los últimos días y que habían charlado mucho, porque surgían de vez en cuando alusiones a cosas que habían dicho y que yo, en cambio, no había oído nunca. Lo que me provocó, lo reconozco, algunos «celos».

No, esta última palabra es inapropiada. No le había puesto comillas, me apresuro a añadírselas. No siento ninguna consideración por los celos, que la sabiduría vulgar viste con

excesiva frecuencia con nobles ropajes. No son celos lo que siento, solo cierta irritación al pensar que Ève y Agamenón hayan podido tener intercambios y hacerse confidencias de las que por lo visto no me han considerado digno.

Quizá tienen razón, por lo demás. Quizá no estoy a la altura de los acontecimientos que transcurren a mi alrededor y cuyo cronista tengo la pretensión de ser. Quizá mi visión de las cosas es excesivamente perezosa y superficial. No lo digo para flagelarme; es que me parece que hay a mi alrededor muchas verdades que serían visibles si tuviera capacidad para verlas.

Me estoy codeando con un universo inexplorado, estoy en las primeras filas, soy un testigo privilegiado de un acontecimiento sin precedentes en la historia, en contacto directo con actores esenciales, y no consigo pasar de ser un mirón. Tengo el árbol a mi alcance y me limito a recoger con indolencia la fruta que cae al suelo.

Al volver a leer estos últimos párrafos, entiendo de repente la razón por la que he caído en la tentación de escribirlos. Durante la velada que acaba de concluir he notado en varias ocasiones ese breve vahído, ese «mareo» que mencioné antes. Se debe seguramente a mi paso por el «túnel» o al líquido que me hicieron tomar antes del tratamiento. No se lo he mencionado ni a Ève, ni a Pausanias ni a Agamenón, y puede que no lo hayan notado. No he mostrado ninguna señal de malestar, me he quedado callado en mi rincón, esforzándome por concentrarme en la conversación de los demás. ¡Quiera el Cielo que se trate solo de una debilidad pasajera! Es normal, por lo demás, que un tratamiento tan nuevo para mí y tan inhabitual pueda alterarme así durante un día o dos. Mañana, cuando me despierte, ya veré si tengo otra vez en su sitio la cabeza y el estómago. Todavía consigo tomármelo a la ligera, pero si esta alteración resultara duradera, dejaría ya de tomármelo así.

Charles y Adrienne tenían razón al opinar que mi comportamiento era imprudente... Me alegro de que vayan a venir a verme. Necesito su juventud y también sus ojos ágiles y su buen juicio.

Martes, 23 de noviembre

El índice del viejo Antonin no es la nariz de Cleopatra, pero ha tenido su momento de celebridad. En mis páginas de ayer ya lo presentí, aunque sin calibrar la repercusión que iba a alcanzar el fenómeno. Pues aquí, desde que amaneció, hay una avalancha: de todos los que tienen cualquier invalidez, aparente u oculta; de todos los que tienen que curarse de algo.

No por ello hay que imaginarse la playa de Antioquía convertida en una corte de los milagros. No hay leprosos, ningún lisiado llamativo, ninguna protuberancia elefantiásica. Un gentío de enfermos, cierto es, pero enfermos como usted y como yo, unos cuantos dolores, unos cuantos achaques, una dosis de hipocondría y la sensación de estar envejeciendo. Todos parecían tener cita con la esperanza en esta mañana gris de otoño en el lugar llamado «la Roca de los martinitos»; los «martinitos» o «martinicos» son los también llamados en otros lugares «duendes», «trasgos» o «enanos», unas criaturas legendarias dadas a los milagros traviesos y también a los juegos de ilusionismo.

Nunca habrían cruzado «el Paso» tantos vecinos de Puerto Atlántico. Pasaron en una procesión prieta en cuanto quedó abierto, contando con volver a marcharse con la siguiente marea baja, prevista para las cuatro y cuarto de la tarde. Había hoy en Antioquía no menos de treinta coches, varias decenas de motocicletas y un bosque de bicicletas. En total, casi ciento cincuenta pacientes han podido probar el ya famoso desde ahora «túnel de la curación». Los demás esperaron en vano que les tocase la vez; tendrán que volver a presentarse mañana.

La radio local ha cubierto el acontecimiento en directo, y había también un equipo de televisión que llegó de enfrente, del continente. Me entrevistaron, en mi calidad de residente, y me quejé

con tono amable, porque tenía que quejarme, de esa aglomeración que perturba la tranquilidad de mi isla.

En realidad, todo esto no me afecta gran cosa. Por supuesto, si mi refugio fuera a transformarse de forma duradera en un recinto de feria, no lo soportaría. Pero que una vez, así de paso, lo alcance a uno por unos días el barullo del mundo es algo con lo que puedo lidiar.

Me sentí incluso regocijado, y casi orgulloso, cuando Moro me llamó desde Washington para decirme que acababan de mencionar a Antioquía por televisión y que habían salido imágenes. ¡Por las tripas de un atún!, como dicen los marineros viejos de aquí, una maldición que se ha convertido en mi favorita.

La principal razón de este repentino interés es, claro está, la llegada de los médicos de Empédocles. «Mi» playa es uno de los veintisiete puntos donde han atracado sus hospitales flotantes. Tantos desembarcos simultáneos no es nada desdeñable; veintisiete calas a un tiempo, dispersas por toda la superficie del planeta, no son muchas, y es extraordinario que un islote insignificante haya podido quedar incluido entre los primerísimos destinos.

La otra razón de esta notoriedad de Antioquía tiene que ver con los rumores de curaciones milagrosas que han circulado como el rayo. Para una mente cuadriculada no hay nada tangible, por decirlo de alguna manera, con la excepción del dedo de Antonin; pero la gente, sin esperar más pruebas, jura que ese «túnel» los va a librar para siempre de la gota; de la cirrosis; de la insuficiencia renal; de los tumores, por supuesto; y también de varios síndromes aborrecibles.

Y por si los incrédulos estaban necesitando aún una demostración pública, la vieron esta mañana en la playa, delante del gentío reunido.

Unos cuantos militares habían venido desde la base de Fuerte Quirón en sillas de ruedas que empujaban amigos, parientes o compañeros sanos. Eran más o menos las diez cuando ocurrió un incidente: uno de los soldados jóvenes que habían estado expuestos a las ondas paralizantes tenía también una pierna rota y

Agamenón quiso impedir que entrase con el falaz pretexto, dicen, de que la escayola iba a estropear algunos instrumentos. Entonces intervino Pausanias y le echó un severo sermón a su compatriota en la lengua de ambos. A su alrededor, nadie entendía ni una palabra, pero estaba claro que el batelero no estaba quedando en buen lugar al querer prohibir que se atendiera al militar.

Fue Pausanias quien al final llevó las de ganar. Cortó personalmente la escayola con una sierra eléctrica portátil y escoltó al paciente hasta la cabina. Cuando este volvió a salir, pocos minutos más tarde, iba pisando firme. Estaba claro que la fractura había desaparecido. Hubo aplausos. La escena adoptó un cariz evangélico que parecía tener maravillada a toda la asistencia. Con la excepción de Agamenón, supongo...

Yo no estaba *in situ* en el momento del incidente; me enteré de los detalles por Gabrielle, la nieta de Antonin, que vino a casa con su novio, Erwan, repuesto también después de su paso por el barco hospital. Los dos jóvenes me dieron las gracias por haberlos ayudado durante el mal trago que habían pasado. Lo cierto es que no he hecho nada del otro mundo y no me deben nada. Pero no me pareció que les apeteciera oír eso de mis labios. Lo que acababa de suceder era para ellos un acontecimiento maravilloso, y habría resultado sospechoso que yo rehusara toda responsabilidad, como si hubiese tenido empeño en lavarme las manos. Preferí decirles que me alegraba mucho de que todo hubiera acabado tan bien y que estaría encantado de volver a verlos un día de estos.

Gabrielle y su apuesto militar no han sido hoy mis únicos visitantes. Mi casa ha sido, de la mañana a la noche, el vestíbulo del barco hospital. No he parado de invitar a café, a sidra y a vino tinto, de dar opiniones tranquilizadoras, de atender a los relatos de todos, a las confidencias y los estados de ánimo, y también a las frases hechas de rigor, falsamente escépticas, que tanto le gustan a la gente de por aquí.

Tras doce años residiendo en el archipiélago de los Quirones, he acabado por sabérmelas todas y ya no me sorprende ninguna. Cuando a un marinero viejo están a punto de operarlo a corazón abierto, lo más probable es que diga: «¡Me van a dejar como

nuevo!». He tenido que oír hoy esta frase una docena de veces, dicha en el mismo tono que de costumbre, pero en mis oídos no sonaba ya de la misma manera. Ya no era en realidad una metáfora. Cabe creer que la medicina de nuestros tutores, más que tratar, «deja como nuevo». ¿No es acaso este, por lo demás, el sueño que desde siempre hemos tenido los mortales?

*

Por cierto, Moro me ha llamado hoy otra vez para charlar largo y tendido. Digo «por cierto» porque hemos hablado, precisamente, de esa aspiración de nuestros contemporáneos a prolongar su vida a toda costa y a seguir siendo eternamente jóvenes; una aspiración que debía de ser menos acuciante antaño, cuando la medicina prometía menos; y que hoy, por lo que me dice, amenaza con convertirse en imperiosa e incluso, paradójicamente, en destructiva.

Eran alrededor de las dos de la tarde, las ocho de la mañana en Washington, pero mi amigo aún no se había acostado. Quería saber si, debido a las curaciones «milagrosas» que habían ocurrido en la isla de Antioquía, estaba cundiendo un estado febril entre la población. Le contesté que se notaba, de hecho, cierto estado febril, pero que «milagros», no teníamos muchos, solo el dedo del viejo Antonin y, de última hornada, si así puede decirse, la pierna del soldado. Mi tendencia a minimizar la importancia de esas curaciones lo agradó, aunque no por ello se calmaron sus inquietudes. Pero me pareció exageradamente angustiado y un tanto obsesivo. Quizá por el insomnio, pero quizá también porque cuenta, para las cosas pasadas y por venir, con una vista de águila que yo no he tenido nunca. Por mi parte, solo me reconozco una facultad, la de captar las cosas al instante y la de «fijarlas» acto seguido, preferentemente con tinta china. A mí las cosas por venir me resultan opacas; como mucho me suscitan algunos presentimientos confusos. Moro, en cambio, prevé, anticipa, extrapola. Es capaz de proyectarse con el pensamiento hasta las semanas, los meses y los años venideros para analizar ya los comportamientos probables de los diversos protagonistas.

En la prolongada llamada de hoy, volvía continuamente a la cuestión de las curaciones. Ora para hacerme repetir que eran mucho ruido y pocas nueces, ora para decirme, a la inversa, que el destino del mundo dependía de ellas. Pero la contradicción no era sino aparente, mi amigo razona con paradojas sucesivas, así es como desentraña la sustancia oculta de las cosas. Más que llevarle la contraria, suelo preferir seguirlo por esos vericuetos, me engancho a sus vagones, lo pincho solo un poco, sin trabarle la mente, sin tirar de él hacia atrás. Por eso creo que seguimos próximos pese a las distancias.

Durante la conversación me contó que el presidente Milton había decidido prohibir que los hospitales flotantes funcionasen en los Estados Unidos o en sus aguas territoriales. Decisión de la que se congratula Moro:

—Seguramente con esa ayuda habría podido acelerarse el restablecimiento de las personas afectadas por la «parálisis atípica». Pero están mejorando de todas formas. Tardarán un poco más si las tratamos nosotros. Un mal menor, e incluso insignificante, comparado con el mal mayor que supone una nueva intervención de nuestros «tutores». A Howard lo han presionado mucho, pero ha aguantado, y ha hecho bien. La opinión pública lo aprueba. A los estadounidenses les gusta contar con sus propias fuerzas y les gusta que les pidan su granito de arena. Hay en el país una gran movilización humanitaria y patriótica para acudir en ayuda de los perjudicados.

—Así que todo va estupendamente —le dije de muy mala fe, pues le había notado en el tono de voz una preocupación que iba en dirección opuesta a esa conclusión tranquilizadora. Aunque su respuesta confirmó mi impresión, la forma de formularla no dejó de sorprenderme:

—Todo iría estupendamente si no hubiera todas esas curaciones por el mundo, incluida tu zona, tu isla. Los medios de comunicación hablan de ello cada vez más, y eso me hace temer lo peor. Al principio se hablaba de ello como se habla de esos supuestos «milagros» que ocurren de vez en cuando en un pueblo de Cerdeña o de Creta, entre velas y mujeres enlutadas. La gente está acostumbrada a que les cuenten esas cosas; saben en qué casilla

del cerebro hay que meterlas para no volver a recordarlas salvo en momentos de gran desconcierto personal. Pero en las presentes circunstancias, esas habladurías me preocupan muchísimo. Si mis compatriotas se dejan convencer de que existe una máquina en la que les basta meterse y salir por el otro lado, tres minutos después, curados de todas sus enfermedades, solo Dios sabe lo que podría pasar. Sería el fin del mundo, ¡y estoy midiendo mis palabras!

—¡Espera, Moro, que ya no te sigo! ¡Hablas en condicional, siendo así que esa máquina existe de verdad! ¡La he visto! ¡Incluso la he probado!

Pero no se dio por vencido.

—Me has dicho que te habían hecho cruzar por un supuesto «túnel de la curación». Pero no me has dicho de qué te había curado.

—No tengo ni idea.

—Pues eso. A lo mejor te has curado de alguna enfermedad y a lo mejor no te has curado de nada, ¿verdad?

—En mi caso así es, no padecía ninguna enfermedad aparente...

—Ya lo ves, queda una duda. Esa duda es quizá nuestra última oportunidad. ¡Tiene que durar lo más posible! Si no, todo está perdido.

¿Por qué este asunto de las curaciones lo preocupaba tanto? Tardó en explicármelo. Pero cuando nos adentramos algo más en la conversación —que duró treinta minutos, tirando por lo bajo, y de la que no cuento aquí sino retazos—, fue más explícito.

—Howard está cada vez peor; los últimos acontecimientos lo han desgastado. Sus médicos, que todavía le daban el pasado septiembre dos años de vida, hablan ahora de unos meses, puede que solo unas semanas. A la luz de lo que está ocurriendo desde ayer en donde vives, en tu isla, y también en otros lugares del planeta, ¿cómo no pensar en esa «cáscara de plátano» que el señor Demóstenes dejó caer tras de sí en el momento de irse de la Casa Blanca?

—Te refieres a su promesa de curar al presidente...

—Primero se lo dijo a Howard en presencia mía; luego fue a contárselo a la primera dama, Cynthia, que no podía quedarse indiferente ante una propuesta así y que ahora presiona cada vez

más a su marido para que acepte. Cada día que pase, el dilema se planteará con mayor insistencia; ¿el presidente de los Estados Unidos va a dejar que lo traten «ellos»? Howard, que comprende las tremendas implicaciones simbólicas de semejante decisión, se mantiene firme. Y es porque se niega a dejar que lo traten por lo que puede permitirse prohibir que los hospitales flotantes atraquen en las costas estadounidenses. Pero ¿cuánto tiempo va a poder resistir aún?

*

A eso de las cuatro de la tarde, tras vaciarse mi casa de todas las visitas, que se habían marchado precipitadamente para cruzar «el Paso», me entraron ganas de ir a ver a Ève. Tenía curiosidad por saber cómo estaba viviendo esta conmoción en nuestra isla común, estas dos «invasiones» concomitantes, la del barco sanador y la del gentío.

Mi encantadora vecina estaba en el salón, en su butaca, con un whisky en la mano: una imagen familiar. Pero no estaba sola, Agamenón estaba sentado frente a ella, en el lugar donde acostumbro a sentarme yo, si es que puede hablarse de costumbre. Se lo veía preocupado, cejijunto, diría incluso que consternado. Ella, en cambio, me pareció más serena. Radiante, pero no exaltada. Con cutis de jovencita y mirada traviesa. ¿Es haber recuperado la facultad de escribir lo que le da esos nuevos bríos? ¿Es haber recuperado un ritmo de sueño sensato? ¿Es el efecto del «túnel» reparador por el que pasó ayer? Solo su forma de sentarse, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, y ese vaso a la altura de la frente me recordaban a la persona que era hace justo diez días.

¿De qué acababan de hablar mis singulares amigos que había puesto a Ève tan animada y a Agamenón tan huraño? Estaba seguro de que se trataba del incidente que había ocurrido al pie del barco hospital.

—Me han contado que hubo una discusión esta mañana —le dije al batelero—. Un soldado joven se presentó con una pierna escayolada y tú intentaste impedir que lo tratasen.

—Más o menos. Te han informado correctamente.

Esperé la continuación. No llegó. Entonces insistí:

—Tu actitud me intriga, Agam. Ayer sin ir más lejos aquí consideraban a los tuyos enemigos, y eso parecía afectarte. Os achacaban todas las desgracias del mundo, a punto estuvieron de lincharte y quemaron la casa donde vivías. Hoy, la gente del archipiélago empieza a miraros a ti y a los tuyos como a héroes, a santos, a salvadores. Deberías estar sereno, reconfortado e incluso orgulloso. Pues no, pareces más contrariado que antes. ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

Mi tono era de lo más amistoso, pero Agamenón aún se resistía a hablar con confianza. Me dio la impresión de que buscaba la mirada de mi vecina. Como no la encontró, se enderezó en el asiento e hizo un ademán resignado.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando? Hay alrededor de nuestro barco cientos de personas que esperan. Una o dos curaciones más como la de hoy o la de ayer y vendrá la población entera a hacer cola a nuestra puerta. Lo de aquí no me preocupa demasiado, estamos en un islote unido al archipiélago por «el Paso» y sin comunicaciones regulares con el continente, todavía podemos controlar el flujo; aunque todos los isleños quisieran que los tratásemos, podríamos rematar nuestra misión en tres o cuatro semanas y luego irnos. Pero en otros lugares, en el resto del mundo, ¿qué vamos a hacer? Se han enviado varios hospitales flotantes a diferentes lugares del planeta para atender a personas que padecen parálisis o que creen que han estado expuestas a la radiactividad. Como haya en todos ellos iluminados como Pausanias que se ponen a curar gente a troche y moche y dejan que corran rumores de «milagros»...

¡Así que, igual que Moro, el batelero temía esos rumores! Sentía la tentación de mencionarle esas angustias convergentes, pero me contuve en el último momento para dejar que explicase su postura a su manera.

—¿Sabes cuántos enfermos hay en el mundo? ¡Miles de millones! Todo el mundo enferma, todo el mundo envejece, todo el mundo se va acercando a la muerte. ¡No vamos a tratar a la humanidad entera!

—Si podéis hacerlo, ¿por qué no?

—Vamos a admitir que tengamos los conocimientos necesarios para curar todas las enfermedades. ¿Cuánto tiempo necesitaríamos para tratar uno tras otro a todos los enfermos? Movilizando todos nuestros hospitales y todos nuestros equipos, podríamos atender a diez mil pacientes diarios, puede que veinte mil, a más no, desde luego; nunca habíamos previsto ocuparnos de muchedumbres así. ¡Necesitaríamos siglos! ¿De verdad es eso lo que me estás sugiriendo? ¿Que nos quedemos con vosotros por los siglos de los siglos?

—A menos que formaseis a nuestros médicos para que pudieran hacerse cargo personalmente de la tarea...

—¿Proporcionándoles el material? ¿O enseñándoles también a fabricarlo? Creando luego para vosotros en todos los continentes nuevas escuelas de medicina donde impartiríamos clase, ¿eso es lo que quieres? ¿No ves hacia dónde iríamos así? De entrada, nuestra medicina suplantaría a la vuestra; luego descubriríais lo vetustas que se han vuelto vuestra ciencia y vuestra tecnología; entonces os mandaríamos a todos nuestros investigadores, a todos nuestros profesores; vuestras universidades se convertirían poco a poco en sucursales de las nuestras, y vuestras escuelas también. ¡El engranaje! ¡Y esta vez para siempre! Nuestras poblaciones se mezclarían, nuestros dos universos se acoplarían de forma irreversible. Vuestra civilización se disolvería y la nuestra se volvería, por ello, irreconocible...

A Ève se le iluminó la cara como si esa perspectiva, que el batelero presentaba como un apocalipsis, le causase el mayor regocijo.

—Me gustaría vivir mucho tiempo solo para ver eso —dijo—. ¡La disolución definitiva de nuestra civilización!

Esas palabras en sus labios adoptaban una tonalidad dulce y tentadora. Me pareció inútil contestarle. Me quedé unos momentos mirándola, me encogí discretamente de hombros y luego me volví de nuevo hacia Agamenón.

—¡Tanto revuelo porque le habéis curado el índice rígido a un marinero y una pierna rota a un militar!

—¡Tanto revuelo porque tenemos entre nosotros a almas caritativas como Pausanias que no saben decir que no!

—¿Cómo iba a negarse? Un médico, si ve a personas enfermas y puede curarlas, ¿no tiene el deber de hacerlo? Es su código deontológico. No puede decirse: son demasiadas, solo cojo a las más viejas, o a las más jóvenes, o a las más afectadas. ¡Y, sobre todo, no puede decir: ¡solo trato a los míos!

—Vinimos solo para tratar a las personas con ataques de parálisis o contaminadas por las radiaciones. Habría que limitarse a esa misión.

—En cualquier caso, ya es demasiado tarde; la gente empieza a saber lo que vuestra medicina puede hacer por ella. Ya no os dejarán en paz.

—Nunca es demasiado tarde. Bastaría con que tomásemos la decisión de irnos. En una hora nos habríamos esfumado...

—¿Dejar plantada a la gente en la playa y desaparecer sin una sola explicación?

—¡Sí, desaparecer, e inmediatamente, alegando cualquier pretexto! ¡Sería el menor de los males! Al principio la gente nos rogará que aceptemos regresar. Luego se cansará...

—¡Y os maldecirá!

—¡Qué más da! Que nos maldiga si es preciso, ¡no tiene ninguna importancia! ¡Lo único que cuenta es que podamos salir de este atolladero lo antes posible! Por desgracia, muchos de los míos no querrán hacerlo. ¡Hay muchos como Pausanias! Quiero a este chico como a un hermano, pero me irrita muchísimo. Lo hace feliz el bien que pueda hacer, y si ese bien desemboca en el mal, como sucede tantas veces, ni se le ocurre que pueda ser culpa suya. Un hombre sensato se considera responsable de sus actos y de las consecuencias de estos; un hombre que carezca de sensatez solo se siente responsable de sus intenciones.

—Así que, si solo dependiera de ti, te irías mañana mismo —interrumpió Ève con un atisbo de femenino reproche.

—No, mañana no, hoy mismo. ¡No me miréis así los dos! Dentro de poco, ya veréis como sois vosotros los que nos reprochan que hayamos tardado demasiado en irnos. Hemos intervenido para impedir la aniquilación y solo para eso; cualquier detalle adicional no haría sino emponzoñar nuestra existencia y la vuestra. ¡Y para siempre! ¡Ya lo creo, por los siglos de los siglos!

Cuando volví a casa, mi ahijada y su compañero se impacientaban delante de mi puerta, que por primera vez desde hacía años había cerrado con llave. Les había costado cruzar «el Paso» por la densidad del tráfico. Todos los vehículos que habían llegado a Antioquía por la mañana se marchaban juntos, en fila india, por temor a que los sorprendiera la subida del agua. Si Adrienne y Charles hubieran querido venir en taxi, se habrían quedado bloqueados al otro lado. Prefirieron alquilar unas bicicletas en el puerto, pero la travesía fue peligrosa y tuvieron que hacer a pie buena parte del camino para que no los atropellasen.

—Si hay atascos en «el Paso» de Antioquía es que la Tierra ya no gira como es debido —decretó mi ahijada, bromeando solo a medias.

Miércoles, 24 de noviembre

No sé cuántas veces desde la semana pasada he tenido la sensación de que el mundo daba un vuelco hasta quedar irreconocible. Es también lo que siento esta noche por culpa de un acontecimiento que, en otros tiempos, habría alborotado sobre todo a los ojeadores de lágrimas y a los exhibidores de penas: un drama familiar cuya única motivación es el temor de perder a un ser amado pero que amenaza con cambiar la faz de la tierra.

Moro no para de maldecir «la ceguera de las mujeres». Lo he conocido con mejores disposiciones hacia ellas. Hoy piensa que por su culpa nuestra civilización está a punto de entregar el alma. ¡Nada menos!

Ève, por descontado, sigue encantada de la vida.

Este miércoles, sin embargo, había empezado con la promesa de recuperar firmemente las riendas. Según unos persistentes rumores, cuyo relevo tomaron varios medios de comunicación, y cuya fuente era de forma manifiesta la Casa Blanca, el presidente Milton se disponía a lanzar una ofensiva diplomática para exhortar a todos los Gobiernos del planeta a que siguieran su ejemplo y se negasen a dar acogida a los hospitales flotantes; y, donde ya hubieran atracado, a que redujeran cuanto fuera posible los contactos entre los médicos de Empédocles y la población local.

En el seno de la administración estadounidense y, sobre todo, en las fuerzas armadas y las agencias de seguridad nacional, se tiene todavía la esperanza de que la incursión de nuestros «tutores» parezca dentro de poco como un paréntesis, que pronto pasemos esta extraña página y que regresemos al mundo de antes, donde los Estados Unidos ocupaban un lugar preponderante. Este deseo de una vuelta atrás puede parecer ilusorio, pero no es del todo inconcebible considerando que «los amigos de Empédocles» no han

dejado de decir que su intervención en nuestros asuntos era por un caso concreto y no tenían intención alguna de eternizarse. Yo, que tengo la suerte de contar con un contacto directo con ellos por medio del batelero, estoy convencido de que la iniciativa de Milton no los habría disgustado puesto que les habría permitido «salir del atolladero» de nuestros asuntos sin que los acusasen de dejar sin asistencia a las víctimas.

Digo «habría permitido» porque la ofensiva diplomática del presidente se ha quedado en agua de borrajas antes de que acabase el día. Y de la forma más inesperada. Cierto es que mi amigo Moro llevaba ya varios días previéndolo y temiéndoselo. Pero para una aplastante mayoría de personas fue una sorpresa inmensa e incluso un impacto gigantesco. El equivalente moral de una bomba termonuclear; perdón por recurrir a una comparación tan manida, pero es por desgracia la única que se me pone a tiro de pluma a esta hora tan tardía.

La «bomba» en cuestión adoptó la forma de una conversación matutina con Cynthia Milton que retransmitió una gran cadena nacional estadounidense.

—Howard está a punto de morirse —decía la primera dama—. Sus médicos no le dan ya más que unas semanas de vida. No quiero perderlo, y me parece irresponsable por su parte que no haga todo lo preciso para vencer la enfermedad. Estoy convencida de que se sacrifica por sentido del deber o del honor, porque no quiere que su sufrimiento personal lo lleve a tomar decisiones que no fueran en provecho del pueblo estadounidense y de la paz mundial. Pero me niego a dejar que se sacrifique, sería una postura cruel conmigo, con nuestros hijos y nietos, con todos los que lo quieren y necesitan su presencia. Su actitud equivale a un suicidio, y nuestra religión condena el suicidio porque es un crimen contra el Creador. Quisiera que todas las esposas y que todas las madres americanas me apoyasen y que me ayudasen a convencer a Howard.

La llamada caló en el acto. En la hora siguiente a la primera retransmisión, miles y miles de personas, mujeres en su mayoría, empezaron a bajar a las calles de todas las ciudades de los Estados Unidos para reunirse en torno a edificios públicos, con pancartas

garabateadas deprisa y corriendo, exigiendo al presidente que aceptase que lo trataran y que hiciera lo necesario para que a todos cuantos padecieran enfermedades incurables pudiera también curarlos la medicina de Empédocles.

Con el paso de las horas, el movimiento no dejó de crecer. Daba la sensación de que los Estados Unidos en su totalidad habían optado por la desobediencia. La administración estaba paralizada. Antes de media tarde, la Casa Blanca tuvo que publicar un comunicado que indicaba que el presidente Milton, «conmovido por la opinión expresada por su amante esposa y también por un número tan elevado de conciudadanos suyos», había decidido aceptar que lo tratasen, «pero solo si a todos los estadounidenses que estuviesen como él, en fase terminal, los atendían de la misma forma», y «después de que hubieran entendido claramente los emisarios de la nación interventora que su eventual curación no afectaba en nada a sus decisiones políticas».

Moro, a quien he llamado inmediatamente antes de escribir estas páginas, parece desilusionado.

—Nada más acabar de leer el comunicado el portavoz de la Casa Blanca, Demóstenes nos hizo saber que un barco hospital estaba ya atracado aquí mismo, al suroeste de la capital, en un canal pequeño que sale al Potomac y al que llaman el Washington Channel. Hay allí una especie de zona residencial y deportiva... No sé ni cómo ni cuándo ha llegado aquí ese barco y por qué no lo han detectado nuestros guardacostas. Seguramente porque visto desde fuera se parece a cualquier embarcación de recreo... El caso es que Howard fue de inmediato, en helicóptero, con Cynthia. Ahora mismo, mientras hablo contigo, el presidente de los Estados Unidos está en manos de esa gente, echado en cueros, como estuviste tú, en un sarcófago de cristal y seguramente lo están bombardeando con partículas extrañas...

¿He dicho que mi amigo estaba desilusionado? ¡Debería escribir más bien anonadado! Su reacción me pareció excesiva.

—¿Por qué va a ser el fin del mundo que el presidente de los Estados Unidos permita que lo libre de un cáncer una medicina más avanzada que la nuestra? ¿Solo por una cuestión de amor propio?

—Créeme, no se trata de eso, aunque las cuestiones de amor propio no sean desdeñables en las relaciones internacionales. Pero lo que temo va mucho más allá. Si nuestros semejantes se convencieran de que alguien (un hombre, un pueblo, un partido, una secta) puede curarlos de todas sus enfermedades y alargarles la vida, estarían dispuestos a convertirse en el acto en sus adoradores, en sus esclavos. Quien sea dueño de la edad de uno y pueda alargarla o acortarla sencillamente es Dios. Esta «nación» extraña, cuya existencia no sospechábamos siquiera hace dos semanas, se está convirtiendo para nosotros en una divinidad. No en una divinidad lejana e hipotética, que solo se manifiesta con parquedad y deja que planee la duda, sino en una divinidad con presencia material entre nosotros.

—Te echo en cara una exageración y te metes en otra aún más demencial.

—¿Una exageración? Bueno, pues que no se te olvide lo que voy a decirte. ¡Mañana casi todos los nuestros estarán prosternados a los pies de esa gente y contentos de llamarlos «Señores»! ¡Nuestra civilización ya está metida en la fosa, puedes escribir su epitafio!

*

Aquí, en Antioquía, el día ha sido comparable al de ayer en que los vecinos del archipiélago han llegado en tropel con sus vehículos, en cuanto se ha abierto «el Paso», para hacer cola sin empellones ante los hospitales flotantes. Cuando se presenta un enfermo grave, dejan que pase primero y lo acechan a la salida para verlo transfigurado. Como las curaciones más milagrosas no tienen por qué ser las más espectaculares, se sigue aplaudiendo la desaparición de vulgares fracturas mientras que los moribundos, como salen tendidos aún en las camillas, no despiertan sino una leve ráfaga de cuchicheos aunque a lo mejor acaban de volver a nacer.

Adrienne y Charles fueron desde el amanecer a la Roca de los martinitos para observar el fenómeno. Volvieron hondamente decepcionados. La playa estaba aún desierta y sembrada acá y allá de papeles grasientos y de latas de cerveza vacías, como al final de

un día de verano de lo más vulgar. Además, el hospital flotante se había alejado de la orilla para pasar la noche y estaba esperando el regreso de los pacientes para volver a atracar. Visto de lejos, no había en el falso atunero nada que en verdad pudiera impresionarlos.

La decepción se convirtió en amargura cuando atracó por fin el barco y mis jóvenes amigos fueron a proponer su ayuda como médicos. Les contestaron, muy secos, que a bordo no había para ellos lugar más que como pacientes.

Adrienne se esforzó en tomarse la cosa con sentido del humor.

—Nos ha dado la impresión de ser unos curanderos indígenas proponiéndole sus servicios al gran médico blanco.

Pero a Charles le hervía la sangre de rabia.

—¡Vienen a humillarnos a nuestra propia casa! ¡Lo lamentarán!

Me esforcé por conseguir que volviese a albergar sentimientos más propicios.

—Debéis saber que algunos de ellos se sienten como pillados en una trampa con todo lo que está sucediendo. Les gustaría esfumarse lo antes posible.

Estaba pensando en lo que me había dicho Agamenón y me preguntaba si no era con él con quien habían tratado los dos jóvenes.

—¿Cómo era el que os echó?

—¿Que cómo era? ¿Que cómo era? —dijo Charles perdiendo los estribos—. ¡A mí me parecen todos iguales!

No insistí.

Jueves, 25 de noviembre

Cuando empecé a llevar este diario, los incidentes que tenía que narrar estaban al alcance de mis posibilidades. Me llegaban uno tras otro y, por lo tanto, podía observarlos, sopesarlos, diseccionarlos, describiendo pacientemente mis propios estados de ánimo. Ahora cientos de informaciones me asaltan a cada momento, todas tienen que ver directamente con el acontecimiento que me ha movido a escribir, y me siento obligado a convertir este diario en una crónica exhaustiva y razonada de las turbulencias del planeta. Como no puedo cumplir con esa tarea, siento la tentación de tirar la toalla y volver a coger, muy formalito, mis pinceles y mi tinta china.

Pero me di por norma desde la infancia no abandonar nunca ni un proyecto ni a un gato al que hubiera empezado a dar de comer. Es el único truco que se me ocurrió para plantarle cara a mi natural pereza y vencer mi pusilanimidad.

Seguiré, pues, adelante mientras me sea dado hacerlo. Aguzaré el oído, apuntaré, dejaré constancia de las cosas, comprobaré. Pero, en adelante, cuando me ponga a escribir, llevaré a cabo una severa selección. Parecerá a veces que los párrafos no tienen ilación entre sí. Pero la ilación existe, por supuesto. Todos los acontecimientos del planeta no son sino uno.

*

Desde esta mañana tengo la sensación de que el mundo entero no va a tardar en parecerse a mi isla de Antioquía. Salidos de no se sabe dónde, son cientos los barcos hospital que funcionan ahora en las playas de los cinco continentes. No sé la cantidad exacta, nadie dedica ya tiempo a contarlos. Ni a llevar un inventario de las mujeres y los hombres que hacen cola al pie de las pasarelas para que los atiendan. A veces ordenadamente, pero a veces entre la confusión;

los medios de comunicación han dejado constancia de varios casos en que, al parecer, surgieron riñas, obligando a los médicos de Empédocles a interrumpir momentáneamente los tratamientos que estaban realizando y a alejarse de la costa a la espera de que se restableciese la calma.

Con y sin riñas, las colas se alargan sin cesar. Y, por supuesto, al multiplicarse los «milagros», nada permite creer que el atractivo que ejerce el «túnel de la curación» vaya a menguar antes de que pase mucho tiempo. Incluso antes de que pase muchísimo tiempo, si me fío de Moro, a quien llamé a primera hora de la tarde para saber novedades de su amigo Howard.

—Aún no es posible decir nada. Lo han atendido y, luego, lo han soltado. Lo han llevado directamente a Bethesda, donde le han realizado toda clase de reconocimientos para evaluar el efecto del tratamiento recibido. Todavía no tenemos los resultados. Espero por él que haya salido al paso, pero eso no disminuye en absoluto mi preocupación. Si la Casa Blanca anuncia mañana que el presidente está curado, la humanidad entera se abalanzará hacia los hospitales flotantes. Y ya ahora...

—Lo admito, será una locura durante cierto tiempo. Pero la cosa acabará por calmarse, ¿no?

—No, Alec, desengáñate, ya no volverá a calmarse. Aunque «nuestros benefactores» consiguieran tratar a seiscientos mil pacientes diarios, las aglomeraciones y las colas todavía seguirán ahí dentro de cuarenta años. ¡El espectáculo que tenemos ante la vista vamos a seguir presenciándolo hasta el fin de nuestros días!

Una vez más decía lo mismo que Agamenón, casi palabra por palabra. Con la misma irritación y el mismo miedo. Opté por contestarle en tono jovial.

—¿El fin de nuestros días, dices? ¿Dentro de cuarenta años? ¡De eso nada, joven! ¡Con la nueva medicina que nos trae esa gente vamos a vivir, tirando por lo bajo, otros ciento cincuenta años tú y yo!

La broma me salió en el fragor del debate solo para quitarle hierro con un toque cómico a la argumentación implacable de mi amigo. Pero al oír mis propias palabras, me quedé cortado y sin resuello. Tardé varios segundos eternos en recobrarme.

—Según tú, Moro, ¿cuántos años podrán alargarnos la vida?

Respondió con rabia:

—¿De qué nos sirve vivir ciento cincuenta años más si el mundo ha dejado de pertenecernos?

Yo entendía muy bien su angustia, pero no estaba aún al tanto de todas sus causas. Hay una en particular que lo afectaba sobremanera y de la que yo no sabía nada en absoluto. Si decidió mencionármela enseguida por amistad, por supuesto, y también un poco para disculparse por haber hablado de forma tan seca y tan carente de sentido del humor.

El asunto es aún confidencial, pero no seguirá siéndolo para siempre. Me lo expuso con tono consternado:

—Nadie debería reprocharle a Howard que se haya dejado tratar, pero ahora está cometiendo una falta imperdonable. Estúpida e imperdonable. He intentado disuadirlo, pero es cabezota como una mula. No quiere escuchar a nadie. Ni siquiera a Cynthia.

Un silencio. Que tuve buen cuidado de no interrumpir. Tenía que ofrecerle a mi amigo la posibilidad de cambiar de opinión y de renunciar a hacerme esa confidencia. Pero escogió seguir adelante.

—Normalmente, cuando a un presidente de los Estados Unidos tienen que hacerle una intervención quirúrgica con anestesia general, se les envía una carta al presidente de la Cámara de Representantes y al presidente del Senado en ejercicio para declararse en situación de incapacidad temporal y transmitirle sus poderes al vicepresidente de forma provisional.

»En el caso de Howard, no era absolutamente necesario puesto que en ningún momento iba a perder la conciencia. Pero se empeñó en atenerse a ese procedimiento, considerando que los cuidados que se disponían a prestarle incluían un elemento de incertidumbre y que el espíritu de la Constitución se respetaría mejor de esa forma.

»En virtud de ese mismo texto constitucional, la vigesimoquinta enmienda, el presidente debe, al despertarse, remitir a los mismos destinatarios una segunda carta para anunciarles que está ya en condiciones de retomar sus actividades. Esta situación se ha presentado tres veces en los últimos cincuenta años y en todas las

ocasiones el presidente ha vuelto a sus funciones en el mismo día. La interrupción más larga no superó las ocho horas.

»Nuestro amigo debería haber enviado la segunda carta anoche. No lo hizo. Y hoy tampoco. Sigue sin firmarla. Así que, legalmente, en este momento en que estoy hablando contigo, el vicepresidente Boulder es el presidente interino puesto que Howard sigue, estrictamente hablando, «en situación de incapacidad». Cuando se le menciona este hecho, contesta que no hay prisa, que necesita tiempo para pensar, pero me temo lo peor.

—¿Crees que está pensando en dimitir?

—Sí, ese es el miedo que tengo.

—¿Por qué motivo?

—El verdadero motivo es su sentimiento de culpabilidad. Ha aceptado que lo tratasen porque no podía ya resistirse a las presiones de sus allegados, pero lo ha vivido como una traición a su juramento de investidura, ni más ni menos. Tiene la sensación de haber aceptado que Demóstenes lo «untase» moralmente y haber comprometido así su capacidad de juzgar únicamente en función de los intereses de la nación. Es cierto que se planteaba un dilema espantoso, para él de entrada, y también para todos sus amigos, incluyéndome a mí. ¿Cómo iba yo a ser capaz de aconsejarle que se dejase morir? ¡Inconcebible! Pero es totalmente cierto que al aceptar que lo tratasen los médicos de una potencia rival de los Estados Unidos (no osaría decir «de ocupación», pero sí al menos presente en el territorio nacional sin haber sido invitada), ha comprometido hasta cierto punto su legitimidad para tomar las decisiones que se impongan.

Mi amigo suspiró con agobio.

—Y ese es el punto en que estamos. No sé cómo vamos a salir de este *impasse* . Por una vez me gustaría que Howard fuera un cínico totalmente carente de escrúpulos. Pero no es el caso.

El apuro de Moro es tanto mayor cuanto que no tiene muy buena opinión del vicepresidente Boulder. En todas las ocasiones en que el estado de salud de Howard empeoraba, mostraba, además de tristeza al pensar en perder a un amigo, desconcierto al ver a los Estados Unidos caer en manos de un «bucanero».

Lo paradójico en este caso es que la causa del ascenso de ese personaje a la presidencia no va a ser por la muerte de Milton sino por su probable curación.

*

Tras exponer las preocupaciones eminentemente políticas de Moro, ¿estaría fuera de lugar recordar que no es solo en Washington donde la llegada de los hospitales flotantes trae consigo desbarajustes y que incluso aquí, en la isla de Antioquía, su presencia lleva aparejado su lote de dramas?

Les he vuelto a notar hoy en la mirada a mi ahijada y a su compañero que parecen cada vez más desilusionados, e incluso humillados. Tras echarlos ayer los médicos de Empédocles, decidieron ir a ofrecer sus servicios al dispensario de Puerto Atlántico. Lo encontraron desierto. Ni pacientes ni personal sanitario. A nuestra medicina, que era hace tiempo nuestro orgullo, se la da de lado ahora como a una carraca medieval en la era del barco de vapor.

He animado a mis jóvenes amigos a aprovechar su forzosa ociosidad para tomarse un descanso después de un año agotador y para meditar con tranquilidad sobre los acontecimientos en curso. Pero ya están hablando de volverse a París, suponiendo quizá que nuestra civilización agonizante sobrevivirá allí más tiempo que en otra parte.

Solo Ève no pierde el rumbo. A los demás —al menos a los que me hacen partícipes de sus reflexiones o de sus sentimientos: Moro, Agamenón, Pausanias, Adrienne, Charles y los vecinos del archipiélago con quienes me he cruzado estos últimos días—, a todos sin excepción, los tiene desconcertados lo que está sucediendo. A todos menos a Ève. Ella conserva intacto el estado beatífico en el que entró cuando el batelero le contó la existencia de los «amigos de Empédocles». En el acto creyó en ellos y no se ha movido de ahí ni un ápice. Me lo ha vuelto a decir cuando he ido a verla a última hora.

—Mira las cosas de frente: a nuestras civilizaciones no las ha ejecutado nadie cobardemente; han quebrado y punto. Si resulta

que éramos incapaces de guiar el atelaje y que nos íbamos derechos contra la pared, ¿no es un regalo de la Providencia que otras manos hayan tomado las riendas?

Aunque no creo tanto como ella en el carácter «providencial» de la gente de Empédocles, no estoy en desacuerdo con su análisis. Está claro que el mundo iba a la deriva y que «los nuestros» parecían incapaces de evitar las calamidades que se avecinaban. No cabe duda de que dice las cosas de forma muy brusca, pero no deja de tener razón.

Además se ha metamorfoseado, en el sentido exacto de la palabra, física y moralmente hasta el punto de convertirse en la viva imagen de lo que afirma. ¡La conocí apagada, y se ha vuelto radiante! La conocí desesperada y ahora podría insuflar entusiasmo a toda la humanidad.

¿Cómo resistirse al deseo de creerla? ¿Cómo resistirse al deseo de amarla?

Viernes, 26 de noviembre

Hoy ha habido una escalada de esperanza para la humanidad. Pero se trata de una esperanza perversa. Al juntar esas dos palabras se expresa con exactitud la paradoja de los tiempos presentes. Nuestro deseo de eternidad se ha convertido en nuestro camino hacia la esclavitud.

¡Hete aquí que estoy empezando a hablar como Moro, que ayer sin ir más lejos me parecía excesivo! Cierto es que los acontecimientos se han apresurado a darle la razón. La humanidad derrapa, y ya no logro ver ni poco ni mucho a qué podría aferrarse para demorar la caída.

La escena fatídica que me mueve a hablar así ocurrió en la isla de Granada, en el mar Caribe, pero habría podido ocurrir en decenas de lugares diferentes. Un hospital flotante en un puerto de recreo, algo apartado de las demás embarcaciones. En el muelle, una larga cola. Mujeres con niños en brazos, enfermos con acompañantes, algunas sillas de ruedas, pero también pandillas de críos escandalosos que se tomaban la ocasión como una fiesta recientemente añadida al calendario. El gentío parecía indisciplinado y poco pendiente salvo en las inmediaciones de la pasarela que llevaba al barco medicalizado. Un equipo de la televisión nacional grababa indolentemente.

De repente, a eso del mediodía, un alboroto. Una fuerza viva local, o un cabecilla de barrio, quiso colarse a la fuerza con sus guardaespaldas por delante de una pandilla de adolescentes. Voces, empujones, confusión. Luego, unos cuantos disparos y, tras ellos, una ráfaga de ametralladora. Alaridos. Otra ráfaga. La gente corría, buscaba refugio detrás de los coches aparcados. En el muelle desierto yacían ahora tres jóvenes y una mujer algo mayor que ellos. Los cuatro con espantosas heridas, inertes, probablemente muertos.

Se acercaron unos policías y acordonaron la zona donde estaban las víctimas. Luego una madre se acercó y se desplomó sobre el cuerpo de uno de los jóvenes; no tardaron en imitarla otros miembros de las familias. Se alzaban gemidos. En tres minutos había cambiado por completo el estado de ánimo del puerto.

Según mi emisora favorita, *Atlantic Wave,* que cita a periodistas locales y a testigos oculares, los médicos de Empédocles presenciaron el incidente sin intervenir. Al principio, al menos. Al parecer se metieron dentro del barco, listos para alejarse de la costa si alguien los amenazaba. Pero casi enseguida se los vio vestidos con batas blancas y llevando angarillas. Eran ocho, y fueron directamente hacia los cadáveres. La policía los dejó pasar y las familias se apartaron. Se apagaron los últimos gemidos, el silencio cayó sobre el muelle. Unos cuantos labios piadosos empezaron a moverse febrilmente. La gente se estaba portando ya como si estuviera ocurriendo un milagro.

Pusieron los cuatro cuerpos en las angarillas, sin apresurarse. Los subieron por la pasarela a bordo del hospital flotante y el gentío los perdió de vista. Transcurrió una hora apenas y, luego, los cuatro Lázaros volvieron a aparecer. En pie, saludando con las manos y buscando algunas caras en el muelle, como si regresasen de un viaje a Trinidad o a Jamaica. Bajaron corriendo por la pasarela y cada cual se fue a reunirse con su familia en tierra firme.

La población tardó unos segundos en reaccionar. Primero hubo cuchicheos, un murmullo sordo y contenido, gente que se acurrucaba trémula en brazos de la persona más cercana. Luego sonaron unos cuantos aplausos, que procedían sobre todo de los más jóvenes. Los adultos parecían hipnotizados. Muchos cayeron de rodillas llorando a la vez de alegría y de miedo.

Por supuesto la noticia dio de inmediato la vuelta al mundo. A partir de ahora se está al acecho de acontecimientos de este tipo; desde hace varios días se habla continuamente de curaciones milagrosas que ya ni siquiera asombran, y no creo haber oído ni a un solo comentarista formular dudas sobre la veracidad del relato. Tengo incluso la sensación de que el sentido común universal (si es que tal cosa existe) ha cambiado de bando: lo que parece ahora una

insensatez es no creer en los milagros. Cosa que no deja de irritarme, lo confieso.

Por lo demás debería poner la palabra «milagro» entre comillas en vista de que no hay en lo que acabo de contar nada realmente milagroso, nada oculto ni sobrenatural, solo los efectos de una ciencia muy avanzada. Pero nos convierte a todos en indígenas maravillados.

He estado a punto de llamar a Moro para comentar este incidente con él, pero he desistido. Demasiado bien sabía lo que me iba a decir.

Solo he cruzado unas cuantas palabras con Adrienne, haciéndole hincapié en que la expresión «resurrección» que utilizan los periodistas me parecía abusiva al tratarse de un restablecimiento ocurrido poco después del fallecimiento. ¿No habría sido más adecuado «reanimación»? Me dio la razón, pero solo en parte, pues a sus propios colegas, me dijo, les gusta hablar de «resurrección» tras la mínima parada cardiaca. Dicho lo cual, y fuere cual fuere la terminología que se utilice, no cabe duda alguna de que la curación total e inmediata de las cuatro víctimas heridas de bala y dadas por muertas revela la existencia de una medicina incomparablemente superior a la nuestra.

He podido tener esta charla con mi ahijada porque al final se ha quedado conmigo en vez de volver a París con su compañero, como tenía planeado. Esta mañana tuvieron unas palabras. Quizá había ya entre ellos una discordia lacerante que ha salido a flote en esta ocasión. Pero es muy posible que su enfado tenga que ver con los acontecimientos que están ocurriendo. Desde que llegaron a casa, observé que mostraban sensibilidades divergentes hacia la gente de Empédocles. Charles no la mira sino con rabia, mientras que mi ahijada muestra por ella una curiosidad vivísima. Le apetece saber más sobre su misterioso itinerario y los avances de su ciencia, mientras que su compañero solo querría verla irse lo antes posible o, por repetir la expresión despectiva que he oído en dos o tres ocasiones de sus labios, «que se quiten de enmedio».

En cualquier caso, estoy encantado de que Adrienne se haya quedado conmigo, de que hayamos podido oír las noticias juntos y, luego, comentarlas con serenidad durante la cena.

*

Si hubiera sido posible que nos rondase aún por la cabeza la mínima duda acerca de la superioridad aplastante de la medicina de «los otros», se la habría llevado el viento a última hora del día de la forma más elocuente y más sonora: en un comunicado del doctor Abel, el oncólogo del presidente estadounidense. Tras unos cuantos párrafos salpicados de palabras técnicas y de comparaciones en clave para uso de especialistas, concluía con estas frases que revelaban a un tiempo la noble modestia del sabio y su inmenso desconcierto:

«Por lo que puedo yo determinar, el presidente Howard Milton no presenta ya síntomas de la grave enfermedad que se le había diagnosticado anteriormente. Su estado general ha mejorado de forma notable y su vida no parece ya en peligro.

»Los conocimientos que adquirí durante mis años de estudios y de ejercicio de la medicina no me permiten entender el proceso por el que se ha llegado a esta curación total. Por tal razón, he decidido abandonar toda actividad profesional en este campo, que ha sido el mío. Acabo de presentarle mi dimisión con efecto inmediato al consejo del hospital de Bethesda. También he rogado al presidente y a la señora Milton que no cuenten ya conmigo como médico habitual. Conservaré el mejor de los recuerdos de su indescriptible coraje durante estos años que los han puesto a prueba. Pero tengo la íntima convicción de que, moralmente, no tengo ya derecho a seguir tratando a mis pacientes basándome en una ciencia que se ha vuelto repentinamente obsoleta».

Por culpa de ese comunicado de Abel, he empezado mi recensión del día de hoy con un preámbulo desilusionado. La constatación de ese eminente científico en lo referente a su campo de actividad me temo que se podría ampliar a toda nuestra civilización: «que se ha vuelto repentinamente obsoleta».

Por supuesto, si se mira este acontecimiento con perspectiva, se puede intentar relativizarlo. Con frecuencia en el transcurso de la Historia ha habido pueblos que han tenido el sentimiento de que su civilización se había vuelto obsoleta. Siempre que una civilización tradicional ha entrado en contacto con otra más potente y más avanzada, parte de la humanidad ha pasado por algo así como un fin del mundo. El ejemplo que tengo siempre en mente es la irrupción de los europeos en las Indias a partir de 1492. Pero hay más. Podría incluso decirse que durante estos últimos siglos la mayoría de las sociedades no occidentales (las de la India, China, Japón, el Oriente musulmán o el África negra) vieron su medicina, e incluso todo lo que llamaban «saber», caer en el desdén y el olvido. Solo que, hasta ahora, todo cuanto perdía alguna de «nuestras» civilizaciones en fuerza, en creatividad, en influencia, en prestigio, en dignidad, lo ganaba otra de «nuestras» civilizaciones. Nunca, antes de ahora, había padecido toda «nuestra» humanidad semejante pérdida de categoría. Y nunca, que yo sepa, ni siquiera en el caso de los aztecas, fue el choque tan fulminante.

Tras volver a leer estos dos últimos párrafos, recapacito. Para preguntarme primero si no me he apresurado un poco en pasar a las conclusiones afirmando que la devaluación de nuestra medicina equivalía al fracaso del conjunto de nuestra civilización. Instintivamente siento que en realidad es así, pero en el momento de escribir estas líneas estoy demasiado exhausto para evaluar los hechos con exactitud y serenidad...

Estos escrúpulos nocturnos son seguramente residuos de mi formación de jurista; me desagrada sacar conclusiones endebles que un colega más riguroso podría echar abajo con facilidad.

El comunicado de Abel me plantea otra pregunta: si toda una autoridad en medicina estadounidense y occidental se considera humillada por la aplastante superioridad de la ciencia de la «nación interventora», un partidario de las medicinas «periféricas», un acupuntor, un homeópata, o también un brujo, un chamán, ¿se sentiría humillado de la misma forma? Una pregunta que se merecería, creo, una formulación más extensa: si el destino del

planeta se les fuera de repente de las manos a las naciones más ricas y más poderosas, ¿esa herida sería recibida en México, en La Paz, en Calcuta, en Kuala Lumpur o en Dakar con la misma estupefacción que en Washington?

Lo que me pregunto, a decir verdad, es si los vencidos de la Historia, si los olvidados de la riqueza y del progreso, todos aquellos a quienes se les ha escapado el destino del mundo desde hace mucho, no sentirían la tentación de reaccionar... hasta cierto punto como reacciona Ève, convencida desde hace tiempo de que la mesa del mundo estaba mal puesta y que se regocija ahora de verla inclementemente volcada, y a los comensales más opulentos derribados.

Algunas noches me avengo a brindar con ella por el aniquilamiento de nuestra civilización panzuda y arrogante, a todas luces desnortada y, aun así, convencida de tener siempre razón... Pero, si he de ser sincero, la acompaño por cortesía y cariño, más que por convicción. Me gusta la vida que me he forjado, me gusta mi isla diminuta, me gusta dibujar, me gusta escribir, y estos desbarajustes me asustan.

*

Una última observación que tengo que hacer constar en este diario antes de cerrarlo hasta mañana: he visto en los medios de comunicación varias alusiones al hecho de que Howard Milton haya omitido hasta el momento reincorporarse oficialmente a sus funciones y que Gary Boulder siga siendo «presidente interino». Algunos comentaristas han mostrado asombro y perplejidad; no he visto sin embargo ninguna especulación referida a una posible dimisión del jefe de Estado.

Dados los temores de los que me ha hecho partícipe Moro, y que seguramente están muy justificados, hay que contar con que este asunto cobrará importancia en los próximos días. Bien pensado, es incluso sorprendente que haya hecho correr tan poca tinta en las últimas veinticuatro horas.

Sábado, 27 de noviembre

Empiezo a enterarme de cosas sobre Empédocles y los que alardean de ser sus «amigos». No es nada comparado con todo lo que ignoro. Pero si mostrase paciencia y tenacidad, si reuniera y encajase todas las piezas de información que tengo a mi alcance, conseguiría reconstruir esta cara oculta de nuestra historia.

¿Tengo razón cuando digo «nuestra» historia? ¿Forma parte esa gente de nuestro mundo y formamos nosotros parte del suyo? Aún no me es posible decir si nuestras dos civilizaciones tienen realmente fuentes comunes por el lado de la Grecia antigua, o si no se trata más que de un mito. Tampoco sé si, en el correr de los siglos, «nuestros tutores» intervinieron ya en nuestra historia sin que nos diéramos cuenta. Lo que puedo decir en cambio, sin gran riesgo de equivocarme, es que la continuación de nuestra historia no se desarrollará sin ellos. Residirán en ella bien por su gravosa presencia, bien por su gravosa ausencia.

Nuestros dos ríos, tras haber seguido cada cual su curso, acaban de desembocar en el mismo lecho. De una forma o de otra, sus aguas seguirán mezcladas.

*

Esta mañana me he levantado con una única idea en la cabeza: charlar con Pausanias, conseguir que me cuente todo cuanto su «compatriota» Agamenón se ha abstenido de decirme hasta ahora. Preguntarle sobre todo por su medicina: en qué punto está del eterno combate contra la enfermedad; hasta qué edad les permite vivir, y si es cierto que ha podido vencer a la muerte.

He ido a la playa y, pese a las aglomeraciones, he conseguido verlo y hacerle prometer que vendrá a cenar a casa. Ha cumplido su

palabra y tras esta velada me siento algo menos ignorante que cuando me desperté.

Pero antes de contar lo que me ha dicho el médico llegado de lejos, me gustaría pararme a indicar unas cuantas cosas que he podido observar durante los últimos días.

En la playa de Antioquía ya no está fondeado solo el barco de Empédocles. Hay ahora una treintena de embarcaciones diferentes, de todos los tamaños. Hay incluso un paquebote, demasiado grande para poder atracar, que ha echado el ancla a una milla de la costa y cuyos pasajeros acuden en grupos sucesivos a unirse a las colas de pacientes usando los botes salvavidas, expresión que cobra de pronto un sentido inusitado. Este flujo humano, al sumarse al que llegaba ya por «el Paso», empieza a causar cierto embarullamiento. No es aún sino un perjuicio tolerable; pero si este movimiento fuera creciendo y, sobre todo, si está abocado a mantenerse muchos años, como profetiza Moro, se acabó mi preciada tranquilidad.

No hay para mí perspectiva más angustiosa. Pese a todo cuanto ha sucedido hasta ahora, aún me siento capaz de vivir a mi manera e incluso de comentar con lucidez el naufragio de las civilizaciones. Es evidente que perdería toda mi serenidad si también a mi diminuta arca le tocase hundirse. ¿Será egoísmo? Sin duda. Pero mi egoísmo es legítimo, puesto que me va en ello la supervivencia.

Doquier, por todo el mundo, un incontable número de personas está, a partir de ahora, a la espera de entrar también ellas en el «túnel» salvador. Con el efecto combinado de la espectacular curación del presidente Milton y de las «resurrecciones» de la isla de Granada, la agitación de mis semejantes ha subido varios grados. Ahora, en todos los países, ricos o pobres, en todas las ciudades y todas las aldeas, salvo quizá en escasas comunidades que viven totalmente al margen de nuestra tambaleante civilización, no queda ya ni una persona cuerda que no se haya enterado de los prodigios de «su medicina» y que no sueñe con beneficiarse de ella lo antes posible, al igual que todos sus allegados. Cada vez que se anuncia la presencia de un barco hospital en alguna costa, se forman en las carreteras interminables filas de coches.

Como ya he tenido ocasión de comentar (pero el asunto merece que se repita y se insista en él), toda vida normal está ya en suspenso por todo el planeta. Los trabajadores han dejado de trabajar, los estudiantes han dejado de estudiar, los Gobiernos han dejado de gobernar, los consumidores han dejado de consumir cuanto no sea estrictamente necesario, e incluso escasean los crímenes.

En los próximos días seguro que hallaré la ocasión de citar unos cuantos ejemplos elocuentes de esta perturbación universal. De momento solo quería levantar acta de la inexorable «crecida de las aguas» y tomar nota de mis inquietudes... Antes de volver a Pausanias.

*

Así que este llegó a mi casa a eso de las ocho de la tarde. Por consejo de Adrienne, preparé una cena sin carne ni pescado. Según ella, una civilización tan avanzada como la de los amigos de Empédocles habrá renunciado hace mucho a matar animales para alimentarse con su carne. Al preguntarle por el particular durante la velada, nuestro visitante nos confirmó esa abstinencia sin explicitar las razones. Me dio la impresión de que se había impuesto la norma de no criticar los usos y creencias de estos indígenas que éramos nosotros.

Teníamos que ser cuatro, pero Ève se dio de baja por la tarde, diciéndome que de improviso habían llegado a su casa unas visitas y que a lo mejor acudía al final de la velada. Nunca vino.

Fue Adrienne la que «abrió el fuego» en cuanto nos sentamos a la mesa. Con la pregunta más sencilla y, sin embargo, en estas circunstancias, la más reveladora:

—¿Qué edad tiene?

Nuestro invitado titubeó unos segundos antes de contestar. Al principio, me pareció que se debía a un deseo de decir las cantidades correctamente en nuestra lengua. Pero quizá había en él cierta aprensión. En cualquier caso, no fue sin balbucear como dijo:

—Noventa y dos años.

Parecía apurado. Creí incluso que iba a disculparse. ¿De qué? ¿De su insolente lozanía? Yo le habría echado unos cuarenta años, y no mucho más.

—Sabía que iban a abrir unos ojos como platos porque no tienen costumbre de asociar esa edad a un aspecto como el mío. Pero es el resultado de una evolución que no tiene nada de milagrosa; la sociedad de ustedes lo sabe bien. ¡Miren algunos cuadros del siglo XVII ! Hay personajes que aún no habían cumplido los cincuenta con una fisionomía que, vista hoy, correspondería más bien a la de un hombre de setenta y cinco años. Estoy pensando en algunos autorretratos de Rembrandt. La edad aparente es una noción que evoluciona con los progresos de la medicina.

—Y para una persona de su edad —siguió diciendo mi ahijada—, ¿cuál es la esperanza de vida?

—Soy incapaz de contestarle con exactitud. En la actualidad, sabemos retrasar el envejecimiento y, en consecuencia, alargar la vida; pero no sabemos hasta qué edad podríamos llegar. No contamos aún con la perspectiva necesaria.

—¿Quiere decir que entre ustedes la gente ya no se muere? —pregunté.

—Por regla general, las personas que aceptan someterse a un seguimiento médico regular dejan de envejecer. Lo cual no quiere decir que no se vayan a morir un día por un factor que no se hubiera podido detectar y al que no seríamos capaces de enfrentarnos.

—Si he entendido bien, algunos de ustedes no aceptan que se les prolongue la vida.

—Sucedió a veces, muy al principio, porque hubo fallos. Personas a quienes se les conservaron arterias jóvenes sin poder impedir que se les degradase el cerebro. Hoy controlamos mejor el proceso.

—¿Y ya no se muere nadie?

—Sí, a veces suceden accidentes mortales, pero es algo infrecuente, y la gente lo vive como una auténtica tragedia. Mucho más que entre ustedes, muchísimo más. Ustedes se lamentan, desde luego, cuando a una persona le llega la muerte demasiado pronto o cuando va acompañada de sufrimientos atroces. Pero como saben que es inevitable, acaban por resignarse y, con el paso

del tiempo, la edad del difunto deja de importar y se olvida su sufrimiento. Luego quienes han pasado por ese duelo se mueren a su vez y se entierra su pena. Cuando la muerte se convierte, como entre nosotros, en evitable, cambian todas las formas de comportarse. La idea de arriesgar la vida no significa ya lo mismo; no se trata ya de saber si uno se va a morir un poco antes o un poco después; se trata de saber si uno se va a morir o no. El riesgo es incomparablemente mayor, y sería una locura correrlo.

»Pero hubo también entre ustedes una evolución comparable. Cuando, gracias a los progresos de la ciencia, dejó de ser habitual que los hombres se murieran a los cuarenta años o que las mujeres murieran de parto, cambiaron las formas de comportarse; la vida humana parecía cada vez más valiosa, ahora querrían protegerla a toda costa. Incluso en los conflictos bélicos, les gustaría que no muriera ninguno de sus soldados...

—Es triste que la gente no quiera ya arriesgar la vida —comenté, con cierta desfachatez, debo decir, yo que siempre he tenido buen cuidado de no arriesgar la mía. Yo que nunca he hecho submarinismo, nunca he saltado en paracaídas ni nunca he escalado un acantilado.

Pero sin embargo Pausanias me dio la razón. Y luego añadió:

—Afortunadamente, entre los míos esta evolución, que habría podido convertirnos a todos en cobardes y timoratos, la compensó otra consecuencia de nuestros avances médicos: nuestra capacidad para reparar. Si uno de nosotros, paralizado por el temor a la muerte, no se atreve ya a asomarse a la ventana, puede recobrar la osadía al acordarse de que, si por ventura se cayese, es más que probable que consiguieran salvarlo y que despertase indemne.

»Dicho lo cual, no deja de parecerme que los progresos de la medicina han convertido a los nuestros en abominablemente prudentes y, a veces, su existencia en insípida. Sin el duelo con la muerte, la vida pierde su dimensión trágica y no tiene ya el mismo sabor. En el sentimiento de ser mortal están los cimientos del deseo de libertad y la razón de ser de la filosofía, así como del arte. Por eso siento un cariño particular por su gente, con sus temores, sus alegrías pasajeras y sus rebeliones sin futuro.

Luego añadió precipitadamente, como para disipar un posible malentendido:

—Todos los míos sienten ese mismo cariño. Lo que explica que nos haya parecido indispensable intervenir ahora, fueren cuales fueren las consecuencias.

—¿Así que tan serio era el riesgo?

—Sí, tremendamente serio —contestó Pausanias con un tono grave que no había usado hasta entonces y que le volvió la cara de repente menos joven, menos jovial y quizá incluso menos inocente —. Piensen por ejemplo en un virus mortal que se propagase a una velocidad vertiginosa y que ningún síntoma revelase antes de varias semanas. El día en que se descubre su existencia, ya es demasiado tarde, nadie puede ya detener la propagación, ni su medicina ni la nuestra. Poblaciones enteras están ya irremediablemente condenadas.

— ¿Existe ya un virus así? —pregunté.

—Espero que no. Pero hay personas que proyectan «fabricarlo». Y si no estamos alerta...

Cuando estaba claro que se disponía a decirnos más, se levantó de pronto mirando el reloj.

—Tengo que volver al barco. Ahora trabajamos de día y de noche, sin interrupción, para hacer frente a la afluencia. Se me ha terminado el descanso, y ha sido muy agradable...

Mientras me levantaba a mi vez, me saqué del bolsillo una tarjeta en la que había apuntado las palabras del filósofo que reivindicaban nuestros tutores, Empédocles de Agrigento. Me las había citado el batelero y de pronto me apeteció recitarlas en presencia de su compatriota. ¿Por qué razón? Seguramente para que se quedase un poco más, para hacerlo reaccionar... Pero no era nada calculado, actuaba por impulso. Así que leí, recalcando con una pausa las cesuras tales y como las intuía:

—«Detendrás los vientos infatigables que se desatan contra la Tierra

»y que, con su poderoso aliento, aniquilan los cultivos.

»Si así lo quieres, traerás de vuelta las brisas contrarias; convertirás

»las lluvias negras en sequía favorable a los hombres; con la sequía tórrida harás

»los caudales nutricios de los árboles que pueblan el éter...».

Pausanias esbozó un aplauso divertido antes de decirme, en un tono que pretendía ser misterioso:

—La cita es correcta, pero está incompleta. ¿Así se la enseñó Agamenón?

Yo estaba intrigado.

—Creo que la anoté palabra por palabra.

Entonces Pausanias empezó a recitar a su vez:

—«Contra las enfermedades sabrás los remedios, y contra la vejez, los recursos.

»Solo a ti te enseñaré esto, solo a ti te daré ese poder.

»Detendrás los vientos infatigables que se desatan contra la Tierra

»y que, con su poderoso aliento, aniquilan los cultivos.

»Si así lo quieres, podrás desencadenar las borrascas contrarias;

»convertirás las lluvias negras en sequía favorable a los hombres; con la sequía tórrida harás los caudales nutricios de los árboles que pueblan el éter;

»y volverás a traer de los Infiernos la fuerza de un hombre fallecido...».

Aunque en el párrafo que había recitado yo no había sino mínimas diferencias, debidas seguramente a la traducción, y las cesuras no eran muy diferentes de las que yo había supuesto, el batelero había cortado efectivamente los dos extremos del poema de Empédocles, e incluso lo había censurado. Pausanias comprendió lo que me andaba dando vueltas por la cabeza.

—No debe guardarle rencor a su amigo, lo tiene aterrado el giro que están tomando los acontecimientos. La idea de que miles de millones de personas puedan ir a llamar a nuestras puertas y apiñarse alrededor de nuestros barcos, pidiéndonos que los curemos y que les evitemos la muerte, lo aterra porque ve en ello el final de nuestra propia civilización y también de nuestra serenidad. Yo procedo de otra escuela de pensamiento que siempre se ha interesado por la historia de ustedes con...

Buscaba las palabras.

—... con más fervor que desconfianza. Pero hoy, con todo lo que acaba de ocurrir, debo admitir que ya no estoy seguro de nada.

Parecía alterado en efecto. Miró mecánicamente el reloj.

—¡De verdad que tengo que irme!

—Voy a acompañarlo un trecho —le dijo Adrienne, cogiendo el abrigo.

Fuera hacía un frío más seco que de costumbre y yo también los habría acompañado un trecho, pero noté que valía más dejar a los «jóvenes» ir solos y hablar de medicina. Y además tenía que tomar notas antes de que se me olvidase lo que acababa de oír. Y luego dedicarme a redactarlas.

CUARTA LIBRETA

ECLIPSES

«Que esté siempre a nuestras puertas
esa alba inmensa llamada mar.»

SAINT-JOHN PERSE, *Amers*

Domingo, 28 de noviembre

No había acabado de escribir anoche cuando se apagaron las lámparas. Tuve que terminar de levantar acta a la luz de una vela. Esta mañana ha vuelto la luz, pero las telecomunicaciones están otra vez amordazadas. Ni teléfono ni internet, y en la radio otra vez los zumbidos monótonos. En cuanto al hospital flotante que estaba fondeado en la isla de Antioquía, ha interrumpido su actividad para zarpar a toda prisa rumbo a alta mar y perderse de vista. No obstante, según los numerosos pacientes que seguían haciendo cola ayer por la noche en la playa, nuestros augustos cuidadores han prometido volver.

Ahora mismo soy incapaz de decir si van a cumplir esa promesa o si solo han querido apaciguar al gentío por temor a que su marcha provocase escenas de desesperación. ¿Se han retirado solo para celebrar un consejo? ¿O se han volatilizado como el viejo Empédocles dejándonos por toda herencia una sandalia de plomo en los labios de un volcán? ¿Acabamos de presenciar esa ruptura tajante que ansiaba Agamenón? No lo sé. El batelero también se ha esfumado, igual que todos los demás, sin despedirse. Solo quedan de él los restos de una casa quemada.

Al escribir estas pocas líneas desilusionadas me da la impresión de que he llegado al epílogo de mi relato. Vinieron, imperaron, hicieron que soplara en el mundo un viento de angustia y también un viento de esperanza, y luego se volvieron a marchar.

Mi ahijada está mucho más extrañada que yo. Anoche acompañó a Pausanias hasta la pasarela y le habló de su deseo de aportar su ayuda como médico; como era obvio no podría aspirar a la categoría de «colega», reconoció humildemente, puesto que no era portadora sino de una ciencia que se había vuelto «obsoleta»; pero le gustaría mucho ser de utilidad y aprender lo que pudiera. El anciano joven

dijo que estaba dispuesto a darle acogida en el barco, a la mañana siguiente sin ir más lejos. Empezaría por hacerla pasar por su «túnel de curación»: luego Adrienne le haría de asistente en la relación con los pacientes y, más adelante, le prometió, la incluiría en actividades más específicamente médicas.

En ningún momento dio a entender Pausanias que su barco se disponía a zarpar. Adrienne está convencida de que no sabía nada y que tuvieron que darle órdenes durante la noche. Sigue teniendo esperanzas de que el hospital vuelva y poder trabajar a bordo para familiarizarse poco a poco con «su medicina».

Ève comparte esa esperanza y va incluso más allá. Se porta como si «los amigos de Empédocles» no se hubieran ido de verdad. En cualquier caso, se fía de ellos por completo. «Si se han vuelto a ocultar a las miradas de la multitud —me ha dicho—, será que tienen buenas razones para ocultarse; y si han decidido hacernos sufrir, será que nos lo hemos merecido.» ¿No decía Moro que «nuestros salvadores» iban a convertirse para nosotros en una divinidad? ¡Pues ya está, el nuevo culto tiene su primera sacerdotisa!

Una sacerdotisa radiante, debo admitir. Cuando recuerdo a la mujer marchita, agriada y apagada que tenía por vecina hace solo dos semanas me cuesta creer que se trate de la misma persona: no es la primera vez que lo comento, pero es que no deja de maravillarme. «Ellos» la han metamorfoseado por completo. Cruzar por el túnel reparador le ha devuelto su cutis de jovencita y también el porte, la forma de andar y la voz a juego; pero, en mayor grado aún, la humillación de los nuestros y de sus civilizaciones, esta insumisa la está viviendo como una revancha o un triunfo personal.

Se identifica ahora con los de Empédocles y parece que la enorgullecen como nunca lo hicieron los suyos. Dan fe de ello estas palabras que me ha dicho esta noche, con un tono bastante enfático y, para mí, no poco irritante:

—Agamenón me explicó por qué su camino no debía mezclarse con el nuestro.

—Y ¿por qué? ¡Ilumíname!

—Porque con nuestros impulsos incontrolados, nuestros terrores recurrentes, nuestros aborrecimientos seculares y nuestros

arcaísmos persistentes, si dispusiéramos de los conocimientos que han conseguido ellos, los usaríamos para destruirnos mutuamente y acabaríamos por aniquilar toda civilización en la tierra. Por eso los suyos se lo han pensado tanto antes de salir a la luz.

—¿Y hasta cuándo deberíamos haber ignorado su existencia? ¿Por los siglos de los siglos?

—Hasta el día en que el encuentro entre ellos y nosotros no fuera ya peligroso. Su dilema, según iban pasando los siglos, fue siempre el mismo: si establecían contacto con nosotros, ¿qué relaciones mantener? ¿Tratarnos como a iguales? ¿Como a hermanos? ¿Compartir con nosotros todos sus conocimientos? Habríamos abusado, habríamos transformado todos sus descubrimientos en herramientas de destrucción o de sometimiento. ¿Qué hacer entonces? ¿Tratarnos como a inferiores? ¿Como eternos menores de edad? ¿Confinarnos en un estatuto de sumisión y de dependencia? ¡Habrían traicionado sus propios ideales!

—¡Ève, por el amor de Dios, ahórrame ese discurso masoquista! ¿Te das cuenta del rollo que me estás soltando? Que esa gente lleva toda la vida despreciándonos, y con razón; que ni siquiera se les pasaría por las mientes tratarnos como a iguales, y que no tienen más elección que someternos o dejarnos. ¡Aunque me digas eso con tu voz más dulce, no cuela! ¡Me estás insultando y te estás insultando a ti!

—¡Pero si no se trata ni de ti ni de mí! ¡Se trata de la multitud!

—¡Despierta, Ève! ¡Somos parte de esa multitud!

—¡Ah, no, yo no! Yo siempre me he mantenido aparte, siempre he soñado con otra cosa. He esperado constantemente que un día viniera alguien a librarme de este horrible *tête-à-tête* con los hombres. Y el milagro ha ocurrido. Vinieron mis tan esperados salvadores. No pienso aguarme la fiesta. ¿No te has fijado en lo feliz que soy desde que están con nosotros?

—Eso sí, mira, me he fijado.

—Gracias a ellos, he vuelto a amar la vida. ¡No deberías echármelo en cara!

—¡Pero si no te lo echo en cara!

—¡Mejor!

Dicho lo cual, se me arrojó literalmente en los brazos. Estaba sentado en mi sillón habitual y ella estaba de pie, a mi lado, alabándome la cordura de nuestros tutores cuando se dejó caer, sin avisar, como si mi asiento estuviera vacío. La abracé estrechamente y le «di», «planté» un beso en la frente y luego otro en los labios, susurrando:

—¡Qué chiquilla!

El nombre no debió de desagradarla ya que se arrimó más a mí, hundiendo la cara como habría podido acurrucarse de niña en los brazos de su padre. Nos quedamos así un rato, mucho rato, durante el cual me resultó delicioso aspirar a placer el aroma de su escote.

No me pesaba en absoluto en el pecho. Y cuando me puse de pie, sin dejar de llevarla en vilo, tampoco me pesaba en los brazos. Entendí entonces, como en una repentina iluminación, que mi paso por el «túnel de la curación» también había tenido en mí unos cuantos efectos reparadores. No es que haya adquirido una fuerza hercúlea, pero me da la impresión de que he recuperado musculatura y el resuello de hace treinta años, lo que es para mí suficiente prodigio.

¡Qué curioso que no haya tomado conciencia de este cambio sino al cabo de una semana! Seguramente era preciso un esfuerzo desacostumbrado para que los beneficios del tratamiento se hicieran patentes. Por lo demás, ya no me dan vahídos, ya no tengo «mareos», todos los efectos indeseables han resultado pasajeros.

Habría sido muy capaz de subir al primer piso llevando a Ève en brazos como a una recién casada. Pero la dejé en el suelo y subimos los peldaños juntos, de la mano. Era primera hora de la tarde y reinaba en la habitación de arriba una claridad invernal. Las sábanas de la cama eran del color de las dunas, y las almohadas olían a trigo segado.

Cuando fui a casa de la vecina, no pensaba que nuestra conversación iba a dar ese giro. Estaba claro que los dos necesitábamos este contacto. Nos enlazamos igual que días atrás habíamos chocado las copas, para conjurar nuestros indecibles temores haciendo como que celebrábamos victorias. Y en esto somos los dos de una innegable mala fe; pero se trata de una mala

fe legítima y completamente digna de estima, puesto que solo apunta a quitarnos unas cuantas buenas razones para morir.

Como siempre con Ève, el encuentro fue, por turnos, alborozado, travieso, tierno, cínico, sutil y ardiente. En ella la inteligencia no se adormece cuando se despiertan los sentidos.

Pero ya está bien de elogios ambiguos; baste con decir que me habría quedado con ella *sine die* si mi ahijada no me hubiese estado esperando sola en casa. Al final, me tuve que levantar, vestirme y marcharme; y fue desgarrador.

*

Cuando llegué a casa, Adrienne estaba todavía levantada y estuvimos hablando hasta el amanecer de los de Empédocles y de la extraña aventura que nos está siendo dado vivir desde que irrumpieron en nuestras vidas.

Mi opinión sobre ellos fluctúa, algo que deja traslucir a la fuerza este diario que, por su propia condición, da preferencia a la espontaneidad a costa de la coherencia. Tan pronto echo de menos los tiempos de antes, cuando a los míos se los veía aún como la más alta cumbre de la Creación, como me alegro de haber conocido esta sacudida que podría resultar salutífera.

Fue en este último aspecto en el que insistí en mi conversación con mi ahijada. No quería que albergase resentimiento hacia esa gente, siendo así que se dispone a trabajar con ella, si es que vuelve entre nosotros, debería especificar, en vista de que en el momento en que escribo estas últimas líneas del día sigue sin volver y las telecomunicaciones continúan desesperantemente mudas.

Lunes, 29 de noviembre

Hace ya treinta y seis horas que se esfumaron. A ratos pienso que no volverán y que debería ya hacer un primer balance de nuestro breve encuentro con ellos. Pero cambio de opinión en el acto. Por las averías precisamente. El teléfono, la radio, las pantallas y el resto. Me digo que si nos siguen castigando así, es que no han resuelto aún abandonarnos.

Esta mañana, a la hora de la marea baja, unas cuantas decenas de isleños han cruzado «el Paso» para venir a andar arriba y abajo por la playa de Antioquía. Se han lamentado, se han reconfortado mutuamente y han escudriñado el horizonte. Luego se han marchado, al atardecer, con un nudo en la garganta. No sé qué está pasando en el resto del mundo, pero supongo que por todas partes, en todas las orillas donde los barcos de Empédocles habían echado el ancla, miles de hombres y de mujeres los esperan, llorando como huérfanos.

Aquí, en el archipiélago, hay también preocupaciones de otro tipo. Un pesquero se ha perdido en el mar. Se había dirigido al amanecer hacia un sector llamado Rochebelle, cuyas aguas tienen fama por abundar en ellas la pesca; debería haber regresado al puerto al caer la tarde, pero no ha vuelto a dar señales de vida. En el momento actual, no hay forma alguna de comunicarse con él y no ha disparado ninguna bengala de socorro. Los hombres de la tripulación, tres hermanos y el hijo de uno de ellos, tienen experiencia y suelen estar sobrios. Como además el mar ha estado todo el día en calma, los isleños están convencidos de que los «compatriotas» del batelero han abordado el barco.

Compruebo que ahora estos son desde el punto de vista de los nuestros ora unos salvadores, ora unos depredadores. Han colonizado nuestra imaginación y hemos encarnado en ellos

nuestros temores ancestrales no menos que nuestras esperanzas. Personalmente, he tenido ya ocasión de bendecirlos y de maldecirlos, y me parece que voy a estar alternando ambas posturas *sine die* .

Por lo que respecta a las bendiciones, les agradezco que nos hayan ahorrado una guerra devastadora y nos hayan tendido algo así como una red de seguridad para rescatarnos de nuestras demencias pasadas o venideras. Tampoco dejo de valorar los cuidados que nos han prodigado: si regresan entre nosotros, volveré a recurrir a menudo a su ciencia. Aunque solo fuera por esa razón, debo sentir por ellos estima y gratitud.

Por lo que respecta a las maldiciones, el caso tiene menos cuerpo y los alegatos resultan más difíciles. ¡Les guardo rencor sobre todo a nuestros «salvadores» por haber limitado nuestra historia, con su orgullosa cohorte de héroes, de conquistadores, de santos y de descubridores, a un episodio menor de la aventura universal y por haber reducido (¡en un abrir y cerrar de ojos!) a los míos, a todos sus pueblos mezclados, a la categoría de indígenas. Pero es cierto que nuestras civilizaciones no se anduvieron con consideraciones para hacerse lo mismo mutuamente. Así que no me voy a arriesgar a sostener que esa humillación que nos han infligido nuestros tutores no nos la tuviéramos merecida.

¡Otra vez estoy diciendo aquí cosas de las que Ève no renegaría! Creo que matizo más que ella, que soy menos provocador y de ningún modo misántropo; sin embargo, tras haber aprovechado estas últimas horas para meditar, me parece evidente que a «nuestra» humanidad acaban de infligirle un padecimiento que ella no ha dejado nunca de aplicar, tanto hoy como ayer.

Desde que abrí los ojos al mundo, he tenido la oportunidad de asistir a dos fenómenos que, en este día de pausa, se me aparecen con más claridad. Para empezar, el triunfo decisivo de una nación convertida en pocas décadas en la única superpotencia e incluso, hasta cierto punto, en la única civilización; estoy hablando, claro está, de los Estados Unidos de América. Y ahora este triunfo de la «nación» de Empédocles, que ha ocurrido de una forma mucho más brusca y sin que nadie estuviera preparado para ello.

Me vuelve de pronto a la memoria una frase que me dijo Moro hace unos días y que no había tenido ocasión de anotar. Parece contar con cierta repercusión, puesto que se la encontró simultáneamente en muchas páginas web latinoamericanas: «Ahora los yanquis tienen sus propios yanquis» [1] , que yo traduciría libremente por: «A partir de ahora los yanquis tendrán que hacer frente a sus propios yanquis».

Habitualmente, las civilizaciones que quedan desclasadas pasan antes por una prolongada decadencia que suele abarcar varios siglos: les da, pues, tiempo a acostumbrarse a su marginación y a resignarse a su insignificancia. El desplome inmediato, tal y como ocurrió en tiempos de los conquistadores, sigue siendo la excepción. Si lo cito a veces es porque las actuales turbulencias me recuerdan precisamente ese episodio de la historia. Lo que vivieron entonces los aztecas o los incas le está sucediendo ante nuestros ojos al conjunto de las civilizaciones humanas; una devaluación brutal de nuestros conocimientos, de nuestra visión del mundo, de nuestra identidad y de nuestra dignidad.

Acaban de barajar juntas todas las cartas de la historia universal, y no quedará más remedio que volver a darlas. Pero, en función de que nuestros tutores escojan quedarse entre nosotros o esfumarse, las cartas no van a repartirse de la misma manera.

*

Esta noche he invitado a cenar a Ève, con quien mi ahijada no había coincidido aún. He preparado una sopa con el último pescado que me quedaba en el congelador. Tengo la esperanza de que pueda reanudarse la pesca; si no, la gente del archipiélago va a carecer de todo; y los primeros, nosotros, «la población de Antioquía». No llega ya ningún producto del continente, la tierra no produce nada en esta estación y los isleños ancianos están empezando a acordarse de las hambrunas de antaño. Pero hoy he contado en el sótano ciento seis botellas; ¡el vino, en cualquier caso, no me va a faltar hasta dentro de cierto tiempo!

Al presentarle a Adrienne a mi vecina, me he oído decir: «¡Es mi amada!». Nos ha entrado la risa a los tres; entonces, he añadido en el mismo tono: «Compartimos esta isla; sus dominios están al norte y los míos al sur. Ella escribe, yo dibujo y, a veces, discutimos; luego bebemos a la salud de los amigos de Empédocles».

—Es una forma de hablar —añadió Ève—, porque en lo de la salud no necesitan nuestros buenos deseos. Normalmente, suelo brindar por la degradación de los hombres y mi vecino brinda conmigo por galantería. ¡Luego nos acostamos juntos para reconciliarnos con la condición humana!

Me ruboricé. Las dos jóvenes se rieron de mí cariñosamente. Creo que no me acostumbraré nunca al candor con que se habla en la actualidad de ciertas cosas. Pero más tarde, con ayuda del vino, los tres nos desnudamos un poco el alma, sin escenificaciones, ni afeites ni pudibundeces, como si fuera nuestro último encuentro antes del fin de los siglos.

No recuerdo haber pasado en ningún otro momento de mi vida una velada tan cálida, tan límpida, tan intensa. Tanto menos me apetece, pues, hablar de ella en estas páginas. Me daría la sensación de romper el encanto.

---

[1] En castellano en el original.

Martes, 30 de noviembre

Al despertarme, me fui a inspeccionar la playa de la Roca de los martinitos, mirando pacientemente a alta mar. Sabía que no iba a ver los barcos de Empédocles y, de hecho, no los vi.

Ayer me aferraba aún a la idea disparatada según la cual el castigo que nos infligen significa que todavía les interesamos. Ahora me río de mi ingenuidad y de mi ceguera. Todo incita a creer que la avería solo sirve para proteger su huida con la finalidad de que puedan, sin que nadie los siga, volver a la comarca de la que vinieron.

Ève y Adrienne dicen que están convencidas de que nuestros tutores no van a estar ausentes mucho tiempo. Se afanan en convencerme como si, al sumarme a su opinión, fuera a mejorar las probabilidades del acontecimiento que ansían. Al final acabo por rendirme y les doy la razón.

A las dos les afecta lo que acaba de suceder, pero por razones diferentes.

Ève me da la impresión de haberse despertado sobresaltada mientras se hallaba en mitad del más maravilloso de los sueños. Por lo demás, lo reconoce. «Lo que lleva tres semanas pasando es lo que deseaba desde niña sin atreverme a creer en ello. Que una fuerza surgida de a saber dónde declarase a los hombres incompetentes y los pusiera bajo tutela; que les confiscara sus bombas, sus misiles, sus bases militares, sus palacios, sus cárceles, sus fábricas de gas, sus laboratorios, sus mataderos... ¡Y, de pronto, cuando ya no podía más, se cumplió mi sueño!» Todavía está eufórica, pero noto que volvería a caer en el abatimiento y la depresión si el eclipse de nuestros «salvadores» se prolongase.

En cuanto a mi ahijada, su fe en el regreso se debe a otro motivo muy diferente: la curiosidad científica. Siempre le han maravillado

los avances de la medicina. A «los amigos de Empédocles» los ve sobre todo como a investigadores sin par que han sabido llevar a cabo progresos mucho más prodigiosos que los nuestros. Habría querido ser su humilde alumna para intentar comprender cómo habían podido llegar tan alto.

—Pausanias me prometió iniciarme en su medicina. Estoy segura de que lo hará si se le presenta la ocasión, y espero estar a la altura. En cualquier caso, me aplicaré afanosamente, incluso aunque tenga que dedicarle la vida entera.

Estábamos sentados los tres en mi salón tomando té verde japonés. El sol estaba bajo, pero había aún suficiente luz para no tener que encender las velas. El mar tenía reflejos sonrosados. Se estremecía y estaba completamente desierto. Ni la mínima barca a la vista.

Ève le preguntó a Adrienne si había probado «el túnel de la curación».

—Esa intención tenía. Pero siempre había enfermos de verdad esperando. Yo estoy sana...

—¿Tu joven y guapo médico surgido de las olas no te lo propuso?

Mi ahijada sonrió.

—Sí, e incluso insistió para que lo hiciera esa noche. Pero era tarde, yo había bebido un poco, decenas de personas estaban aún haciendo cola. Le prometí que iría sin falta al día siguiente...

—¿Y te besó?

Di un respingo. Mi ahijada, no. La pregunta le parecía legítima.

—No, no me besó. Solo hablamos. Le había preguntado una cosa que me intrigaba: ¿por qué había progresado su ciencia más deprisa que la nuestra? La respuesta que me dio se desviaba un poco del tema. Pero me ayudó a entenderlo.

»Me explicó que, con los descubrimientos científicos, había demasiada costumbre de asociarlos a determinada época. Por ejemplo, la gravitación universal se descubrió en el siglo XVII : pero no nació en tiempos de Newton, solo se descubrió en un momento dado porque los progresos de los investigadores en la comprensión de los fenómenos ya habían alcanzado la madurez. Las leyes de la naturaleza son evidentemente las mismas desde los albores de la

Creación; las de la gravitación podrían haberse descubierto mil o dos mil años antes. Y eso sucede en todas las disciplinas.

»Por eso, cuando algunos hombres consiguen seguir por su propio camino, sin la atadura de prohibiciones o prejuicios y sin más preocupación que conseguir que retroceda la ignorancia, pueden correr mucho más que los otros y llegar a estar muy por delante. Según Pausanias, eso es lo que explica el milagro griego de la Antigüedad y eso es también lo que explica lo adelantada que está su gente.

—¿Y cómo se las han arreglado «para sobrevivir» durante siglos? —pregunté—. ¿Para seguir resguardados de las miradas, para protegerse de los opresores y poder avanzar por su propio camino?

—El mar —contestó Ève, mirando a lo lejos por el ventanal—. Desde que Agamenón nos contó la trayectoria de sus antepasados no he dejado de hacerme las mismas preguntas que tú: ¿cómo han podido protegerse? ¿Cómo se las han arreglado para mantener viva y próspera la llama del milagro de la Antigüedad? ¿Huyendo constantemente? ¿Refugiándose en cuevas? No. La respuesta es mucho más sencilla, más lógica, y un día se me apareció como una evidencia: el mar, claro. ¿No es acaso el país más inmenso y el menos dominado, el menos parcelado, el menos contralado con el paso de los siglos? ¿Acaso no ha habido siempre zonas costeras donde han podido vivir con discreción comunidades sin someterse a ninguna autoridad, a ningún imperio?

—Si vuelven, someteré a tortura al batelero hasta que nos diga toda la verdad —prometí, riéndome.

—Volverán —decretó la vecina—. No lo dudo ni por un instante.

—¡Dios te oiga! —le hizo eco Adrienne.

No dije nada más. Por ahora, todas las preguntas son legítimas, y las oraciones también. Así que me conformaré con dejar constancia de ellas, sin intentar aportar respuestas ni formular preferencias.

*

Una palabra más, antes de cerrar este diario, para señalar que el pesquero del que no se tenían noticias desde ayer ha vuelto esta

noche a Puerto Atlántico, pero con solo la mitad de la tripulación. Embarcaron cuatro, tres hermanos y el hijo de uno de ellos. Al parecer, dos de los hermanos se cayeron al mar y solo han sobrevivido el padre y el hijo. ¿Qué ocurrió? ¿Un accidente? ¿Una riña? ¿Un arreglo de cuentas? Los supervivientes juran que a sus compañeros se los llevó un golpe de mar.

No sé si debemos creerlos... Lo único seguro es que los amigos de Empédocles no han tenido nada que ver en este drama. Ni han ido al abordaje ni han salvado a nadie. Lo que me confirma en la creencia de que el paréntesis que han abierto en nuestra existencia se está cerrando y que quizá habría que ir perdiendo la costumbre de considerarlos responsables tanto de nuestras dichas como de nuestras desdichas.

Pero es muy posible que esté completamente equivocado. En cualquier caso, es lo que me dirían Ève y Adrienne si tuviese la temeridad de compartir con ellas un pensamiento así.

Miércoles, 1 de diciembre

Por fin sé por qué «ellos» se han ido y por qué «nosotros» estamos castigados.

Es por el atentado. Ocurrió el sábado, a las seis menos veinte de la tarde, hora de Washington. Aquí eran las doce menos veinte de la noche. Habíamos terminado de cenar con Pausanias; Adrienne acababa de volver después de acompañarlo...

Como las telecomunicaciones estaban silenciadas, hasta hoy no nos hemos enterado de la noticia.

Ocurrió en el mismo lugar en que habían tratado al presidente Milton, en un canal situado al suroeste de la capital federal. Una explosión tremenda pulverizó el barco hospital, matando a los médicos y a los pacientes a los que estaban atendiendo, a personas que estaban en la cola, a unos cuantos policías que montaban guardia y también a otra gente que tuvo la mala suerte de andar por las inmediaciones. El último balance que he visto arroja ochenta y ocho muertos, entre ellos nueve «súbditos» de Empédocles, y más de doscientos cincuenta heridos.

La carga iba, al parecer, a bordo de una embarcación que se acercó al hospital flotante con algún pretexto. Pero esta mañana circulan varias teorías por internet que hablan de misiles, de drones mortíferos y de kamikazes.

Todo hace pensar que a nuestros «tutores» los pilló por sorpresa el ataque del que fueron blanco. No intentaron recuperar el pecio, ni siquiera los cadáveres de sus hermanos, pero por lo visto no quedaba ya gran cosa que recuperar. Su reacción fue cortar en el acto todas las comunicaciones y esfumarse. En los minutos que siguieron a la explosión, sus barcos ya habían abandonado todos los puntos en que estaban anclados por todo el mundo para buscar refugio en alta mar.

Debido a la «avería» impuesta, poca gente se enteró de lo sucedido. La noticia del atentado solo corrió por Washington, y sobre todo de boca a oído. Sin embargo, el sábado por la noche se repartieron octavillas en las proximidades del Capitolio y de la Casa Blanca reivindicando el hecho en nombre de una organización llamada, de forma muy pretenciosa, «The New Founding Fathers», «Los nuevos Padres Fundadores», en alusión a los héroes de la independencia americana. El texto estaba redactado de la siguiente forma:

> *Desde hace dieciocho días el territorio de los Estados Unidos soporta una agresión sin precedentes que amenaza a nuestra independencia y a nuestra soberanía, así como a la libertad y a la dignidad de nuestros conciudadanos.*
>
> *Un* gang *de piratas y de vendedores de ilusiones chantajea desvergonzadamente a nuestros dirigentes, que no han tenido coraje para hacerles frente y han llegado hasta a exigir a nuestras tropas que se sometieran dócilmente a sus exigencias.*
>
> *¡Las fuerzas armadas más formidables del planeta no se dejarán desarmar!*
>
> *¡La nación más poderosa y la más próspera que haya creado Dios no se dejará humillar!*
>
> *Juramos combatir con todas nuestras fuerzas, por todos los medios y sean cuales sean los sacrificios, para mostrarnos dignos de la libertad que nuestros antepasados nos legaron.*
>
> *¡Dios bendiga a los Estados Unidos de América!*

Por más que el texto no reivindique explícitamente la responsabilidad del atentado, la firma remedia esa carencia de forma sutil y más bien inusual, ya que estaba redactada de la siguiente forma:

> *Los nuevos Padres Fundadores*
> *Washington Channel*
> *Jueves, 5:40 PM*

Virulento con la gente de Empédocles, de la que habla sin deferencia, describiéndola no como una «nación» o una «potencia

interventora», sino como un «gang» que practica el chantaje y el ilusionismo, el comunicado no tiene tampoco miramientos con los responsables estadounidenses, empezando por el presidente. Aunque no cite su nombre, basta con el simple hecho de que el atentado haya ocurrido en ese lugar y apuntado directamente a los mismos que lo trataron para que el mensaje resulte elocuente.

Hasta el momento, Milton no ha dicho nada, que yo sepa. La única reacción oficial es una declaración que lamenta la pérdida de vidas humanas y condena el uso de la violencia ciega. Y procede sencillamente de la Casa Blanca, sin mencionar al jefe del Estado, lo que es muy poco usual, sobre todo para una tragedia de estas dimensiones. Dan ganas de preguntar: «¿De quién en la Casa Blanca, del presidente titular o del presidente interino?». Pues esta cuestión sigue siendo ambigua. Los medios de comunicación siguen llamando a Boulder *acting president* . Está claro que Milton continúa sin solicitar la vuelta a sus prerrogativas y tampoco ha dimitido. Intuyo las intrigas que se estarán tejiendo en las antecámaras. El único que habría podido aclarármelo es Moro, claro. Pero no he conseguido localizarlo. Cosa que me intriga y me preocupa. Ya le he dejado dos mensajes en el contestador y otro por correo electrónico sin recibir la menor respuesta.

Por supuesto, debe de estar desbordado, sobre todo si se está jugando una partida delicada en la más alta cumbre del Estado. Pero este silencio no es propio de él. Habitualmente, incluso cuando está ocupadísimo, saca tiempo para enviarles una nota rápida a sus amigos más allegados. «Ya te llamaré» o algo por el estilo.

¡Espero que no se le haya ocurrido ir a que lo atendieran en el hospital flotante en el peor momento!

No, eso tampoco es propio de él.

Jueves, 2 de diciembre

Tenía razón al preocuparme por mi amigo. Ha estado secuestrado ilegalmente cinco días y cinco noches y hasta hoy no lo han soltado.

Lo que le ha sucedido representa un episodio de la lucha encarnizada por el poder que se desarrolla en Washington, en parte en púbico y en parte en la sombra, y cuyo desenlace sigue siendo hasta el momento de lo más incierto.

Fue el sábado por la mañana, pocas horas antes del atentado, cuando empezaron los disgustos de Moro. Acababa de recibir una llamada angustiada de Cynthia, la primera dama, para decirle que su marido había decidido dimitir ese mismo día y que esperaba que su consejero y amigo pudiera usar su influencia para que cambiara de opinión.

A Moro, claro está, no le extrañaba el giro que estaban tomando los acontecimientos. Me lo repitió hoy durante una larga conversación telefónica.

—A Howard se le había metido en la cabeza dejar el poder en el preciso instante en que consintió que lo tratasen los médicos de Empédocles. Al principio, como ya sabes, decidió declararse en situación de incapacidad provisional, siendo así que la Constitución no lo obligaba a hacerlo; luego rechazó retomar el pleno ejercicio de sus funciones. Cuando uno de sus allegados se lo mencionaba, decía que necesitaba tiempo para reflexionar y para comprobar que el tratamiento que le habían administrado no iba a causarle trastornos físicos o mentales.

»Todo ello, por descontado, motivado por su sentimiento de culpabilidad al haber colaborado, en cierta medida, con los ocupantes después de que estos le prometieran curarlo. En él, la preocupación ética siempre se acompaña de un sutil cálculo político. En este caso, le apetecía presentar su paso por el barco hospital

como una empresa arriesgada, que le exigía una dosis de temeridad y de abnegación, más que como un privilegio que le hubiera otorgado «esa gente». Consideraba que semejante percepción, compartida con sus compatriotas, preservaría su credibilidad moral y su legitimidad. No paraba de decir a los de su entorno que se sentía mal, que tenía mareos y que veía borroso. Yo, por mi parte, comprendía su postura. Por supuesto, le había desaconsejado vehementemente que solicitase la incapacidad; luego le supliqué que retomara sus funciones en el acto. Pero, en mi fuero interno, me decía que ese jueguecito no carecía de utilidad si podía tranquilizarle la conciencia y disuadirlo de dimitir.

»Lo que empeoró considerablemente las cosas fue el comunicado del doctor Abel. Al proclamar de forma espectacular que el presidente estaba curado, su médico lo puso entre la espada y la pared. Sin pretenderlo, claro. Si Abel hubiera pensado que sus palabras iban a tener graves implicaciones políticas, habría consultado a su paciente antes de pronunciarlas. Pero lo tenía obnubilado, y lo comprendo, el aspecto científico del asunto. Acababa de descubrir que la ciencia a la que había consagrado la vida no valía ya gran cosa. El resto no contaba para él.

»En resumidas cuentas, Howard se sintió obligado a reaccionar ante el anuncio público de su curación. La población entera no iba a tardar en pedir que la tratase la medicina de los otros, y no se sentía capaz de enfrentarse a semejante exigencia. ¿Cómo iba a poder privar a sus conciudadanos enfermos de los cuidados salvadores de los que se había beneficiado él? Sería, en un jefe, la falta más imperdonable: ¿acaso Alejandro Magno no había tirado al suelo el agua que le traía un soldado porque no quería ser, de todo su ejército, el único en saciar la sed? Pero, por otra parte, Milton tampoco podía aceptar que la gente de Empédocles prolongase indefinidamente su presencia entre nosotros sin aparecer como un traidor y un vendido. Este dilema lo fue minando, y estaba convencido (de hecho lo sigue estando) de que la única solución honrosa para él iba a ser dejar el poder.

»Así que Cynthia me llamó el sábado. Me puso con Howard. Yo le supliqué que demorase la dimisión una hora para que pudiera ir a hablar con él de viva voz. Por consideración a nuestros treinta años

de amistad, aceptó. Bajé para coger el coche. Tres hombres me estaban esperando delante del edificio. Sacaron unas tarjetas de identificación y me pidieron, muy secos, que los acompañara. Me confiscaron el teléfono, que tenía en la mano. Me llevaron a un sótano donde hicieron como que me interrogaban. En realidad, solo querían retenerme. Quizá pensaban que si yo no aparecía, el presidente iba a firmar la dimisión sin esperarme. Pero no fue así como reaccionó. Al ver que yo no llegaba y que tampoco contestaba al teléfono, se escamó y guardó la carta en un cajón a la espera de tener más claras las cosas.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Unos patriotas.

—¡Anda! ¿Así es como los describes? No eres nada rencoroso.

—No tengo ganas de dejar que mis propias desventuras me cieguen tanto como para no tener una visión de conjunto. Lo que lleva ocurriendo estas tres semanas lo perciben muchos estadounidenses como una amenaza, para su país, para su soberanía, para su estatuto de supervivencia. Consideran que Howard ha sido demasiado blando en la defensa de los intereses de la nación y que habría que apartarlo. Y, puesto que yo iba a verlo precisamente para convencerlo de que se quedase en su puesto, me consideraron un obstáculo y me quitaron de la circulación, como quien dice.

—Me parece que te tomas las cosas con buen humor...

—Sí, pero solo porque ya estoy libre. Cuando estaba detenido, mi humor no era tan bueno. No dejé de proferirles insultos.

—¿Y crees que son los mismos del atentado?

—No sé si pertenecen a la misma organización, pero comparten las mismas convicciones y el mismo estado de ánimo. Desde su punto de vista, era necesario que los de Empédocles se quedasen impactados, que sufrieran mucho, que murieran algunos, para que se decidieran a irse. Para una civilización que se jacta de poder prolongar la vida indefinidamente, morir despedazado por una bomba es insoportable. El método ha resultado terriblemente eficaz, de hecho. En cuanto han tenido muertos, se han esfumado.

»Por supuesto, también ha habido víctimas estadounidenses. Pero a eso ya estamos acostumbrados, por desgracia. Podemos

apuntarlas a beneficio del inventario. Ellos, por lo visto, no pueden. Esa es su debilidad, y sus enemigos lo saben.

Mientras mi amigo hablaba, yo estaba haciendo la reflexión de que esa diferencia en la capacidad de «encajar» las pérdidas solía equivaler a fragilidad y vulnerabilidad para los occidentales en sus relaciones con sociedades menos avanzadas. Frente a la gente de Empédocles, «el espejo está invertido», de alguna manera. Está claro que Moro es consciente de ello; ya habíamos hablado los dos de este asunto. Pero no se lo he recordado, no quería meterlo en ese terreno. Hoy quería sobre todo que me contase el trance por el que acababa de pasar.

—Me has explicado por qué te secuestraron y me parece lógico. Pero ¿por qué retenerte cinco días?

—Veo varias explicaciones plausibles. La primera es que mis secuestradores tenían miedo de que los persiguieran. Habían actuado con precipitación. Alguien debía de haber oído mi conversación con Cynthia y Howard y ordenó a sus hombres que me impidieran ir a la Casa Blanca. Actuaron a cara descubierta, y el edificio al que me llevaron sé perfectamente dónde está. Cuando ocurrió el atentado, unas horas después, debieron de pensar que, si me soltaban, a los investigadores no les costaría nada localizarlos. Como no querían eliminarme, me retuvieron hasta nueva orden.

—¿Y por qué te han soltado hoy?

—Porque no se va a investigar el atentado. Por supuesto harán como que investigan, dirán que van a encontrar a los culpables y a castigarlos, pero se las apañarán para echarle tierra al asunto.

Me dejaba asombrado que pudiera decirme con tanta candidez algo tan grave, sobre todo ahora que sabía que vigilaban de cerca sus comunicaciones. Luego pensé que mi amigo sabía perfectamente lo que hacía. Si los «patriotas» lo oían, recibirían precisamente el mensaje que él quería que les llegase. A saber, que nadie los iba a molestar. Y que, por lo tanto, no tenían gran cosa que temer si Milton seguía en el cargo.

Se traslucía en las palabras de Milton, incluso aunque no lo dijera claramente, que el atentado contra el hospital flotante no era obra de un puñado de extremistas, sino una operación de los mismos a cuyo cargo está la defensa del país: las fuerzas armadas, o una de las agencias de seguridad, o una coalición de varios organismos. La impresión que predominaba en estos últimos tiempos en todos los sectores del Gobierno federal era que había que actuar a costa de lo que fuese para expulsar a los «intrusos»; en una de nuestras conversaciones anteriores, mi amigo los había nombrado con el eufemismo *the uninvited,* «aquellos a quienes nadie ha invitado».

¿La explosión mortífera del sábado bastará para conseguir ese objetivo? No puede descartarse, pero es aún demasiado pronto para afirmarlo. Nada permite decir, en las circunstancias actuales, que vayan a aceptar la derrota, tragarse el amor propio, renunciar a sus proyectos y dejar de interesarse de una vez por todas por lo que ocurra en el planeta.

Hay que tener la perspicacia de un avestruz para suponer que, aunque ya no veamos a nuestros tutores, nuestros tutores no puedan vernos ya. Ni vigilarnos de cerca. Ni prepararse en la sombra para una nueva intervención cuando les parezca oportuno.

Sábado, 4 de diciembre

Ayer no añadí ni una página a este diario. Solo puse cierto orden, corrigiendo unas cuantas faltas de ortografía, comprobando las fuentes de las frases citadas en los epígrafes y guardando luego las tres primeras libretas en una carpeta gris a la que he llamado de forma provisional «Testimonios»; en cuanto a la cuarta, en la que estoy escribiendo estas líneas y de la que solo he llenado un tercio, pensaba terminarla en los próximos días con unos cuantos párrafos de epílogo antes de guardarla también para no tocarla más.

No es que esta historia se haya acabado: en mi opinión, va a prolongarse mucho tiempo, con diferentes formas, y nunca concluirá del todo; pero me parecía que el papel de testigo ocular que he intentado desempeñar durante las últimas semanas no tenía ya sentido después de la marcha precipitada de «aquellos a quienes nadie ha invitado».

Si he cambiado de actitud tan deprisa, es porque la constante agitación durante todo este sábado me mueve a pensar que los sucesos que refiero en estas páginas siguen perteneciendo a la candente actualidad y no solo a la Historia, y que el testimonio cotidiano que aporto sigue teniendo por el momento razón de ser.

Me estoy refiriendo sobre todo al pulso que están echando en Washington, que probablemente va a tener consecuencias para toda la humanidad y que está adquiriendo tintes de tragedia griega.

Esta mañana todos los medios de comunicación del planeta despertaron retransmitiendo lo que dijo ayer por la noche Gary Boulder, el presidente interino de los Estados Unidos, que no había oído en directo por el desfase horario.

No se trataba de una alocución pronunciada en su despacho de la Casa Blanca. Habría sido una torpeza por su parte adoptar ya un comportamiento demasiado presidencial. Ha preferido hablar en un

larga entrevista televisada, pero lo que decía no dejaba de tener un tufillo intimidatorio.

Por ejemplo, cuando la periodista, Kate Stormfield, le preguntó qué había pensado cuando el presidente Milton accedió a dejar que lo tratasen los médicos de Empédocles, respondió con palabras asesinas, claramente preparadas de antemano y acompañadas de una mueca de dolor fingido:

—Me dije que Howard, que siempre había sido un hombre honrado y honorable, acababa de tener un momento de debilidad y de extravío. Cedió, como ya sabe, a la presión de sus allegados, y estoy seguro de que se arrepintió en el acto y que es algo que lo ha hecho sufrir. Sigue conservando mi estima y mi afecto, pero creo que, en este asunto, le ha faltado criterio. Dejó que las consideraciones personales prevaleciesen sobre los intereses superiores de la nación.

—¿No es algo normal, sin embargo, recurrir a todos los medios para curarse de un cáncer terminal? —le preguntó la periodista.

—Sí, claro, es normal querer curarse. Lo que no es normal, en cambio, es imaginarse que el hombre va a poder vencer a la muerte. Eso es, permítame que lo diga, una ilusión que ha tenido un gran recorrido en las últimas semanas. Una ilusión demencial e impía. Solo Dios es dueño de la vida y la muerte; y cuando un mortal, sea quien sea, pobre o rico, humilde o poderoso, se imagina que puede arrebatarle esa decisión de las manos a su Creador para tomarla arrogantemente en las suyas, está cometiendo una impiedad por la que recibirá un inevitable castigo.

—De lo que dice intuimos que no se ha disgustado cuando los hospitales flotantes de Empédocles se han alejado de nuestras costas...

—Intuye usted bien, Kate. Todos los arreglos con esa gente me parecieron desde el primer momento algo así como un pacto con el diablo. Afortunadamente, nuestra gran nación ha reaccionado enseguida. Habría podido escoger la sumisión, la resignación y las promesas engañosas; optó por la resistencia, rechazó la elección impía, y puede sentirse orgullosa de ello.

Al preguntarle por la explosión del sábado anterior, Boulder tuvo buen cuidado de no condenar a los autores, conformándose con

deplorar que «hubieran caído tantos estadounidenses inocentes» y con formular la esperanza de que «no hubieran muerto en vano».

Moro, a quien llamé acto seguido para saber su reacción, estaba ofendido de verdad.

—¡Unas palabras indignas! Un dirigente que ni siquiera condena el atentado, que aprueba sus objetivos y se congratula por las consecuencias, ¡habrase visto! ¡Un alto responsable tiene que conservar un mínimo de decoro, fuere cual fuere su análisis político, o su ambición, o su impaciencia!

Pero mi amigo no solo despotricaba contra Boulder.

—Nada de todo esto habría pasado si Howard no hubiera hecho el tonto. Nunca debería haberse declarado en situación de incapacidad ni, mucho menos, dejar que Gary se fuera a la cama y se despertase como presidente de los Estados Unidos.

—Pero si he entendido bien, bastaría con que Milton enviase una nota a los dos presidentes del Congreso para que pudiera retomar sus funciones y acabar con esta anomalía, ¿no?

—Así es, en principio. Y Howard acabó por enviar esa maldita carta ayer por la noche. Pero Gary replicó en el acto dirigiéndoles él también una carta a los mismos destinatarios para impugnar la decisión del presidente.

—¿En nombre de qué?

—Declaró que los motivos por los que Howard solicitó la incapacidad siguen siendo válidos y que no se le debería permitir volver a desempeñar sus funciones.

—¿Y todo eso es legal?

—Espera, que hay algo peor; a partir del momento en que se impugna la decisión del presidente, es el vicepresidente quien sigue en el poder.

—¿Cómo es eso posible?

—Es aberrante, sí, pero he leído y vuelto a leer la vigesimoquinta enmienda; el texto es un poco confuso, pero parece indicar que cuando el vicepresidente impugna la decisión del presidente, es aquel quien sigue gobernando.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que lo zanje el Congreso, lo que puede llevar tres semanas. No sé qué tenían en la cabeza los legisladores cuando redactaron esa enmienda. Supongo que su principal preocupación era evitar que el sillón presidencial se quedara vacío. En cualquier caso, no previeron desde luego una situación como la que estamos viviendo.

—¿Y ahora?

Moro me contestó evasivamente, y me di cuenta de que no le apetecía hablar por teléfono de las diversas opciones que tiene previstas por temor a revelar su estrategia a sus adversarios. Supongo que quedan más recursos jurídicos y que se está jugando a ese nivel una partida de ajedrez muy reñida.

Pero el pulso también se está desarrollando en los medios de comunicación, y el camino que han escogido hoy los fieles de Milton ha sido responder a la entrevista televisada del vicepresidente con otra entrevista televisada concedida por la primera dama, que es hoy, sin lugar a dudas, la personalidad más popular de los Estados Unidos.

En esa emisión, que duró una hora y que batió, al parecer, todos los récords de audiencia, Cynthia Milton se dedicó toda la entrevista y desde el primer momento a machacar a Gary Boulder y a desacreditarlo, sin mencionar una sola vez su nombre ni sus funciones.

—Ayer oí unas palabras insensatas e indignantes que no son propias de esta gran nación nuestra. Por lo visto, si uno de vuestros allegados padece cáncer o la enfermedad de Alzheimer y tenéis la esperanza de curarlos, estáis cometiendo un acto impío. Por lo visto, si vuestros padres, vuestro cónyuge o vuestros hijos están gravemente enfermos o son víctimas de un accidente e intentáis evitarles la muerte, estáis desafiando al Creador.

»Esas palabras irresponsables contradicen el sentido común, contradicen la decencia humana y también contradicen las leyes divinas. Dejadme que os diga con total confianza y con total seguridad: el peor acto de impiedad es considerar que Dios no es sino proveedor de enfermedades y guardián de la muerte, y que al escoger la vida nos oponemos a Él y le llevamos la contraria.

»El peor acto impío es considerar que a Dios le alegran nuestros sufrimientos físicos y morales y que se siente ultrajado cuando nuestros seres queridos escapan a la muerte.

»En el pasado, la mitad de las madres morían de parto y la mitad de los recién nacidos morían a tierna edad. ¿Quién era responsable de su muerte? ¿Dios o la ignorancia de los hombres? Yo digo que es la ignorancia la que mata y el progreso lo que salva. Quienes convierten a Dios en enemigo del progreso y aliado de la ignorancia son, desde mi punto de vista, unos impíos. No tienen nada que ver con Dios, ni con la religión, ni con el espíritu pionero de nuestra gran nación.

»He oído también acusaciones de arrogancia. Pero ¿qué arrogancia es peor que la del hombre que pretende decidir en nuestro lugar si debemos proteger de la enfermedad y de la muerte a nuestros seres queridos? Quienes expresan tales pretensiones son hombres de otra época que no deberían, desde luego, estar al frente de un país avanzado y libre como el nuestro.

»A nosotros nos corresponde decidir si deseamos o no curar a las personas a quienes queremos. Y mi respuesta es que sí, que lo deseamos con todas nuestras fuerzas, y lo diremos en alto. Lo diremos por todos los medios, por la televisión, por la radio, en las redes sociales y en las plazas públicas. Nadie nos prohibirá cuidar y salvar a nuestros cónyuges, a nuestros hijos, a nuestros padres. Haremos todo lo necesario para proteger su salud física y moral el mayor tiempo que sea posible. No hay objetivo más importante desde nuestro punto de vista. Y, puesto que la Providencia ha permitido que conozcamos a gente que ha sabido adquirir unos conocimientos médicos fuera de lo común, recurriremos a su ciencia sin titubear y sin avergonzarnos. ¡Bienvenidos sean entre nosotros!

»Lo que nuestra nación necesita hoy no es una batalla por el poder, ni tan siquiera un debate ideológico. Necesitamos un arranque para salvar a los seres a quienes queremos. He peleado para curar al hombre al que amo y gracias a vosotros he conseguido que se trate y que se cure. Estoy orgullosa de ello, es incluso lo más hermoso que he hecho desde que nací. Me habéis ayudado generosamente a ganar este combate y lo he ganado. Howard estaba a punto de morir y hoy está sano. ¡Ahora os toca a vosotros

ganar vuestro combate! Sí, le corresponde a cada uno de vosotros, hombre o mujer, joven o viejo, ganar su propio combate, el combate para proteger su salud y la de sus allegados, para erradicar las enfermedades y ganarle terreno a la muerte.

»Es el combate más hermoso, el más noble, el más justo, y, por mi parte, voy a pelearlo con todas mis fuerzas. Que quienes me oyen, que todos los que desean proteger a sus seres queridos se unan a mí con confianza, y estoy segura de que nuestras plegarias serán atendidas.

Las palabras de la primera dama no dejaban de ser demagógicas, hay que reconocerlo. Pero si pretendía conmover a su audiencia, lo consiguió magistralmente.

Cuando recuerdo las reacciones apasionadas que causó su anterior iniciativa, hace diez días, estoy convencido de que los estadounidenses, y más particularmente las estadounidenses, serán sensibles a su nueva llamada y querrán darle su apoyo.

Domingo, 5 de diciembre

Anoche me quedé corto.

Me di cuenta, claro, de que las emocionadas palabras de Cynthia Milton iban a tener repercusión. Pero no vi lo esencial: esa rabia inmensa que dormitaba bajo las brasas del planeta y que hoy iba a estallar.

¿Contra quién ese estallido? ¿Contra un político estadounidense no poco usurpador y que pronunció palabras indignas? ¿Contra el atentado asesino que ha pulverizado el hospital flotante y empujado a los médicos de Empédocles a abandonarnos? ¿Contra todos los que se arrogan el derecho de decidir por nosotros en esta vida y más allá? No solo eso, me dice Ève. Su discurso me turba y me irrita un poco. Pero cuanto más lo pienso, más le doy la razón.

Al principio de este día, me daba la impresión de que estaba asistiendo a una repetición del guion de la semana pasada, cuando, inmediatamente después de la llamada que lanzó la primera dama, sus compatriotas se echaron a la calle para ir a mostrarle su apoyo en las plazas. También en esta ocasión se juntaron muchedumbres que protestaban. Primero en algunos lugares emblemáticos, como Times Square, en Nueva York, donde muchas personas se habían reunido ya para ver la entrevista en pantallas gigantes. Luego en otras ciudades del país: Boston, Washington, Chicago, Miami, San Francisco o Baltimore. En apariencia, pues, la historia se repetía con diez días de intervalo.

Pero no era sino apariencia. Algo fundamental había cambiado en el intervalo. No era fácil percatarse de ello hasta que los acontecimientos lo revelaron; por mi parte, en cualquier caso, hasta esta noche no me di cuenta, y necesitaré aún mucho tiempo para calibrar todas las consecuencias.

Lo que acabo de entender con tanto retraso es que la aparición de «los amigos de Empédocles», con su medicina tan adelantada, con sus hospitales flotantes, ha llevado en todo el mundo a un vuelco de las prioridades y de la escala de valores. Puesto que de ahora en adelante se puede vencer a las enfermedades, conjurar los avances de la edad, ganarle terreno a la muerte (y todo ello sin que cueste un céntimo, por obra y gracia de lo que no queda más remedio que llamar un regalo del cielo... ¡o del mar!), nada tiene ya en la vida de los hombres la misma importancia que antes, ni el dinero, ni el tiempo, ni el trabajo, ni las jerarquías sociales, ni las relaciones de fuerza. Todo lo que regía hasta ahora las sociedades humanas se está convirtiendo en marginal, en anacrónico, incluso en superfluo.

Desde la pasada noche, difunden en tiempo real, en incontables canales y páginas web, las imágenes que llegan de las plazas. Me he pasado horas mirándolas y a veces tomando notas.

Lo primero que he comprobado es que la gente se manifiesta tanto en los países donde expresarse ha sido siempre libre como en aquellos donde hasta ahora era temerario, por no decir suicida, atreverse a desfilar por las calles. Porque el deseo de curarse es tan imperioso que ya no funciona «el temor a la policía». Y también porque los propios dirigentes tienen sentimientos más tibios y ya no intentan en serio imponer su autoridad. Aunque tengan privilegios y prerrogativas que defender, los poderosos del mundo (reyes, presidentes, primeros ministros, mariscales, gobernadores militares) no pueden olvidar que son ante todo, o lo serán antes o después, enfermos como los demás, y que conseguir el derecho a tratarse y a hacer que traten a sus allegados en los hospitales flotantes sería más vital para ellos que todas las ventajas que les aportan su rango y su poder. Y por eso los manifestantes, e incluso quienes han sido siempre sus adversarios, resulta que son ahora, en cierto modo, aliados. Esa es sin duda la explicación de que las nutridas concentraciones que transcurren ante nuestra vista no se repriman en ningún sitio.

La composición de las aglomeraciones es también atípica. Hay tantos viejos como jóvenes; hay claramente más mujeres que hombres; hay niños a los que sus padres llevan de la mano o en

brazos; y se ve también a enfermos graves deambulando con sus goteros por entre los sanos. Gente de todas las procedencias y de toda condición se ha adueñado de las plazas; los últimos cálculos hablan de tres mil ciudades en ciento cuarenta países y de treinta millones de personas protestando. Están sentadas en mantas, en cajones o en sillas plegables; de noche, de día, con lluvia o con nieve. Llevan pancartas, pasean por encima de las cabezas teléfonos con los que filman y gritan a ratos alguna consigna: «¡Dejad que vuelvan los hospitales!», «¡Dejad que vuelvan los médicos!», o incluso, más sencillamente: «¡Dejadlos que vuelvan!».

El planeta entero tiene los ojos clavados en esas muchedumbres. No pasa nada más en ninguna parte. Nadie viaja, nadie trabaja, todo está parado. Nadie habla de otra cosa, ni en los medios de comunicación, ni en las redes sociales, ni en casa, ni en los círculos del poder. Una extraña revolución está en marcha, la mayor, la más tranquila, la más invencible que darse pueda.

Según Ève, lo que está ocurriendo ante nuestra vista no es ni más ni menos que la agonía del viejo mundo, es decir, del mundo tal y como lo conocíamos. Su desaparición le parece tan inevitable que habla ya de ella como si fuese cosa hecha.

—Los historiadores que se interesen mañana por nuestra civilización dirán que estaba tan carcomida que bastó con un papirotazo para que se viniera abajo. El tiro de gracia ha llegado de donde no lo esperábamos, pero iba a llegar antes de que pasara mucho tiempo, de una forma o de otra. Habíamos inventado armas mortíferas que acabaron por volverse contra nosotros. Esta misma noche una máquina infernal (nuclear, bacteriológica o química) habría podido explotar en una gran ciudad matando a decenas de miles de personas y causando un pánico planetario. Con un poco de suerte, podríamos haber tenido la esperanza de retrasar el desastre un año más, dos años, cinco años. Pero ¿habríamos podido evitarlo indefinidamente? Seguro que no. Los odios no paraban de crecer y la tecnología preparaba (a veces con conocimiento de causa y a veces con la mayor inocencia) las herramientas que iban a permitirles desencadenarse y aniquilarlo todo. ¿Qué probabilidad teníamos de librarnos de un cataclismo? Ninguna. Por eso es por lo

que nuestros contemporáneos se han aferrado así a sus inesperados salvadores.

—¿Y tú crees de verdad que toda esa gente que se manifiesta lo analiza igual que tú? —le pregunté.

—Quizá no utilizan el mismo vocabulario, pero todos comparten el mismo estado de ánimo, causado por la misma realidad calamitosa y por los mismos temores.

Por toda respuesta, me limité a fruncir los labios de forma enigmática. Me siento incapaz de decir si mi vecina novelista acierta o yerra. Aunque es verdad que a veces tiene tendencia a embalarse, he aprendido a no tomarme nunca a la ligera sus «iluminaciones».

*

Otra diferencia significativa entre las protestas de hace diez días y las que tienen lugar ahora es que las primeras apuntaban sobre todo a apoyar la lucha de una mujer contra el empecinamiento de su marido. Seguramente los manifestantes de entonces pensaban también en sus propios enfermos, en las consecuencias benéficas que recaerían en ellos si Cynthia Milton conseguía lo que quería y sentaba precedente; pero era en principio por ella por lo que se habían movilizado, porque había sabido conmoverlos. En esta ocasión es principalmente por sí misma y por sus allegados por lo que la gente está en la calle. Con una única reivindicación común: el regreso de los hospitales flotantes.

La primera dama lo ha entendido bien. Esta noche, en otra entrevista por televisión, transmitida esta vez en pantallas gigantes para las muchedumbres del mundo entero, tanto las de Tiananmén como las de Times Square, ha hecho un llamamiento que iba certeramente en el sentido que pretendían las protestas.

—Querría dirigirle un mensaje personal a un hombre a quien conocí hace dos semanas y a quien tengo en gran estima, Demóstenes.

Repitió más alto: «¡Señor Demóstenes!». Calló y esperó, como si acabase de llamarlo de verdad y estuviera esperando oírlo contestar. Este comportamiento teatral no desagradó a los

manifestantes, que respetaron con recogimiento esos instantes de silencio. Luego siguió diciendo, dirigiéndose directamente al personaje:

—No sé qué papel desempeña usted en el seno de su nación, pero solo lo conozco a usted, solo traté con usted cuando vino, como plenipotenciario, a negociar con el Gobierno de los Estados Unidos. Se alojó en la Casa Blanca y luego vino a agradecerme la acogida amistosa que había recibido.

»En esa ocasión me prometió hacer cuanto pudiera para curar a Howard, que padecía entonces un cáncer de pulmón en fase terminal. Cumplió su promesa. Hoy, gracias a usted, mi marido está curado. Su médico de cabecera, el doctor Abel, ha podido certificarlo. Como no lo he vuelto a ver desde entonces y no sé a qué señas escribirle, no he podido manifestarle mi gratitud. Aprovecho esta ocasión para darle las gracias públicamente y dar las gracias también a todo el personal del barco hospital donde lo trataron. Le devolvió la vida a Howard y alejó de él la muerte que se disponía a abatirlo. Sus amigos volvieron a darnos la vida y, a cambio, nosotros les hemos dado la muerte. Unos individuos fanáticos, sin escrúpulos, de mente extraviada, decidieron matar a esos mismos que curaron al presidente. Me había prometido darles las gracias, una por una, a las personas que atendieron a Howard y me encuentro dando el pésame a sus deudos.

»La mano criminal que mató con un único gesto a sus conciudadanos y a los nuestros, que mató en el mismo instante a los que estaban entregados a curar y a los que esperaban curarse, esa mano quería separarnos, quería alejarlos de nosotros y, sin embargo, sin haberlo pretendido, ha mezclado su sangre con la nuestra, ha mezclado su destino con el nuestro. En adelante estaremos unidos, y seguiremos estándolo en lo bueno y en lo malo, en la vida, en el progreso; seguiremos unidos todos, hermanos y hermanas de todas las edades y de todas las procedencias.

»Querido amigo Demóstenes, sepa que siempre será bienvenido en nuestra casa. Howard y yo le estaremos siempre agradecidos, siempre nos sentiremos dichosos de recibirlo. ¡Vuelva! ¡Vuelva con sus amigos y con los maravillosos médicos de su nación!

»Sé que hablo ahora mismo en nombre de todos los que me escuchan, de todos los que están reunidos en las plazas diciéndole: «¡Vuelvan! ¡Vuelvan! ¡Serán bienvenidos en nuestra casa!».

Lunes, 6 de diciembre

El pulso de Washington ha concluido de repente dando la ventaja a Milton.

No sé si las palabras de su mujer han tenido arte y parte, pero las manifestaciones masivas han sido determinantes. El vicepresidente tiró la toalla esa noche, disculpándose casi por haber querido mantener a su jefe «en situación de incapacidad».

Según los analistas a los que he oído al despertarme, el presidente interino no se ha retractado sino para evitar una derrota aún más humillante. En efecto, el Congreso se disponía a votar hoy mismo, casi por unanimidad, el restablecimiento de Howard Milton en todas sus funciones. Iban a desautorizar a Gary Boulder de una forma tan ofensiva que le habría costado conservar la vicepresidencia. Así que ha tomado la delantera para salvar la cabeza.

La opinión pública está ahora tan ostensiblemente a favor del presidente que a los contrarios a su política no les queda más remedio que callarse y disimular, rogando al Cielo que los de Empédocles, traumatizados por el atentado, decidan por su cuenta no volver a aparecer.

Por lo demás, es posible que sepamos muy pronto a qué atenernos. Pues el portavoz de la Casa Blanca ha anunciado en un comunicado que se va a celebrar una ceremonia en el cementerio militar de Arlington el miércoles a mediodía para honrar la memoria de las víctimas. El último recuento habla de ciento veintitrés muertos, ochenta y dos estadounidenses y treinta y un súbditos extranjeros; en esta última cifra se incluye a las nueve personas que trabajaban en el hospital.

El comunicado especifica que los países que tienen que lamentar víctimas serían bienvenidos si desearan participar en este homenaje. El portavoz se ha apartado del texto que estaba leyendo

para decir que el presidente esperaba vehementemente que los representantes de «la nación de Empédocles» aceptaran la invitación. «Tanto las autoridades cuanto la población de los Estados Unidos los recibirían calurosamente y se pediría al jefe de su delegación que tomase la palabra durante la ceremonia.»

Así que «los» ha citado a una hora concreta, en un lugar público que van a estar enfocando todas las cámaras del mundo.

Nuestros contemporáneos, con la excepción de una reducida minoría a la que tengo la suerte de pertenecer, nunca han podido ponerle la vista encima a «esa gente». Con lo que la curiosidad que despiertan será aún más intensa.

¿Vendrán? ¿En qué número? ¿Qué aspecto tiene su dirigente? ¿Y qué discurso pronunciará en la tribuna?

Esas preguntas y otras mil van a seguir haciéndoselas por todo el mundo hasta la hora fijada.

*

Por la tarde, para entretener la espera, marqué el número de Agamenón. Era, casi literalmente, dar palos de ciego.

Tras un simple chasquido, saltó el mensaje del contestador, que ya conocía. No era gran cosa, pero me habría llevado un chasco mayor si una voz mecánica me hubiera comunicado que el número ya no existía. Dejé un mensaje que empezaba más o menos: «Te llamaba solo para saber si vamos a vernos pronto...».

Me estaba preguntando si debía añadir algo más cuando mi vecina y mi ahijada, que habían salido a dar una vuelta juntas, entraron inesperadamente en la habitación. Entonces le solté a mi interlocutor ausente: «Ève y Adrienne te mandan saludos». Y luego colgué.

—¿Quién era? —preguntaron al unísono.

—El batelero —contesté para sobresaltarlas.

Los cuatro ojos se abrieron como platos.

—¿Dónde está?

Dejé pasar un rato antes de confesar que solo estaba hablando con su contestador.

—Nada más quería decirle que lo esperábamos.

Las dos jóvenes podrían haberse reído de mí. No lo hicieron, e incluso se acercaron ambas para darme besos de agradecimiento en las mejillas.

Martes, 7 de diciembre

Creía que este día, el anterior a la ceremonia, iba a transcurrir, en mi caso, expectante y contemplativo. Pero estaba escrito que me iba a marcar la vida de una forma muy diferente. Todavía estoy completamente conmocionado, y me parece que voy a seguir estándolo durante mucho tiempo, durante muchísimo tiempo más.

Desde ayer, los medios de comunicación no habían dejado de enumerar la gran cantidad de dirigentes del planeta que iban a estar junto al presidente Milton. Algunos estarán presentes para rendir homenaje a sus compatriotas muertos en el atentado, pero la mayoría hace el viaje por pura curiosidad, para ver de cerca a los enviados de Empédocles y estrecharles la mano.

Pero de eso no hemos hablado mucho hoy Ève y yo. He pasado todo el día con ella. Hemos andado, le he enseñado la piedra plana donde me siento a veces a leer. Ella me ha enseñado la cala que está junto a su casa, donde en verano se baña desnuda. Tiene gracia que en una isla tan diminuta siga habiendo rincones, después de tantos años, que uno de los dos no conoce aún.

Luego hemos ido como peregrinos a la playa de la Roca de los martinitos para comprobar que vuelve a estar completamente desierta. Aunque es verdad que la marea estaba alta, que «el Paso» estaba sumergido y que, por lo tanto, no había más visitantes que la escasa «población local».

En un momento de la conversación, mostré mi extrañeza de que hubiéramos podido vivir los dos desde hacía tanto a pocos metros de distancia y sin ningún otro morador por los alrededores, si no hubiésemos creado lazos entre nosotros, ni siquiera el de un cordial vecindario. Así que han tenido que ocurrir estos acontecimientos...

—Pero no ha sido solo una circunstancia favorable, ni tan solo un catalizador —me dijo Ève candorosamente. La verdad es que me había vuelto en estos últimos años una misántropa insoportable. Lo que acaba de ocurrir me ha reconciliado con el mundo entero, incluso con los hombres que viven demasiado cerca de mi casa.

Por toda respuesta a su broma, le cogí la mano y la retuve en la mía. Ella siguió diciendo:

—El mundo no era ya en estos últimos años más que un campo de batalla para las voracidades y los odios. Todo se había adulterado: el arte, el pensamiento, la escritura, el porvenir, el sexo, la vecindad... Y de repente, al pasar enérgicamente un trapo, el cuadro se borra, la Historia vuelve a empezar desde cero, nuestro planeta recobra la inocencia. ¿Cómo te parece que deberíamos llamarlo?

—¿A nuestro planeta, quieres decir? —le pregunté indolentemente.

—No, quiero decir a nuestro hijo.

Esas palabras, en el tono en que se pronunciaron, me seguirán retumbando aún mucho tiempo en la cabeza.

¿«Nuestro hijo», había dicho Ève?

Se había sentado acto seguido en una piedra, a la orilla del camino. Fui a sentarme pegado a ella, mirándola de hito en hito. ¿Se estaba riendo o no? A modo de juego, empezó a mirar hacia otro lado, pero sonriendo a medias. Entonces pronuncié yo a mi vez esas dos palabras:

—¿Nuestro hijo?

Por toda respuesta me cogió las manos y me puso la cabeza en el corazón.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas.

Miércoles, 8 de diciembre

Pensábamos que esta vez vendrían también por mar y que atracarían (simbólicamente) no lejos del lugar donde había ocurrido el atentado contra el hospital flotante; o que, si no, llegarían por aire y bajarían de un helicóptero en el césped nevado del cementerio de Arlington. Pero escogieron entrar por una puerta falsa, como quien dice: mezclándose discretamente con las limusinas negras del cortejo presidencial. Y solo en el último momento, al verlos salir de un coche y encaminarse hacia la tribuna oficial, nos dimos cuenta de que estaban allí.

Su delegación solo constaba de dos miembros: en cabeza caminaba Demóstenes, a quien los servicios de seguridad reconocieron, lo que les evitó a los representantes de Empédocles tener que identificarse; detrás del negociador, una mujer que era claramente su jefa.

La reina Electra.

Ayer aún nadie conocía su nombre ni su rostro, nadie sospechaba siquiera su existencia; hoy es la persona más famosa y más fotografiada y, seguramente, la más poderosa del planeta.

La reina Electra.

Ese es el apodo que se le puso de entrada, aunque no se sepa, a decir verdad, cuál es en realidad su título y ni siquiera si el sistema político que gobierna «la nación interventora» tiene al frente un monarca, un presidente, un jefe de Gobierno, un sátrapa o un arconte. Acabaremos por saberlo, pero poco importa. Hoy necesitábamos ver un rostro y lo hemos visto.

La reina Electra.

A las cámaras les costaba apartarse de ella. Estaba continuamente en las pantallas, bien en el centro de la imagen, bien a un lado, en una ventana aparte, como si fuera preciso no perder ni un instante de su presencia entre nosotros: ni una de sus miradas,

de los ademanes de su cabeza, de sus sonrisas, de sus muecas o de sus pestañeos.

No me arriesgaré a calcularle una edad, ni una procedencia. Podría tener cuarenta años o el doble, y sus rasgos la vinculan a todos los continentes y a todas las razas; tiene la melena rubia, la piel cobriza, los pómulos prominentes y los ojos rasgados. ¿No había dicho ya que Agamenón parecía fruto de los amores de Toro Sentado con una valquiria? El mismo comentario vale para Electra, que podría ser hija suya, como en la leyenda de la Antigüedad, o, en cualquier caso, alguien de su familia. También dije que a veces me resultaba difícil apartar la mirada de él. Lo cual es aún más cierto en el caso de su «soberana».

Solo una invitada como ella podía disputarle el protagonismo a Howard Milton. Pues si la presencia de Electra era un prodigio, la del presidente no lo era menos. En sus últimas apariciones en público tenía un color de máscara mortuoria y la voz sepulcral correspondiente. Nada de eso quedaba ya. El amigo de Moro ha vuelto a ser joven. Escandalosamente joven. La tez, la mirada, el porte. La forma de levantarse o de sentarse. De inclinarse hacia el oído de Electra, a su derecha, o al de Cynthia, a su izquierda. Feliz por encontrarse en el centro de semejante trinidad. Radiante, sereno, espléndido, triunfante.

Hay que hacerse a la idea de que, cuando te trata la medicina de Empédocles, no te curas de una enfermedad, sino de todas las enfermedades visibles e invisibles, incluida la de la vejez. Te deja «como nuevo», puedes volver a empezar a vivir igual que si los años transcurridos ya no contasen. Lo he notado personalmente desde que pasé por su famoso «túnel»; lo he observado con arrobamiento en Ève, y ahora la humanidad entera tiene ante la vista un elocuente ejemplo. ¿Cómo podríamos volver al tiempo de antes? ¿Cómo demonios podríamos volver a la época en que la enfermedad y la muerte eran omnipotentes?

Cuando Milton subió a la tribuna, a mí me tenían tan fascinado aún su tez, su porte y el timbre de su voz que tuve que hacer un

esfuerzo para concentrarme en lo que decía. Y eso que no era un discurso anodino.

—El día de hoy es a la vez triste y providencial. Triste porque las ciento veintitrés personas cuyos féretros están alineados aquí no deberían haber muerto de esta manera, nunca deberían haberlas usado de blanco; deseaban vivir, tenían derecho a vivir, y no hay disculpa posible para el acto cruel que las privó de ese derecho.

»Pero este día es también providencial porque nos permite sellar un encuentro inesperado con una valiosísima rama de nuestra humanidad. Habíamos perdido a estos hermanos y hermanas y nos habíamos perdido a nosotros mismos. Este día debería hacernos reflexionar y ayudar a plantearnos, todos, quienesquiera que seamos, procedamos de la nación que procedamos, nos planteemos cierto número de preguntas fundamentales: ¿quiénes somos? ¿Dónde vamos? ¿Qué queremos llegar a ser? ¿Qué mundo queremos construir? ¿Y basándonos en qué valores?

»Es poco usual que hagamos preguntas así. Habitualmente nos acaparan nuestras propias preocupaciones cotidianas o, en el caso de los responsables como yo, la gestión cotidiana de los asuntos públicos. Pero este encuentro con nuestros inesperados hermanos debería brindarnos la ocasión de hacer balance y de ver en qué punto nos estábamos desviando del camino y cómo enderezar el timón.

El presidente recordó luego a algunas de las víctimas del atentado, sobre todo a uno de sus jóvenes colaboradores, muerto al mismo tiempo que su madre, a quien había llevado al hospital flotante para que la atendieran. Para luego dirigirse directamente a los de Empédocles:

—Hasta ahora habíamos caminado por separado; en adelante deberíamos caminar codo con codo, respetándonos mutuamente, aprendiendo unos de otros y sintiéndonos para siempre cercanos y solidarios unos con otros.

»Sabed que seréis siempre bienvenidos entre nosotros y que juntos haremos cosas hermosas.

Luego le tocó el turno a Electra. Subió a la tribuna. Apoyó las manos abiertas, una encima de otra, en la parte de arriba del pecho, casi en

el nacimiento del cuello; una postura poco habitual y que interpreté como una señal de respeto hacia las víctimas o hacia la asistencia; pero es solo una suposición. La silueta resultante era, en cualquier caso, escultural y armoniosa; no descarto, pues, que el efecto buscado fuera en primer lugar estético.

Empezó luego a hablar en inglés. Con un ligero acento cuyo origen geográfico no me siento capaz de determinar. Quizá Suecia o los Países Bajos. Aunque no tenía texto, tampoco parecía improvisar; daba más bien la impresión de haber memorizado el discurso o de estar leyéndolo en un teleprónter invisible.

En contra de lo usual, no mencionó al principio ni al presidente de los Estados Unidos ni a nadie más de la audiencia, y entró directamente en el meollo del discurso.

—Cuando, en la Antigüedad, Empédocles llegó a la cumbre del monte Etna y sintió subir desde las entrañas de la tierra los vapores de azufre y la lava incendiaria, habría podido ponerse a buen recaudo como la sensatez se lo ordenaba. Pero siguió avanzando y se acercó peligrosamente al cráter.

»Sabía que se exponía así a la muerte. También nosotros, que somos sus lejanos discípulos, sabíamos que al acercarnos a la caldera, que al desafiar sus llamas con las manos desnudas, podríamos hallar la muerte. Esa es nuestra vieja enemiga: la muerte. La combatimos como nadie la había combatido antes. A veces la derrotamos, a veces nos derrota ella.

»¿He dicho que es nuestra enemiga? Debería concretar: nuestra única enemiga. Porque cuando se adquieren la sabiduría y los conocimientos que permiten ganarle terreno a la muerte, no queda ya más enemigo que ella. Hasta el final de los tiempos, no habrá ya más enemigo que ella ni más combate que merezca la pena librar.

»Para nosotros, los amigos de Empédocles, es un asunto zanjado. ¿Y para vosotros, hermanos recuperados? ¿Estáis dispuestos a considerar que la muerte es vuestra única enemiga? Sí, la muerte, solo la muerte. No las potencias rivales, no los otros pueblos, no las otras razas. No nosotros. Únicamente la muerte. El único enemigo que merece que se lo combata, que se lo hostigue, que se lo venza. ¿Estáis listos para replantearos vuestras

prioridades y para comenzar una nueva página con nosotros y entre vosotros?

Al concluir estas palabras, calló, como si esperase una respuesta. Y ese silencio se prolongó. Hasta tal punto que el presidente Milton a todas luces se preguntaba si no debería ponerse de pie para contestar. Vimos cómo miraba en derredor, perplejo y un tanto desconcertado. Pero Electra siguió, con una sonrisa ligeramente traviesa.

—No esperamos una respuesta hoy. Las semanas anteriores se han aprovechado para neutralizar las herramientas de aniquilación más peligrosas. Por ello podemos todos reflexionar con serenidad y sin urgencia. Tomad, pues, el tiempo que necesitéis para llegar a una decisión, pero no olvidéis nunca que aquí están vuestros amigos, que os contemplan y que os esperan.

Dicho lo cual, abandonó la tribuna y volvió a su sitio, a la derecha del presidente.

Como miles de millones de mis contemporáneos sin duda, tuve todo el tiempo los ojos clavados en la ceremonia. Junto a mí estaban Ève y Adrienne, prestando la misma atención e igual recogimiento. Teníamos la sensación de estar viviendo un acontecimiento sin par y no queríamos decir nada que pudiera enturbiar la solemnidad del momento.

Fue solo al callar «la reina» cuando mi ahijada se permitió hablar.

—Creía que éramos nosotros quienes los esperábamos; por lo visto son ellos quienes nos esperan —comentó juiciosamente, antes de añadir—: Pero no he entendido bien qué deberíamos hacer.

—Convertirnos por fin en adultos —le contestó Ève, como si fuera la encargada de responder en nombre de «ellos»—. Es la condición que ponen para volver.

—O una forma de decirnos educadamente que no volverán —comenté a mi vez.

Esperaba reacciones vehementes de ambas jóvenes. Pero ninguna de las dos protestó. Por mucho que hayan podido decir en estos últimos días, están claramente resignadas a no volver a verlos. Y fue solo por fanfarronear por lo que la vecina acabó por decir:

—Se quedarán cerca, como está cerca el mar.

Permaneció un momento pensativa, mirando hacia el mar abierto.

Cuando Adrienne se levantó para irse a su cuarto, mi amante me dijo, como si estuviera continuando la conversación de la víspera:

—Si es una niña, la llamaremos Electra.

Como no conseguía aún acostumbrarme a la idea de tener un hijo, le pregunté, mirándola de reojo, como para comprobar hasta qué punto iba en serio o estaba fabulando:

—¿Estás completamente segura?

Se encogió de hombros.

—No voy a explicarte los detalles de mi calendario, pero la respuesta es que sí, que estoy completamente segura. Nuestro hijo nacerá el verano que viene y los amigos de Empédocles ya habrán vuelto entre nosotros.

Jueves, 9 de diciembre

Hace exactamente un mes que empezó esta historia, y también este diario. Más de una vez pensé en dejarlo, pero luego pasaba algo que me incitaba a seguir adelante.

Hoy lo cierro de verdad, pues no tengo ya razón alguna para escribirlo. Aunque mi refugio pudo ser por algún tiempo un puesto de observación, ya ha dejado de serlo. Haya o no una continuación, regresen o no regresen, este capítulo está cerrado, y mi papel concluye. Hoy mismo vuelvo a coger mis pinceles y mi tinta china.

Tengo que añadir, sin embargo, a modo de epílogo íntimo, que los acontecimientos de los treinta últimos días no solo han metamorfoseado el ancho mundo y puesto a cero los contadores de la Historia; también han puesto del revés esta isla. Había sido hasta ahora una fortaleza de las soledades y ahora es algo muy diferente tanto para Ève como para mí.

¿Tendremos pronto en brazos a nuestra propia reina Electra? Nunca habría creído que a mi edad y con mi modo de vida aún podría ser padre. Para mi amada, la cosa era aún más improbable. Pero aquí estamos. Es como si «la nación interventora» nos hubiera regalado un hijo; y también los muchos años que necesitaremos para verlo crecer.

Aunque no fuera más que por eso, tengo que bendecir a mis inesperados hermanos tras haberlos maldecido con tanta frecuencia.

Título original: *Nos frères inattendus*

Edición en formato digital: 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-122-7

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es